
Sé Mia
Nomaya Jax

Sé mía

Novela Romántica Contemporánea (Spanish Edition)

Nomaya Jax

Copyright © 2024 by Nomaya Jax

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida en cualquier forma sin el permiso por escrito del editor o autor, excepto según lo permitido por la ley de derechos de autor de los Estados Unidos.

Advertencia: La reproducción o distribución no autorizada de este trabajo protegido por derechos de autor es ilegal. La infracción penal de derechos de autor, incluida la infracción sin ganancia monetaria, es investigada por el FBI y se castiga con hasta cinco años de prisión y una multa de $250,000.

El derecho de Nomaya Jax a ser identificada como la autora de la obra ha sido afirmado por ella de conformidad con la Ley de Derechos de Autor, Diseños y Patentes de1988.

Todos los personajes de esta publicación son ficticios, cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Contents

Sé mía

1. Capítulo 1

2. Capítulo 2

3. Capítulo 3

4. Capítulo 4

5. Capítulo 5

6. Capítulo 6

7. Capítulo 7

8. Capítulo 8

9. Capítulo 9

10. Capítulo 10

11. Capítulo 11

12. Capítulo 12

13. Capítulo 13

14. Capítulo 14

15. Capítulo 15

16. Capítulo 16

17. Capítulo 17

18. Capítulo 18

19. Capítulo 19

20. Capítulo 20

21. Capítulo 21

22. Capítulo 22

23. Capítulo 23

24. Capítulo 24

25. Capítulo 25

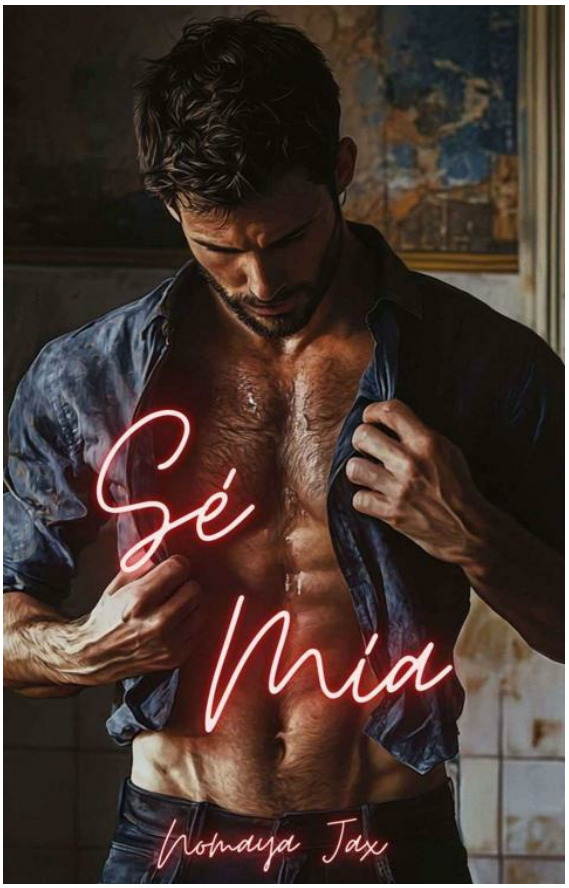
26. Capítulo 26

27. Anteprima: De vuelta a nosotros

28. Anteprima: Desafiando el Legado

29. ¡Gracias!

Sé mía



Una mirada fugaz a través de un club nocturno repleto no debía poner mi mundo entero de cabeza.

Entre interminables turnos en la cafetería y cuidar de mi madre y mi hermana, había renunciado a la idea del romance.

Entonces apareció Grayson Holt. El tipo de hombre que exige atención sin intentarlo, que te observa con esos intensos ojos verdes como si pudiera derribar todas las defensas que has construido.

Me dije a mí misma que debía huir, que alguien como él solo complicaría mi vida ya desordenada. Pero su tacto encendió mi piel, y cuando me besó, todas mis defensas cuidadosamente construidas se desmoronaron.

Ahora estoy atrapada entre mi mundo de facturas vencidas y turnos de medianoche, y su reino de sábanas de seda y control absoluto.

Lo que más me aterroriza no es adentrarme en su mundo de poder... es saber que podría nunca querer irme.

KIMBERLY

Mis pies se arrastran por el concreto agrietado de nuestra entrada mientras estaciono mi maltrecho Honda Civic.

El reloj del tablero parpadea mostrando las 9:47 PM, y mis músculos gritan después de doce horas cargando platos y esquivando clientes manoseadores en la cafetería de Pete. Es entonces cuando veo el Civic rojo cereza de Bianca estacionado torcidamente cerca del garaje, y mi agotamiento se evapora como el rocío de la mañana.

"Maldita sea, otra vez no", susurro, apretando el volante hasta que mis nudillos se ponen blancos. Esta es la tercera vez este mes – no, la cuarta si cuentas aquel domingo por la mañana cuando apareció al amanecer con el rímel corrido por las mejillas y las manos temblorosas.

Nuestra pequeña casa estilo artesanal se ve cansada bajo la luz parpadeante de la calle, su pintura verde menta pelándose como una quemadura solar vieja. Las canaletas caídas y las persianas desgastadas cuentan la historia de veinte años de promesas de "lo arreglaremos el mes que viene."

Pienso en el sobre con las propinas guardado en mi bolso – tal vez esta semana finalmente pueda reemplazar esa luz del porche rota que hace que cada regreso nocturno parezca la escena inicial de una película de terror. Aunque el aviso de mora de la compañía eléctrica que vi sobre la mesa esta mañana podría tener otros planes para ese dinero.

Los escalones del porche crujen bajo mi peso – siempre lo han hecho, incluso cuando era niña. El sonido solía volver loco a papá antes de que decidiera que arreglar piscinas en Phoenix era más importante que arreglar a su familia aquí.

Me detengo en la puerta principal, con la llave suspendida cerca de la cerradura. Hay marcas de rasguños frescos que estropean la pintura alrededor del ojo de la cerradura, y mi estómago se encoge. Bianca debió estar temblando cuando llegó.

Cuando entro, el caos me golpea como una pared física. Los platos están apilados en el fregadero, visibles a través de la entrada de la cocina. Vasos y revistas al azar cubren todas las superficies, y una pila de facturas sin abrir se derrama sobre la mesa de café como una cascada de papel.

La televisión murmura algún programa de telerrealidad que nadie está viendo, y el aroma familiar del vino blanco de mamá se mezcla con algo metálico que hace que mi corazón se salte un latido. Necesito tomar algunos turnos extra esta semana – la pila de sobres rojos no se está haciendo más pequeña, y el salario de maestra de mamá apenas alcanza para la comida estos días.

"¿Bianca?", llamo, dejando que mi bolso se deslice de mi hombro sobre la mesa tambaleante de la entrada. "¿Mamá?"

Están en la sala de estar, exactamente como temía. Bianca está posada en el borde de nuestro antiguo sofá floral como un pájaro herido listo para emprender el vuelo. Mamá se cierne sobre ella con un paño húmedo, balanceándose ligeramente mientras le limpia el labio. Sus movimientos son demasiado cuidadosos, demasiado controlados – como se pone cuando está tratando de ocultar cuánto ha bebido. Una botella de vino vacía se asoma detrás de una pila de revistas viejas, y su copa actual está al alcance de su mano sobre la mesa de café, casi vacía. No hay sorpresa ahí.

"Ay, Dios, Bianca.» Las palabras se me escapan en un suspiro mientras observo el labio partido de mi hermana, que ya se está hinchando morado en la esquina. Una delgada línea de sangre seca se extiende hasta su barbilla y algo protector cobra vida en mi pecho.

El cabello rubio miel de Bianca cae hacia adelante como una cortina, pero capto la vergüenza en sus ojos bajos, el ligero temblor en su labio inferior. Lleva uno de sus conjuntos de diseñador – un suéter de cachemir rosa pálido que probablemente cuesta más de lo que gano en dos semanas en la cafetería. Otro regalo de Carlos, sin duda. Siempre se vuelve generoso después de perder el control.

"Kimmy.» Su voz suena pequeña, nada parecida a mi vibrante hermana mayor que solía ahuyentar a los matones del patio de recreo y enseñarme a hacerme trenzas francesas. "No quería que vieras—" Se detiene, tragando con dificultad.

Cruzo la habitación en tres pasos rápidos, esquivando cuidadosamente una pila de ropa sin doblar, y me arrodillo frente a ella. De cerca, puedo ver el ligero temblor en sus manos mientras retuerce el dobladillo de su suéter. Un hábito de la infancia – solía hacer lo mismo con su uniforme escolar cuando estaba nerviosa por un examen.

"¿Qué pasó?", pregunto, aunque ya lo sé. Siempre es la misma historia con diferentes signos de puntuación – moretones en lugar de ojos negros, labios partidos en lugar de dedos rotos.

La mano de mamá se aprieta alrededor del paño, sus movimientos volviéndose menos coordinados mientras su fachada se desmorona. Bajo la dura luz del techo, puedo ver el pronunciado balanceo en su postura, el profundo rubor en sus mejillas que habla de mucho más que solo dos copas de vino. "Ese bastardo perdió los estribos otra vez", escupe, pero su toque sigue siendo suave mientras limpia el labio de Bianca.

"No fue así." La voz de Bianca adquiere esa cualidad de ensueño que me aterra – la que significa que ya está reescribiendo la historia en su cabeza. "No debí presionarlo sobre el dinero que falta. Ha estado tan estresado por el trabajo, y sabía que estaba teniendo un mal día, pero seguí haciendo preguntas—"

"Para." Agarro sus manos, obligándola a mirarme. Su piel se siente fría a pesar de la cálida noche de primavera. "Bianca, escúchate. Esto no es tu culpa. Carlos es un adicto que se vuelve violento cuando está drogado. No puedes seguir poniendo excusas por él."

Las lágrimas se acumulan en sus ojos color avellana – mucho más claros que los míos color miel oscuro. A veces la gente tiene problemas para creer que somos hermanas hasta que nos ven sonreír. Tenemos los mismos hoyuelos, heredados de un padre que nunca se quedó el tiempo suficiente para verlos aparecer.

"No entiendes", susurra, y odio la nota suplicante en su voz. "Él me ama. Realmente está tratando de limpiarse esta vez. Ayer, incluso habló de ir a reuniones, y tiró todas sus—"

"¿Como las tiró el mes pasado?", interrumpe mamá, sus palabras arrastrándose ligeramente a pesar de su evidente esfuerzo por sonar sobria. Deja su copa con más fuerza de la necesaria, y el líquido rojo salpica sobre el borde hacia un estado de cuenta de tarjeta de crédito sin pagar. "¿O el mes anterior? Jesucristo, Bianca, te va a matar uno de estos días."

Bianca se estremece como si las palabras de mamá fueran golpes físicos. "¡Eso no es justo! No lo ves cuando está sobrio. Es tan dulce, tan arrepentido. Me compra cosas, me lleva a restaurantes bonitos—"

"Con dinero que probablemente robó de tu cuenta conjunta", no puedo evitar intervenir, pensando en mi propio miserable saldo bancario y la creciente pila de facturas. "La cuenta que sigue quedándose vacía aunque ambos tienen trabajo."

"Estás celosa", Bianca responde bruscamente, pero no hay verdadero calor detrás de sus palabras. Solo desesperación. "Celosa de que tengo a alguien que me ama, que quiere cuidarme —"

"¿A esto le llamas cuidarte?", señalo su labio, y ella se encoge. "Bianca, por favor. Esto no es amor. Esto es abuso, y te mereces algo mucho mejor."

"No puedo." Su voz se quiebra. "No puedo dejarlo. No entiendes lo mucho que está intentándolo." Se levanta de repente, tambaleándose ligeramente. "Solo necesito descansar. Todo estará mejor mañana. Probablemente está muy preocupado por mí ahora mismo."

"Bianca, mi amor—" Mamá intenta alcanzarla, tropezando ligeramente y sosteniéndose en el brazo del sofá. Pero Bianca ya se dirige hacia la habitación de invitados – la que todavía tiene un cajón lleno de su ropa de la última vez que juró que había terminado.

La puerta se cierra con un suave clic que de alguna manera duele más que si la hubiera azotado.

Me hundo en el sofá, presionando las palmas contra mis ojos ardientes. Los resortes crujen debajo de mí, y capto un aroma del perfume caro de Bianca mezclado con el vino de mamá.

Cuando abro los ojos, mamá está mirando fijamente su copa como si pudiera contener respuestas, sus dedos temblando ligeramente mientras la levanta hacia sus labios.

"¿Cuántas veces vamos a hacer esto?", pregunto suavemente, mirando la pila de facturas sobre la mesa y calculando cuántos turnos extra necesitaría tomar para hacer mella en ellas.

Mamá toma un largo sorbo antes de responder, fallando ligeramente al llevar la copa a su boca. "Hasta que ella decida que ya tuvo suficiente. O hasta que él la mate." Su voz se quiebra en la última palabra. "Debí haberlo hecho mejor con ustedes, chicas. Debí haberles mostrado cómo es el amor verdadero en lugar de—"

"Mamá, no." Alcanzo su mano, estabilizándola mientras deja su copa. "Hiciste lo mejor que pudiste después de que papá se fue."

Ella aprieta mis dedos, pero puedo ver que ya está derivando hacia la cocina donde espera otra botella de Chardonnay.

Algunas noches me pregunto si todas somos adictas de diferentes maneras – Bianca a Carlos, mamá a su vino, y yo a la esperanza de que de alguna manera pueda arreglarlas a ambas.

Mi teléfono vibra en mi bolsillo, haciéndome saltar. La pantalla se ilumina con un mensaje de Amy.

Amy: *"CHICA. Noche de fiesta. No es negociable."*

Me quedo mirando el texto.

Yo: *"Estoy lidiando con asuntos familiares."*

La respuesta es inmediata.

Amy: *"Siempre estás lidiando con asuntos familiares, que es exactamente por lo que necesitas esto. O te encuentro en Lumière o paso por ti en 20 minutos. Tú eliges.* 🫘 *"*

Miro hacia el cuarto de huéspedes donde
Bianca probablemente está llorando sobre su almohada, luego hacia la cocina donde mamá seguramente se está sirviendo otra copa.
La casa se siente pesada con palabras no dichas y errores repetidos, botellas de vino vacías y facturas sin pagar, y de repente no puedo respirar.
Yo: *"Dame 30 minutos. Te veo allá."*
En mi habitación, me paro frente a mi clóset, apartando camisas de uniforme y ropa sensata de trabajo hasta que lo encuentro – el vestido negro que me compré durante las rebajas de fin de temporada.
Es sencillo pero sexy, con un escote de corazón que muestra el suficiente escote para ser interesante sin parecer desesperada. La tela abraza mis curvas de una manera que me hace sentir poderosa en lugar de solo bonita.
Me tomo mi tiempo con el maquillaje, concentrándome en el ritual de transformación.
Las ondas oscuras de mi cabello caen más allá de mis hombros mientras trabajo con la plancha rizadora, cada sección liberando una breve nube de vapor.
Delineo mis ojos color miel con sombra ahumada, dejando que el color se intensifique lentamente hasta que mi mirada parece misteriosa en lugar de cansada.
Una pasada de mi mejor labial rojo completa el look – ese que cuesta demasiado pero me hace sentir que podría conquistar el mundo.
El espejo refleja a alguien que no se parece en nada a la chica que pasó doce horas sirviendo café y esquivando proposiciones de camioneros. Esta versión de mí se ve peligrosa, intocable. Tal vez esta noche pueda pretender ser ella por unas horas.
"Voy saliendo", digo suavemente, deteniéndome junto al cuarto de huéspedes. "¿Llámame si necesitas algo?"
El silencio responde, pero sé que Bianca está despierta. Siempre tiene problemas para dormir después de noches como estas.
El viaje a Lumière toma veinte minutos, cada kilómetro poniendo un poco más de distancia entre yo y el peso del hogar.
El club se alza como un oasis brillante en el vecindario industrial, su fachada Art Deco prometiendo escape. La fila se extiende por la esquina, pero Amy ya me envió mensaje diciendo que estamos en la lista.
Adentro, el bajo retumba en mis huesos, lo suficientemente fuerte para hacer vibrar mis dientes. Las lámparas de cristal cuelgan de techos artesonados, proyectando luz prismática sobre la

multitud de abajo. El aire huele a perfume caro y whisky aún más caro, con matices de sudor y desesperación.

Amy saluda desde su lugar en la barra de mármol, ya presidiendo con una copa de champán en su mano perfectamente manicurada. Parece salida de una revista con su vestido rojo ceñido al cuerpo.

"¡Por fin!", exclama mientras me abraza. "Dios, te ves increíble. ¿Ves? Esto es exactamente lo que necesitabas."

Antes de que pueda responder, me pone algo azul eléctrico en la mano. El vaso está frío contra mi palma, y el líquido en su interior brilla como una nebulosa.

"Bebe", ordena. "Luego bailamos hasta que olvidemos nuestros nombres."

Tomo un sorbo, dejando que el dulce ardor del alcohol se lleve el sabor metálico de preocupación que ha estado en mi lengua toda la noche. La multitud se divide y surge a nuestro alrededor como una marea brillante, y por un momento, me permito creer que esta noche realmente podría hacer una diferencia.

Es entonces cuando lo veo al otro lado de la barra.

Está sentado en la sección VIP como un rey, pero no hay nada relajado en su postura. Incluso recostado en un reservado de cuero, irradia poder contenido.

La luz ambiental juega sobre los planos de su rostro – todos pómulos afilados y mandíbula fuerte – mientras sus ojos verde claro observan a la multitud con un enfoque depredador. Lleva un traje gris carbón que probablemente costó más que mi auto. Su cabello castaño es corto y está perfectamente peinado, sin un solo mechón fuera de lugar a pesar del calor del club.

Levanta su vaso de líquido ámbar a sus labios, y observo su garganta mientras traga.

El calor florece en mi pecho y no tiene nada que ver con mi bebida y todo que ver con la forma en que flexiona su antebrazo, revelando un reloj costoso y un vistazo de un tatuaje que desaparece bajo su puño.

Entonces su mirada se encuentra con la mía, y el mundo deja de girar.

KIMBERLY

Se me corta la respiración y mi piel hormiguea bajo su mirada ardiente.

"Ay, Dios mío", suspira Amy, siguiendo mi mirada. "Parece que alguien está disfrutando la vista." Me da un codazo, con una sonrisa traviesa extendiéndose por su rostro. "No te ha quitado los ojos de encima desde que entramos."

Intento apartar la mirada, pero me siento atraída hacia él como un imán. Sus ojos verdes se clavan en los míos a través del espacio que nos separa, y observo cómo aprieta la mandíbula, sus dedos tensándose alrededor de su vaso.

"Vamos a darle un espectáculo." Amy me agarra la mano, arrastrándome hacia la pista de baile. El bajo retumba en mis huesos mientras nos posiciona donde él tiene una vista clara.

Cierro los ojos, dejando que la música me domine. Mis caderas se mueven al ritmo, la tela negra de mi vestido deslizándose sobre mi piel.

Cuando abro los ojos de nuevo, capto su reacción a través de mis pestañas – la forma en que sus hombros se tensan bajo su chaqueta perfectamente entallada, cómo su garganta se mueve al tragar. Las luces ambientales iluminan sus ojos, convirtiéndolos en fuego líquido.

Sus dedos tamborilean lentamente contra su vaso, y observo, hipnotizada, cómo su lengua asoma para humedecer su labio inferior.

El calor se acumula en mi estómago ante la intensidad de su mirada. Me giro lentamente, dejando que mi cabello caiga en ondas oscuras por mi espalda, moviendo mi cuerpo de manera que hace que sus nudillos se blanqueen alrededor de su bebida.

"Prácticamente te está desnudando con la mirada", susurra Amy en mi oído. "Dios, es guapísimo. Como un dios griego en traje."

Tiene razón. Incluso desde aquí, puedo ver cómo su presencia parece dominar el espacio a su alrededor. Cuando vuelvo a mirar, el hambre en su mirada hace que mi respiración se entrecorte.

"Ven", dice Amy, tirando de mí hacia la barra. "¡Vamos a tomar unos tragos. ¡Por olvidarnos de todo esta noche!"

La sigo, mi piel todavía hormigueando por el peso de su mirada. El cantinero prepara dos copas de cristal con algo transparente que parece caro.

"Por dejarlo ir", declara Amy, levantando su copa. El cristal atrapa la luz, arrojando reflejos de arcoíris sobre su rostro.

Choco mi copa contra la suya, bebiendo el trago de un solo movimiento. El licor quema dulce en mi lengua.

Cuando vuelvo a mirar su mesa, mi corazón se hunde – se ha ido. La decepción se asienta pesada en mi estómago.

"Hola, preciosa." Un tipo con dientes perfectamente blancos aparece junto a Amy, extendiendo su mano. "¿Quieres bailar?"

Amy me guiña un ojo mientras sigue al chico a la pista de baile, su vestido rojo desapareciendo entre la multitud. Pido otra bebida, tratando de ignorar el vacío que dejó su desaparición.

De repente, unas manos cálidas agarran mi cintura, y mi corazón da un salto. Pero cuando me giro, no es él. Este tipo es bastante guapo – cabello rubio, ojos azules, rasgos que probablemente lo hicieron ganar el título de "El más probable para tener éxito" en la preparatoria. Pero su sonrisa tiene un filo que hace sonar las alarmas en mi cabeza.

"Baila conmigo, cariño." Sus dedos se clavan en mi cadera, con el alcohol pesado en su aliento.

"No, gracias." Intento dar un paso atrás, pero él me sigue, invadiendo mi espacio.

Sus rasgos juveniles se tuercen en algo feo. "¿Sabes quién soy? Mi padre es dueño de la mitad de los bienes raíces en esta ciudad."

Me jala más cerca, y el miedo atraviesa mi pecho. Entonces de repente él ya no está, tambaleándose hacia atrás mientras una figura mucho más grande se interpone entre nosotros.

"La señorita dijo que no."

La voz es profunda y autoritaria – el tipo de voz que espera obediencia inmediata. Alcanzo a ver unos hombros anchos en una chaqueta negra expertamente confeccionada, el sutil ondular de los músculos bajo la tela costosa.

"¿Quién coño te crees que—" El rubio comienza, pero se congela cuando mi rescatador da un paso adelante.

"Seguridad." La palabra sale como un gruñido. Dos hombres de negro se materializan al instante.

"Saquen a este hijo de puta de aquí. Está vetado. Permanentemente."

Se llevan al rubio arrastrando, sus protestas desvaneciéndose entre la multitud. Cuando mi héroe se gira para mirarme, se me corta la respiración.

Es él. De cerca, es devastador – lo suficientemente alto como para que tenga que inclinar la cabeza hacia atrás para encontrar sus ojos. Son del color del jade, enmarcados por pestañas oscuras que harían celosa a cualquier mujer.

Su cabello castaño corto está artísticamente despeinado. Pero es su boca la que atrae mi atención – labios carnosos actualmente curvados en un ligero ceño de preocupación.

"¿Estás bien?" Se acerca más, y capto su aroma – una mezcla embriagadora de sándalo y algo distintivamente masculino que me hace dar vueltas la cabeza.

"Sí." Logro encontrar mi voz. "Gracias."

"Nunca te había visto por aquí." Su voz tiene un borde áspero que me envía escalofríos por la columna. Una esquina de su boca se levanta en una media sonrisa que hace cosas peligrosas a mi pulso.

"Estoy aquí con mi amiga." Hago un gesto vago hacia la pista de baile donde Amy ha desaparecido. "Soy Kimberly."

"Kimberly." Dice mi nombre como si lo estuviera saboreando, haciéndolo rodar en su lengua. Sus ojos nunca dejan los míos mientras le hace una señal al cantinero. "Soy Grayson. ¿Puedo invitarte una copa?"

Debería decir que no. Debería buscar a Amy e ir a casa a ver cómo está mi hermana. En cambio, me escucho decir: "Está bien."

Pide algo ámbar que viene en copas de cristal, luego me guía hacia un reservado apartado con el más ligero toque en la parte baja de mi espalda. Cada punto de contacto quema a través de la tela de mi vestido. El asiento de cuero se curva a nuestro alrededor, creando nuestro propio mundo privado lejos de la multitud palpitante.

"Te vi bailando", dice, bajando aún más la voz. El sonido vibra a través de mí, asentándose en algún lugar profundo de mi pecho. "Te mueves como si estuvieras perdida en tu propio mundo."

El calor sube por mi cuello. "Tal vez lo estaba." Tomo un sorbo de mi bebida, dejando que el dulce ardor estabilice mis nervios. "¿Siempre observas a las mujeres desde rincones oscuros?"

Sus labios se curvan hacia arriba, y aparece un hoyuelo en su mejilla izquierda que hace que mi estómago dé un vuelco. "Solo a las que capturan mi atención en segundos al cruzar la puerta."

"Qué galante." Arqueo una ceja, aunque el placer florece en mi pecho.

"En realidad", se inclina más cerca, y capto una bocanada de su colonia – cara pero sutil, como todo lo demás en él, "normalmente soy terrible en esto. Pregúntale a cualquiera que me

conozca."

"¿En qué?" Me encuentro imitando su posición, atraída hacia su órbita.

"En la charla trivial." Sus ojos se encuentran con los míos, y algo eléctrico pasa entre nosotros. "Pero algo en ti me hace querer intentarlo."

Sus dedos rozan los míos mientras alcanza su copa, y la electricidad sube por mi brazo. "¿A qué te dedicas, Kimberly?"

Pienso en la cafetería, en las quemaduras de grasa en mis brazos, y en cómo me duelen los pies después de los turnos dobles. "¿Esta noche? Prefiero no hablar de mí." Tomo otro sorbo para darme valor. "¿Qué hay de ti? ¿Además de rescatar mujeres de imbéciles privilegiados?"

Me estudia por un momento, y observo la fascinación parpadear en sus rasgos. Su lengua asoma para humedecer su labio inferior – un movimiento rápido que captura mi atención. "Dirijo una empresa de tecnología llamada Holt Industries. Pero tengo mis manos en varios negocios." Sus ojos recorren el club. "Incluyendo un treinta por ciento de participación en este lugar."

"Con razón la seguridad vino tan rápido", digo, y él se ríe, el sonido rico y cálido.

"Saben quién firma sus cheques." Se mueve ligeramente, su rodilla rozando la mía bajo la mesa. Ninguno de los dos se aparta. "Aunque la empresa de tecnología es mi enfoque principal. Estamos desarrollando sistemas que podrían revolucionar la atención médica. Haciéndola accesible para todos, no solo para quienes pueden pagarla."

La pasión en su voz me toma por sorpresa. Es la primera grieta en su fachada pulida, y hace que algo cálido se despliegue en mi pecho. "Eso es... realmente increíble."

"Suenas sorprendida." Sus ojos se arrugan en las esquinas cuando sonríe – realmente sonríe – y me encuentro catalogando la expresión, queriendo recordarla.

"Tal vez lo estoy. Los hombres que se ven como tú normalmente no están interesados en salvar el mundo."

"¿Los hombres que se ven como yo?" Su voz baja de nuevo, provocadora. "¿Y cómo me veo exactamente?"

El alcohol debe estar haciéndome valiente, porque me inclino hacia adelante, bajando mi voz para igualar la suya. "Como problemas. Del tipo caro."

Se ríe de nuevo, pero sus ojos se oscurecen mientras se desvían hacia mis labios. "Curioso. Yo pensaba lo mismo de ti." Su mano encuentra la mía sobre la mesa, sus dedos trazando patrones en mi palma que hacen que mi piel hormiguee. "Ven conmigo."

La forma en que lo dice – suave pero segura, como si supiera que diré que sí – hace que mi pulso se salte. Se pone de pie, todavía sosteniendo mi mano, y debería pensar en Bianca, en mamá, en

todas las responsabilidades que me esperan mañana. En cambio, miro su mano extendida – fuerte, con dedos largos y un aire de autoridad tranquila que hace que mi corazón se acelere.

Por una vez en mi vida, quiero ser imprudente. Quiero olvidarme de ser la responsable, la que siempre tiene que mantener todo junto.

Deslizo mi mano en la suya, y sus dedos se cierran alrededor de los míos con suave posesión.

"Llévame contigo." Las palabras salen entrecortadas, y observo sus pupilas dilatarse en respuesta.

Me ayuda a ponerme de pie, atrayéndome lo suficientemente cerca como para que tenga que inclinar la cabeza hacia atrás para mantener el contacto visual.

Su otra mano sube para apartar un mechón de cabello de mi rostro, y siento el cambio en el aire entre nosotros – como el momento antes de que caiga un rayo.

GRAYSON

Mientras Kimberly me sigue por la entrada privada hacia la suite del ático sobre el club, no puedo evitar dejar que mis ojos la recorran.

La manera en que su vestido se adhiere a sus curvas, el leve rubor en sus mejillas por las bebidas y el baile—todo alimenta el hambre creciente dentro de mí.

Paso mi tarjeta llave, y la puerta se abre con un clic. Iluminación tenue, música suave y un ligero aroma a sándalo llenan la habitación, mezclándose en una atmósfera de indulgencia.

Es una de las pocas propiedades que poseo aquí en la ciudad.

"Guau", suspira mientras entra. Sus ojos grandes admiran los ventanales del suelo al techo, el extenso horizonte de la ciudad brillando como un mar de estrellas. Cierro la puerta, el suave clic amplificando la intimidad del momento.

"¿Te gusta?" pregunto, acercándome, mi voz baja.

"Es hermoso", murmura, volviéndose para mirarme. La forma en que su respiración se entrecorta cuando nuestros ojos se encuentran me dice que no está hablando solo de la vista.

Me acerco lentamente, saboreando la anticipación. Mis dedos buscan los suyos, entrelazándolos, anclándola en el momento. "No tan hermoso como tú."

Su rubor se intensifica, y puedo sentir su pulso acelerarse bajo mi tacto.

La guío hacia la zona de asientos mullidos, pero no me siento.

En cambio, la atraigo suavemente a mis brazos, dejando que una mano descanse en la parte baja de su espalda. La otra aparta su cabello de su rostro, mis dedos demorándose contra su piel.

"No tienes idea de lo que me haces," murmuro, con mis labios rozando cerca de su oído.

Sus ojos se cierran suavemente, sus labios se entreabren mientras exhala con suavidad.

"Muéstramelo," susurra.

Eso es todo lo que necesito para actuar.

Capturo sus labios en un beso lento y deliberado, saboreando la manera en que se derrite contra mí.

Sus manos encuentran mi pecho, sus dedos aferrándose a la tela de mi camisa mientras profundizo el beso, probándola, explorándola. Sus labios son suaves, y cada sonido que emite envía una descarga eléctrica por todo mi cuerpo.

La guío hacia atrás hasta que sus piernas tocan el borde del sofá bajo y elegante.

Ella se deja caer, mirándome con una mezcla de nerviosismo y anticipación. Me arrodillo frente a ella, deslizando mis manos por sus muslos, sintiendo el calor de su piel a través de la delgada tela de su vestido.

"Kimberly," digo, mi voz áspera por el deseo. "Esta noche quiero cuidarte. ¿Me lo permitirás?"

Ella asiente, su respiración entrecortada.

"Sí."

La levanto con facilidad, llevándola al dormitorio, donde la luz de las velas parpadea suavemente sobre las sábanas de seda. Al depositarla, dejo que mis manos recorran su cuerpo mientras la recuesto en la cama.

La manera en que su cuerpo responde a mi toque—cómo su pecho sube y baja, cómo sus muslos se presionan entre sí—alimenta mi necesidad de adorarla.

Separando sus piernas, me arrodillo al pie de la cama, mis manos sujetando sus caderas.

"Relájate," le digo, mi voz firme pero tranquilizadora. "Quiero que sientas cada segundo de esto."

Sus ojos se abren de par en par mientras subo su vestido por los muslos, revelando el encaje que apenas la cubre.

Meto mis dedos alrededor de la delicada tela y la bajo lentamente, sin romper el contacto visual. Es hermosa, más allá de las palabras, y la visión de su cuerpo desnudo ante mí hace que mi pulso se acelere.

Me inclino hacia adelante, presionando un beso en su muslo interior, disfrutando la manera en que tiembla bajo mis labios.

Mi boca se desliza hacia arriba, más cerca, hasta que siento el calor de su excitación contra mi piel. Su suave jadeo es como una droga, y me tomo mi tiempo, dejando que mi lengua trace los pliegues sensibles de su sexo.

Sus caderas se sacuden, un suave gemido escapa de sus labios.

"Grayson," susurra, su voz entrecortada y llena de necesidad.

Sonrío contra ella, saboreando su sabor mientras me adentro más. Mi lengua encuentra su clítoris, rodeándolo suavemente, y su cuerpo se arquea fuera de la cama.

Es tan receptiva, su placer tan desinhibido, que me impulsa a explorar cada rincón de ella. Mis dedos se unen, deslizándose dentro de su calor húmedo, curvándose para encontrar el punto que la hace jadear y gemir.

Sus manos se aferran a las sábanas, su respiración llega en cortos y agudos jadeos.

"Oh, Dios mío," gime, echando la cabeza hacia atrás.

"Así es," la animo, mi voz amortiguada contra ella. "Déjate llevar, Kimberly."

Su cuerpo se tensa, sus muslos tiemblan mientras la llevo al borde. Cuando finalmente se libera, su orgasmo la atraviesa, un suave grito escapa de sus labios. Sostengo sus caderas firmes, prolongando cada ola de placer hasta que tiembla bajo mí.

Cuando su respiración se calma, me levanto, rozando un beso en su tembloroso muslo. Su rostro sonrojado, la forma en que sus labios están entreabiertos mientras lucha por recuperar el aliento, es una imagen que nunca olvidaré.

Me subo a la cama, tomando sus muñecas suavemente entre mis manos. Ella me observa con ojos abiertos mientras alcanzo las esposas de seda en la mesita de noche, asegurando sus manos por encima de su cabeza. Reviso las ataduras, asegurándome de que estén firmes pero suaves, luego dejo que mis dedos recorran la longitud de sus brazos, su cuerpo arqueándose hacia mí.

"Ahora eres mía," le digo, mi voz baja y autoritaria. "Completamente a mi merced."

La manera en que sus pupilas se dilatan, el suave rubor que se extiende por su pecho, me dice que le gusta lo que oye.

Rápidamente bajo el cierre de mis pantalones y me libero. Su respiración se detiene mientras la beso profundamente, mi cuerpo presionándose contra el suyo, mi erección rozando su entrada. Está tan húmeda, tan lista, que me cuesta controlar no entrar en ella de un solo movimiento. En cambio, me muevo lentamente, saboreando el momento, la forma en que su cuerpo se adapta a mí.

"Eres perfecta," murmuro, mi voz tensa por la contención. "Tan apretada. Tan hermosa."

Sus gemidos me impulsan mientras comienzo a moverme, cada embestida deliberada, profunda, llevándola más alto con cada movimiento. Sus muñecas tiran contra las ataduras, su espalda arqueándose mientras la llevo más y más cerca del clímax una vez más.

"Déjate ir otra vez para mí," ordeno, mi voz un gruñido. "Ven para mí, Kimberly."

Cuando se deshace debajo de mí, su cuerpo apretándose alrededor del mío, me lleva al borde. Me entierro profundamente, gimiendo su nombre mientras encuentro mi liberación.

Cuando las olas de placer se disipan, libero sus muñecas, atrayéndola hacia mis brazos. Ella se acurruca contra mí, su cuerpo cálido y suave, y presiono un beso en su frente.

"Eres increíble," le digo, mi voz suave pero firme. "Voy a devorar tu dulce coño hasta que estés lista para la segunda ronda."

KIMBERLY

La luz del sol se filtra por los ventanales del suelo al techo, pintando franjas cálidas sobre mi rostro.

Las sábanas se sienten como seda líquida contra mi piel mientras floto en ese espacio brumoso entre sueños y consciencia, donde la realidad aún no se ha apoderado por completo. Un sutil aroma a café recién hecho despierta mis sentidos, y escucho el suave roce de pisadas sobre el suelo de madera.

"Buenos días, preciosa." La voz profunda me provoca un escalofrío por la columna.

Mis ojos se abren de golpe. El techo desconocido sobre mí es de un blanco puro, salpicado de luces empotradas que actualmente están atenuadas a un brillo suave.

Este no es mi colchón deformado con sus sábanas de algodón. Esta no es mi habitación estrecha con su techo manchado de agua.

Giro la cabeza y encuentro a Grayson de pie junto a la cama, sosteniendo una bandeja plateada con el desayuno.

Se ha transformado de la sofisticación del traje de anoche en algo igualmente peligroso – vaqueros oscuros que le caen perfectamente en las caderas y una camiseta gris ajustada que se estira sobre su amplio pecho.

Su cabello está ligeramente húmedo, ondulándose en los bordes como si acabara de ducharse, y esa media sonrisa devastadora juega en sus labios mientras me observa procesar mi entorno.

Me incorporo de golpe, y me arrepiento inmediatamente cuando la sábana se desliza. Mis manos agarran la seda contra mi pecho mientras observo la habitación inmensa.

La pared de ventanas muestra una vista impresionante del horizonte de la ciudad, los edificios brillando como oro bajo el sol de la mañana. Todo a mi alrededor habla de lujo masculino.

Hay muebles elegantes y caros en tonos de gris y azul. También noto hermosas pinturas abstractas que me hacen sentir aún más fuera de lugar.

Mi corazón retumba mientras echo un vistazo bajo las sábanas, aunque ya sé lo que voy a encontrar. Desnuda. Completa y totalmente desnuda.

"Ay Dios mío, ¿nosotros...?" Las palabras se me escapan antes de poder detenerlas. Mi boca se siente seca, y puedo saborear la dulzura persistente de los cócteles de anoche.

Coloca la bandeja en la mesa de noche – el aroma de croissants recién horneados se mezcla con café y bayas maduras. El colchón se hunde cuando se sienta en el borde, lo suficientemente cerca para que pueda captar el aroma limpio de su jabón. Lo suficientemente cerca para recordar exactamente cómo se sentía su piel contra la mía.

"Lo hicimos." Toma una manzana perfectamente roja del frutero, dándole un mordisco lento que atrae mi atención hacia su boca. Sus ojos se oscurecen con el recuerdo. "Dos veces." Su mirada se desliza por lo que puede ver de mis hombros desnudos, y siento el calor de su mirada como un toque físico. "Puede que te duela un poco más tarde."

Las imágenes inundan mi mente sin ser invitadas – su boca recorriendo mi cuello, manos fuertes agarrando mis caderas, dedos enredándose en mi cabello. La forma en que había susurrado mi nombre contra mi piel como una plegaria.

El sonido que había hecho cuando yo... El calor se extiende por mi rostro.

"¿Hambre?" Me ofrece la manzana, y el gesto parece cargado de significado, como algo de un cuento de hadas prohibido.

Niego con la cabeza, envolviendo la sábana a mi alrededor mientras me pongo de pie. Mis piernas se sienten inestables, y no solo por las actividades de anoche.

La alfombra mullida se hunde bajo mis pies descalzos mientras doy un paso atrás, necesitando espacio para pensar.

"No soy..." Las palabras se atascan en mi garganta cuando veo mi ropa interior de encaje asomando bajo su chaqueta de traje descartada. "No soy este tipo de chica. No me acuesto con extraños. No soy una especie de—"

"¿Puta?" Sus ojos se entrecierran, el verde oscureciéndose mientras aprieta la mandíbula. La manzana hace un suave golpe cuando la deja en la bandeja con precisión controlada. "Nunca dije que lo fueras. No es así como te veo en absoluto." Se levanta lentamente, y algo en su expresión hace que mi estómago dé un vuelco. "De hecho, me gustaría conocerte, Kimberly. Apropiadamente."

Me inclino para agarrar mi vestido del suelo, manteniendo la sábana firmemente envuelta a mi alrededor como una armadura. "Mira, anoche fue..." *Increíble. Estremecedor. Transformador*. "Un error. Necesito volver a casa."

Se pone de pie, y me recuerda de nuevo lo alto que es. La luz de la mañana atrapa los destellos dorados en sus ojos, haciéndolos parecer casi etéreos. "De acuerdo. Déjame llevarte."

"Bien." Miro mi vestido arrugado, luego a él, el calor subiendo por mi cuello. "Solo necesito vestirme."

El entendimiento cruza sus rasgos, seguido por algo que podría ser diversión. "Te daré privacidad." Se dirige a la puerta, deteniéndose con la mano en el pomo pulido. "Aunque parece un poco tarde para—"

El estridente timbre de mi teléfono corta el aire. El nombre de mamá parpadea en la pantalla donde está sobre la mesa de noche, y mi estómago se hunde. Ella nunca llama tan temprano a menos que...

"¿Mamá?" Contesto, ya temiendo lo que pueda escuchar. "¿Está todo bien?"

Su voz suena tensa por el pánico, el ligero arrastre en sus palabras me dice que ha estado bebiendo o no ha dormido. "¿Dónde estás, Kimberly? Necesitas venir a casa ahora mismo."

Grayson me mira preocupado mientras observa mi expresión.

"Es sobre Carlos." La voz de mamá se quiebra, y mi sangre se congela. "Está amenazando con —" Un estruendo en el fondo, el sonido de cristales rompiéndose. "Dice que si Bianca no—"

"¿Está bien Bianca?" Las palabras se arrancan de mi garganta.

La línea se corta con una finalidad que detiene mi corazón.

Mis manos tiemblan tan violentamente que dejo caer el teléfono.

Rebota en la alfombra mientras la sábana se cae, pero ya no me importa lo que Grayson vea. Me pongo el vestido por la cabeza, la seda pegándose a mi piel húmeda.

Mis dedos luchan con la cremallera, una serie de maldiciones cayendo de mis labios hasta que siento sus manos firmes en mi espalda, ayudando.

El metal sube, y me doy la vuelta. Su rostro se ha transformado – todos los rastros de jugueteo han desaparecido, reemplazados por algo duro y enfocado.

"Por favor." Mi voz se quiebra mientras me meto en mis tacones, casi perdiendo el equilibrio. La mano de Grayson agarra mi codo, estabilizándome. "Llévame a casa. Ahora."

Su expresión se endurece aún más mientras agarra sus llaves de la cómoda. Las llaves tintinean suavemente, el sonido de alguna manera ominoso en el aire tenso.

"Vamos." Su voz ha tomado ese mismo tono de mando de anoche, pero ahora está bordeado de acero.

Me apresuro hacia la puerta con piernas inestables, mi corazón retumbando contra mis costillas.

Las preguntas sin respuesta resuenan en mi cabeza con cada paso: ¿Está viva mi hermana? ¿Está a salvo mi madre? ¿Cómo se convirtió la escapada a la fantasía de anoche en la pesadilla de esta mañana?

Detrás de mí, escucho los pasos silenciosos de Grayson, y me pregunto si tiene alguna idea de lo que está a punto de presenciar. Bienvenido a mi mundo real, pienso con amargura. Se acabaron los cuentos de hadas.

KIMBERLY

El Aston Martin negro y elegante de Grayson se detiene con un chirrido frente a mi casa, los neumáticos crujiendo sobre el concreto roto.

La pintura verde menta descascarada se ve aún peor bajo la dura luz de la mañana, las canaletas caídas y las ventanas agrietadas de repente me resultan mortificantes bajo su mirada.

Capto su expresión en mi visión periférica – el ligero ensanchamiento de sus ojos, la tensión casi imperceptible de su mandíbula mientras observa las botellas de cerveza esparcidas por nuestro jardín delantero, el viejo Ford sobre bloques en la entrada. Mis mejillas arden de vergüenza.

"Gracias por traerme", murmuro, alcanzando la manija de la puerta con dedos temblorosos. "Puedo manejarlo desde aquí."

Su mano atrapa mi muñeca, suave pero firme. Incluso ahora, su toque envía electricidad por mi brazo. "Espera." Su voz tiene ese mismo filo autoritario de antes, ese que me hace temblar las rodillas a pesar de mi miedo. "No voy a dejarte entrar ahí sola."

"En serio, no tienes que—"

"No." Ya está desabrochando su cinturón de seguridad, sus movimientos precisos y controlados. El sol de la mañana atrapa la línea afilada de su mandíbula, el gesto determinado de su boca. "Voy contigo. Vamos."

El camino hasta mi puerta principal parece interminable. Cada paso en estos tacones envía chispas de dolor por mis piernas, mi vestido de anoche de repente sintiéndose como un disfraz bajo la luz del día.

La puerta mosquitera cuelga torcida de sus bisagras, y hay una nueva grieta en la ventana frontal que no estaba ahí ayer. Los bordes afilados brillan ominosamente bajo la luz del sol.

Mis manos tiemblan tanto que apenas puedo meter la llave en la cerradura. La cálida presencia de Grayson detrás de mí sería reconfortante si no estuviera tan aterrorizada por lo que podríamos

encontrar dentro. Su colonia – ese aroma caro e intoxicante – me envuelve como un escudo.

La puerta se abre con un chirrido, y mi mundo se detiene.

Bianca yace derrumbada en nuestra alfombra manchada como una muñeca rota, el cabello extendido alrededor de su cabeza.

Hay un bulto morado y furioso hinchándose en su sien, grotesco contra su piel pálida. Una delgada línea de sangre corre desde su nariz, rojo brillante contra su tez fantasmal.

No se mueve. Dios mío, ¿por qué no se mueve?

Mamá está atada a una de nuestras sillas de la cocina, cinta adhesiva sobre su boca, el rímel creando ríos negros por sus mejillas. Sus ojos se agrandan cuando me ve, sonidos desesperados ahogándose tras la cinta. Sus muñecas están en carne viva de tanto luchar contra las bridas de plástico.

Pero es el hombre parado detrás de ella el que hace que mi sangre se congele. Está vestido todo de negro, un pasamontañas revelando solo ojos fríos que se clavan en mí con interés depredador.

La pistola en su mano presiona contra la sien de mamá, y veo su dedo temblar sobre el gatillo. El metal brilla opacamente en la luz de la mañana que se filtra por nuestras ventanas sucias.

"Ay, Dios mío." Las palabras se escapan en un susurro horrorizado.

Sus ojos me recorren, demorándose en el vestido negro ajustado, y algo oscuro destella en sus profundidades antes de endurecerse de nuevo. Mi piel se eriza bajo su mirada. "Vaya, vaya. Miren quién finalmente llegó a casa." Su voz es áspera.

La pistola gira hacia mí, y retrocedo instintivamente. Mi tacón se engancha en la alfombra raída. Antes de que pueda caer, el brazo de Grayson rodea mi cintura, atrayéndome contra su pecho sólido. Siento el latido constante de su corazón contra mi espalda, un marcado contraste con mi propio pulso acelerado.

"¿Quién eres?" Mi voz se quiebra. "¿Qué está pasando?" Intento dar un paso hacia mamá, pero el agarre de Grayson se aprieta, manteniéndome en mi lugar mientras la pistola vuelve a la sien de ella. "¿Mamá?"

Ella intenta hablar a través de la cinta, más lágrimas derramándose por sus mejillas. Sus manos están atadas tan fuertemente detrás de ella que se están formando marcas rojas de ira en sus muñecas. La silla cruje mientras lucha.

"¿El novio de tu hermana?" La risa del hombre es fea, haciendo eco en las paredes. "Me debe dinero. Mucho dinero. Y cuando vine a cobrar esta pequeña estúpida", empuja a Bianca con su bota, el golpe sordo me hace estremecer, "intentó decirme que no sabía dónde estaba. Como si fuera a creer eso."

Mi estómago se revuelve cuando Bianca no responde al contacto. Ni siquiera sus párpados se mueven. "Por favor, no les hagas daño—"

"Carlos me robó." Su voz se eleva, la pistola temblando contra la cabeza de mamá. "Robó mi mercancía, luego desapareció. Y ahora nadie quiere pagar." Cambia su postura, y vislumbro otra pistola metida en su cinturón. "Así que tal vez empiece a disparar gente hasta que alguien decida ser más cooperativo."

"No vas a disparar a nadie." La voz de Grayson corta la tensión como una navaja.

Da un paso adelante, manteniéndome ligeramente detrás de él. Sus anchos hombros bloquean la mayor parte de mi vista, y me encuentro aferrándome a la suave tela de su camisa.

Los ojos del hombre se entrecierran detrás del pasamontañas. "¿Quién carajo eres tú?"

"Alguien que puede resolver este problema." El tono de Grayson es tranquilo, pero puedo sentir la tensión irradiando de su cuerpo. Los músculos de su espalda se flexionan bajo mis dedos. "¿Cuánto te debe Carlos?"

El hombre parpadea, perdiendo el equilibrio. "Dos mil."

"¿Dos mil dólares?" El disgusto de Grayson es evidente mientras alcanza su billetera, sus movimientos deliberados. "¿Estás amenazando con matar gente por dos mil dólares?"

Saca un fajo de billetes de cien dólares, y veo los ojos del pistolero fijarse en el dinero como un hombre hambriento mirando comida.

Grayson cuenta el dinero con manos firmes, su compostura inquebrantable incluso con una pistola apuntando en nuestra dirección.

"Tómalo y vete." Extiende el efectivo. "Ahora."

Los ojos del hombre saltan entre el dinero y yo, algo inquietante en su mirada que me hace erizar la piel. Presiono mi rostro contra la espalda de Grayson, inhalando su aroma, tratando de mantenerme firme. Su mano libre encuentra la mía, apretando suavemente.

Finalmente, el pistolero suelta a mamá, arrebatando el dinero con su mano libre. Retrocede hacia la puerta, la pistola aún apuntándonos. "Dulces sueños, princesa", me dice con desprecio antes de desaparecer en la luz de la mañana.

Corro hacia mamá en el instante en que se va, mis dedos luchando con la cinta adhesiva. Ella jadea cuando la libero, luego comienza a sollozar. "Tu hermana, Kimberly. La golpeó tan fuerte —"

"¡Llama una ambulancia!" Me dejo caer de rodillas junto a Bianca, mis manos flotando sobre su forma inmóvil.

El bulto en su sien es de un morado y rojo furioso, ya del tamaño de un huevo. Su piel está demasiado pálida, su respiración demasiado superficial. Una gota de sangre rueda desde su nariz, manchando la alfombra bajo su cabeza. "¡Grayson, por favor, llama una ambulancia ahora!"

Él ya está en el teléfono, su voz aguda y autoritaria mientras da nuestra dirección. Incluso en crisis, irradia poder y control. Presiono mis dedos contra el cuello de Bianca, encontrando su pulso – débil pero ahí.

"La policía también viene en camino", dice Grayson, arrodillándose a mi lado. Su mano encuentra mi hombro, firme y cálida. Incluso a través de mi pánico, soy consciente de su cercanía, la fuerza en su toque. "Ella va a estar bien."

"¿Quién es Carlos? ¿Hace cuánto lo conoce?" pregunta suavemente, pero niego con la cabeza, las lágrimas nublando mi visión.

"Ahora no. Por favor." Mi voz se quiebra. "No puedo... Solo necesito ayuda. Ahora."

Las sirenas aúllan en la distancia mientras aprieto la mano inerte de mi hermana, rezando a cualquier dios que pueda estar escuchando. Detrás de mí, escucho a mamá llorando, escucho la voz tranquila de Grayson tratando de consolarla. Su presencia llena la habitación, haciéndome sentir más segura a pesar del horror de la situación.

Esto es mi culpa, pienso. Si no hubiera salido anoche, si no hubiera estado jugando a fingir en un ático mientras mi familia me necesitaba...

Las sirenas se hacen más fuertes, y siento el calor de Grayson detrás de mí como un escudo. Pero mientras las luces rojas y azules comienzan a parpadear a través de nuestras ventanas sucias, sé con aplastante certeza que mi breve escape a su mundo ha terminado.

GRAYSON

El pasillo del hospital parece interminable, sus luces fluorescentes proyectando sombras duras sobre las paredes pálidas.

Me apoyo contra la pared fuera de la habitación de Bianca, mi cuerpo tenso mientras escucho las voces amortiguadas desde dentro – el tono profesional del doctor mezclándose con las suaves preguntas de Kimberly y los sollozos ocasionales de su madre.

Incluso exhausta y preocupada, Kimberly es impresionante.

El vestido negro de anoche se ajusta a sus curvas que me han estado volviendo loco desde que la vi por primera vez en el club. Su cabello oscuro cae en ondas despeinadas más allá de sus hombros, y todo lo que quiero hacer es enterrar mis manos en él otra vez, como lo hice anoche cuando ella—

Aprieto los puños, alejando los recuerdos. No es el momento. Pero Dios, todo en ella llama a algo primitivo en mí. La delicada curva de su cuello, esos labios perfectos, la manera en que sus ojos color miel parecen ver a través de mí.

La puerta se abre, y ella sale. Incluso con el maquillaje corrido y las mejillas manchadas de lágrimas, parece que pertenece a la portada de una revista. Sus pestañas imposiblemente largas están húmedas de lágrimas, sus labios perfectos temblando, y antes de poder detenerme, estoy alcanzándola.

Se desploma contra mi pecho, su pequeña figura temblando con sollozos.

La envuelvo en mis brazos, respirando su aroma embriagador. Mis labios presionan contra su cabello, y requiere cada onza de autocontrol no levantar su rostro y besar esas lágrimas.

"¿Cómo está ella?" Mantengo mi voz suave, una mano acariciando la elegante curva de su espalda. La seda de su vestido todavía está cálida de su piel.

Kimberly toma un respiro tembloroso contra mi camisa. Tan cerca, puedo ver los destellos dorados en sus ojos, la perfecta pendiente de su nariz, la manera en que sus dientes atrapan su labio inferior. "Va a estar bien." Se aleja ligeramente, limpiándose los ojos con dedos elegantes. "El doctor dice que no hay fractura de cráneo, solo una contusión severa. Quieren mantenerla en observación, pero..." Su voz se quiebra, y el sonido atraviesa mi pecho.

"Háblame de Carlos." El nombre sabe amargo en mi lengua. Quiero cazar al bastardo que hizo llorar a esta diosa. "Ayúdame a entender qué pasó."

Ella da un paso atrás, envolviendo sus brazos alrededor de sí misma. La distancia se siente como kilómetros, y mi cuerpo anhela cerrarla. "Carlos solía ser traficante. Así es como Bianca lo conoció – en una fiesta hace tres años. Luego consiguió trabajo en una empresa constructora, buen sueldo y beneficios. Todos pensaron que estaba enderezando su vida." Se ríe, pero no hay humor en ello. Una lágrima recorre su mejilla perfecta, y mi pulgar anhela limpiarla. "Pero nunca dejó de consumir. Y cuando está drogado..."

Mis manos se vuelven puños otra vez, imaginando el miedo con el que debe vivir. "Por eso ella viene a quedarse contigo."

"Varias veces al mes." Pasa sus dedos por su cabello enredado, y hasta ese simple gesto es hipnotizante. "A veces son solo discusiones. A veces es peor. Pero esto..." Señala hacia la puerta de la habitación del hospital, su mano temblando. "Mamá dice que ni siquiera ha llamado para ver cómo está. Simplemente desapareció con lo que sea que le robó a ese traficante."

"Déjame ayudar." Las palabras salen más ásperas de lo que pretendía, crudas con la necesidad de protegerla. Me obligo a suavizar mi tono, aunque todo en mí quiere envolverla y nunca dejarla ir. "Puedo tener seguridad vigilando tu casa. Puedo asegurarme de que todas estén a salvo. Lo que necesites—"

"Grayson." La manera en que dice mi nombre – suave, resignada – hace que algo en mi pecho se contraiga. Sus labios tiemblan. "Tengo muchas cosas pasando. Yo solo... no puedo hacer esto ahora mismo." Hace un gesto entre nosotros, y veo un rubor subir por su cuello elegante. "Anoche fue increíble, pero no soy así. No me acuesto con extraños. No tengo tiempo para conocer a nadie ahora mismo. Tengo demasiado sucediendo en casa."

"Déjame ayudar", repito, luchando contra cada instinto que me grita que la atraiga de nuevo a mis brazos. Que nunca la deje ir. Que la mantenga a salvo en mi cama, lejos de todo este caos y dolor. "No tienes que manejar todo sola."

"Emocionalmente no puedo con esto ahora." Su voz se quiebra de nuevo, y esos ojos color miel se llenan de lágrimas frescas. ¿Cómo puede alguien verse tan hermosa incluso cuando se está

quebrando? "Tengo que preocuparme por mi hermana. No puedo preocuparme por nada más. No puedo..." Sacude su cabeza, el cabello oscuro cayendo como seda alrededor de su rostro.

Cada músculo en mi cuerpo se tensa hacia ella. Quiero besar esas lágrimas, hacerla olvidar todo excepto cómo encajamos juntos. En cambio, saco mi tarjeta de presentación, presionándola en su mano temblorosa.

Sus dedos son delicados y recuerdo cómo se sentían enredados en mi cabello.

"Por favor." Atrapo su mirada, ahogándome en esas profundidades ámbar. "Llámame si necesitas algo. Cualquier hora, día o noche."

Ella agarra la tarjeta, asintiendo una vez antes de voltearse. La puerta del hospital se cierra detrás de ella con un suave clic que se siente como un disparo en mi pecho.

A través de la pequeña ventana, capturo un último vistazo de ella – la elegante línea de su espalda, la manera graciosa en que se mueve incluso en el agotamiento. Todo en ella es perfección, y verla alejarse se siente como tener mi corazón arrancado.

Me quedo ahí más tiempo del que debería, memorizando el sonido de su voz a través de la puerta. Finalmente, me obligo a moverme, cada paso por el corredor estéril sintiéndose más pesado que el anterior.

El sol de la mañana es cegador cuando salgo del hospital, mis hombros rígidos con tensión que no puedo liberar.

¿Cómo diablos se supone que me aleje cuando cada fibra de mi ser está gritando que regrese?

¿Que monte guardia fuera de su puerta? ¿Que cace a este Carlos personalmente y haga que se arrepienta de haber puesto sus ojos en Bianca?

Mi Aston Martin brilla en el estacionamiento, y me deslizo detrás del volante, dejando caer mi cabeza contra el asiento de cuero.

Nunca me he sentido tan impotente.

Tan... fuera de control. Una noche con ella, y se ha metido bajo mi piel de una manera que ninguna mujer lo ha hecho jamás.

Su rostro me persigue – esos ojos expresivos, esos labios perfectos, esa belleza delicada que hace doler mi pecho.

Mi teléfono suena, y el nombre de Jonathan parpadea en la pantalla. Contesto en automático, tratando de forzar los pensamientos de Kimberly fuera de mi mente.

"Señor, tengo esos documentos de TechSphere que necesitan su aprobación antes de la reunión de la junta. Las patentes de interfaz neural—"

"Envíalos a mi tablet." Lo interrumpo, forzando a mi mente a cambiar de marcha. Trabajo. Concéntrate en el trabajo. No en sus lágrimas, no en lo perfectamente que encajaba en mis brazos, no en cómo se veía en mi cama esta mañana antes de que todo se fuera al infierno.

"Además, el equipo de Chicago está solicitando una videoconferencia sobre el último avance de la división de computación cuántica. Dicen que es urgente."

Arranco el motor, el familiar ronroneo no haciendo nada para aliviar el dolor en mi pecho. "Prográmala para esta tarde. Y Jonathan?"

"¿Señor?"

"Cancela mi agenda de la tarde. Todo."

"Sí, señor." Hace una pausa. "¿Está todo bien?"

Salgo del estacionamiento, deliberadamente no mirando el hospital en mi espejo retrovisor. No pensando en dejarla allí, vulnerable y herida. "Lo estará."

Porque de una manera u otra, voy a descubrir cómo protegerla – lo quiera ella o no.

Solo tengo que ser inteligente al respecto. Paciente. Estratégico.

Ninguna mujer me ha afectado así jamás, me ha hecho sentir tan completamente fuera de control. Un solo roce de ella, y estoy adicto. Una noche, y estoy completamente deshecho.

Me incorporo a la autopista, forzando a mi mente a concentrarse en TechSphere, en patentes y reuniones de la junta, y avances cuánticos. Pero debajo de todo, mis pensamientos siguen volviendo a ojos color miel llenos de lágrimas, a labios perfectos que tiemblan cuando llora, a la abrumadora necesidad de asegurarme de nunca verla quebrarse de nuevo.

Nunca he deseado a nadie como la deseo a ella. Nunca he sentido esta ardiente necesidad de poseer, de proteger, de reclamar. Y nunca he sido muy bueno dejando ir las cosas que quiero.

KIMBERLY

Un mes después...

El sol poniente sangra naranja a través de la ventana de Bianca mientras acomodo sus almohadas, mis ojos deteniéndose en la colección de frascos vacíos de pastillas en su mesa de noche.

Los moretones se han desvanecido a un tono amarillo verdoso, pero las ojeras oscuras bajo sus ojos cuentan una historia diferente.

El sueño es ahora su única escapatoria – de los dolores de cabeza, del desamor, de la realidad de que Carlos aún no ha llamado. Un mes de silencio que pesa más con cada día que pasa.

"Simplemente no lo entiendo." La voz de Bianca se quiebra mientras agarra mi mano. Sus dedos están fríos, temblando ligeramente. "¿Cómo pudo simplemente desaparecer? ¿Después de todo lo que hemos pasado? ¿Después de lo que sucedió?" Su otra mano se eleva para trazar el bulto que se desvanece en su sien. "Tal vez si le hubiera dado el dinero cuando me lo pidió..."

"No." Me siento en el borde de su cama, atrayéndola a mis brazos. Se siente más pequeña de alguna manera y más frágil. El aroma a lavanda de su champú se mezcla con el olor medicinal que parece haberse apoderado de su habitación. "Esto no es tu culpa. Nada de esto."

Se hunde en mi abrazo, sus lágrimas humedeciendo mi camisa. Puedo sentir su corazón acelerado contra mi pecho. "Lo siento por lo que dije antes. Sobre que estabas celosa porque Carlos podía darme cosas que nunca tuvimos mientras crecíamos."

Mis brazos se aprietan alrededor de ella mientras recuerdo esa pelea – sus palabras arrastradas por los medicamentos para el dolor, amarga y defensiva cuando sugerí que lo dejara definitivamente. "Bianca..."

"Éramos tan pobres." Su voz sale amortiguada contra mi hombro, sus dedos agarrando mi camisa como si se estuviera ahogando. "Y Carlos... me compraba bolsos de diseñador, joyería cara. Una

parte de mí..." Se aleja, limpiándose los ojos con manos temblorosas. Una lágrima se queda atrapada en sus largas pestañas, colgando como un cristal. "Una parte de mí disfrutaba recibir los regalos cuando decía lo siento. A veces cuando me golpeaba, realmente pensaba en lo que podría comprarme esta vez para compensarlo. ¿Qué tan enfermo es eso?"

La miro directamente a los ojos, mi corazón rompiéndose al ver la vergüenza escrita en su hermoso rostro. "Necesitas terapia, Bianca."

Deja escapar una risa sin humor, el sonido agudo y frágil en la habitación silenciosa. "Lo sé. Estoy loca."

"No estás loca." Aparto el cabello de su rostro, justo como mamá solía hacer por nosotras cuando éramos pequeñas – antes de que la bebida se apoderara de ella. "Estás traumatizada. Hay una diferencia."

"Mamá también necesita ayuda." Los ojos de Bianca se desvían hacia la puerta, donde podemos escuchar la televisión sonando en la sala. "Faltó al trabajo ayer solo para poder beber. La escuché por teléfono con su jefe, inventando una historia sobre intoxicación alimentaria. Luego pasó todo el día en el sofá con tres botellas de vino y dos cervezas, llorando sobre viejas fotos de papá."

La familiar mezcla de ira e impotencia surge en mi pecho. "Necesita rehabilitación." Las palabras se sienten pesadas, pero necesitan ser dichas. "Estoy realmente preocupada por ella. Está empeorando."

"¿Recuerdas cuando solía pintar?" La voz de Bianca se suaviza con el recuerdo, sus ojos enfocándose en la vieja foto familiar en su cómoda. Mamá está de pie frente a un caballete, pincel en mano, sonrisa brillante y genuina. "Tenía ese pequeño estudio en el garaje. Era tan buena."

"Lo era." Aprieto su mano, recordando los colores vibrantes, la forma en que tarareaba mientras trabajaba. El garaje es solo almacenamiento ahora, el caballete enterrado bajo cajas de botellas vacías que no he tenido el corazón de tirar. "Podría serlo de nuevo, si tan solo buscara ayuda."

Los ojos de Bianca se llenan de lágrimas frescas, atrapando los últimos rayos de sol. "Todo es un desastre, Kim. ¿Cómo llegamos aquí?"

No tengo una respuesta para eso. En cambio, solo la sostengo hasta que su respiración se nivela y se desliza en un sueño inquieto, su medicación para el dolor finalmente haciendo efecto.

Verifico que la siguiente dosis esté al alcance en la mesa de noche, ajustando el vaso de agua para que no lo tire.

Los doctores dicen que está sanando bien físicamente – los síntomas de la contusión finalmente están cediendo, los mareos son menos frecuentes.

¿Pero emocionalmente? Esa es un tipo diferente de recuperación, una que ninguna receta puede arreglar.

El piso cruje bajo mis zapatos mientras salgo de la habitación de Bianca. Mamá está inconsciente en el sofá de nuevo, una botella de vino vacía en la mesa de café junto a una copa medio llena que ha estado ahí desde el mediodía.

Una película antigua se reproduce silenciosamente en la televisión proyectando luz azul parpadeante sobre su rostro. Le pongo una manta encima antes de agarrar mis llaves para el turno de noche en la cafetería.

Mi teléfono se siente pesado en mi bolsillo mientras conduzco por las calles oscurecidas, pasando tiendas cerradas y letreros de neón parpadeantes. La tarjeta de presentación de Grayson todavía está guardada en mi billetera, los bordes desgastados por las muchas veces que la he sacado, mirando fijamente su número hasta que los dígitos se vuelven borrosos.

Mi dedo ha flotado sobre esos números más veces de las que puedo contar este último mes, siempre tarde en la noche cuando la soledad se siente sofocante. Pero ¿qué diría siquiera?

¿Gracias por salvar a mi familia y luego alejarte cuando te lo pedí? ¿Lo siento por sacarte de mi vida después de la noche más increíble que he tenido? ¿Todavía me despierto buscándote?

El recuerdo de su toque aún me persigue – manos fuertes que sabían exactamente dónde agarrar, labios suaves que susurraban promesas contra mi piel, la manera en que me hacía sentir segura y peligrosa al mismo tiempo. El fantasma de su beso arde en mi cuello, y tengo que agarrar el volante con más fuerza mientras el calor se acumula en mi estómago. Incluso ahora, un mes después, mi cuerpo recuerda cada momento y cada caricia.

Sacudo la cabeza, tratando de aclararla mientras entro al estacionamiento de la cafetería.

El letrero de ABIERTO en neón proyecta un resplandor rojo a través de mi parabrisas. No puedo pensar en él. No ahora. No cuando todo es todavía tan frágil, cuando mi familia necesita que esté concentrada y fuerte. Pero tarde en la noche, cuando la cafetería está tranquila y mi guardia está baja? Es entonces cuando él se desliza de vuelta.

La hora pico de la tarde en la Cafetería de Pete apenas ha terminado cuando me golpea la náusea. Ha estado sucediendo más frecuentemente últimamente – este violento revolverse en mi estómago que me envía corriendo al baño.

Apenas llego al cubículo esta vez, cayendo de rodillas mientras todo lo que he comido sale en arcadas dolorosas.

Mi estómago se contrae una y otra vez, lágrimas corriendo por mi rostro mientras me aferro a la fría porcelana.

Ola tras ola de náusea sacude mi cuerpo hasta que estoy temblando, mi garganta ardiendo en carne viva. Las luces fluorescentes zumban sobre mi cabeza, demasiado brillantes, demasiado duras, haciendo que mi cabeza dé vueltas.

El olor a desinfectante mezclado con bilis me hace volver a arcadas.

Cuando finalmente se detiene, me quedo ahí por un momento, mi frente presionada contra el asiento frío del inodoro, tratando de recuperar el aliento. El sabor metálico de la bilis llena mi boca, y mi uniforme se siente demasiado apretado, demasiado áspero contra mi piel sudorosa.

El espejo del baño es implacable mientras me enjuago la boca y me lavo las manos.

Mi reflejo muestra piel pálida y ojos vidriosos, ojeras que ninguna cantidad de corrector puede ocultar. Mis manos tiemblan mientras aliso mi uniforme y meto los mechones sueltos de nuevo en mi cola de caballo. "¿Qué me pasa?" susurro, presionando una toalla de papel fría contra mi cuello. Esta es la tercera vez esta semana, y es cada vez más difícil ignorarlo.

La cafetería está casi vacía cuando regreso al vestíbulo. Solo algunos camioneros cuidando sus tazas de café en la barra, el tintineo de los cubiertos contra los platos de cerámica haciendo eco en el espacio silencioso.

Los letreros de neón de los autos que pasan pintan patrones abstractos en el suelo de linóleo a través de las grandes ventanas frontales. Estoy limpiando la barra, tratando de calmar mi estómago aún revuelto, cuando suena la campana sobre la puerta.

Mi corazón se detiene.

Grayson llena la entrada como algo salido de un sueño, la luz amarilla de la calle detrás de él creando un efecto de halo alrededor de sus anchos hombros.

Está aún más guapo de lo que recuerdo – traje gris carbón perfectamente ajustado a su cuerpo musculoso, camisa blanca crujiente abierta en el cuello. Cuando sus ojos encuentran los míos a través de la cafetería, ese calor familiar se extiende por mi pecho, ahuyentando la náusea persistente.

Sus labios se curvan en una ligera sonrisa que me debilita las rodillas.

Un mes. Ha pasado un mes desde la última vez que lo vi, y de alguna manera está aún más hermoso. Más peligroso. La iluminación del turno nocturno suaviza sus rasgos, proyectando sombras que enfatizan su mandíbula afilada, la curva sensual de su boca.

"Hola, Kimberly." Su voz es exactamente como la recuerdo – profunda, rica, con ese toque de autoridad que hace que mi piel hormiguee. Se mueve por la cafetería como si fuera suya, cada paso decidido.

Me agarro a la barra para estabilizarme, ya sea por la náusea persistente o su presencia, no estoy segura. Pero cuando sus ojos verdes se encuentran con los míos, llenos de una intensidad que me roba el aliento, me doy cuenta de que estoy en problemas. Están más oscuros en la luz tenue, hambrientos de una manera que hace que el calor se acumule en mi estómago a pesar de mi malestar anterior.

Su sonrisa se ensancha ligeramente como si pudiera leer cada pensamiento que cruza por mi mente. Y así sin más, mis muros cuidadosamente construidos comienzan a desmoronarse.

La noche se extiende ante nosotros, llena de posibilidad y peligro, y sé con una certeza profunda que todo está a punto de cambiar. De nuevo.

GRAYSON

Las luces fluorescentes de la cafetería no la favorecen, resaltando las sombras bajo sus ojos color miel y el ligero brillo de sudor en su frente.

Sigue siendo la mujer más hermosa que he visto, pero algo no está bien.

La energía vibrante que recuerdo de aquella noche en el club se ha apagado.

Me acerco a ella con preocupación grabada en mi rostro.

"¿Te sientes bien?" Me inclino hacia adelante, luchando contra el impulso de presionar mi mano contra su frente, de revisar su temperatura como quiero revisar todo lo demás sobre ella.

"Sí." Se coloca un mechón de cabello oscuro detrás de la oreja, pero noto el ligero temblor en sus dedos. "Solo me he sentido un poco mareada últimamente. Ya pasará."

Mi instinto me dice que hay algo más, pero ella ya está mirando hacia la oficina de su jefe, mordiéndose el labio inferior. "¿Puedo traerte algo de beber?"

"Creo que ambos sabemos que no vine a ordenar. A menos que... tú estés en el menú." Le muestro una sonrisa, la que normalmente me consigue lo que quiero en las juntas directivas.

Un rubor sube por su cuello elegante. "Bueno, no lo estoy y estoy trabajando", dice suavemente, con otra mirada nerviosa hacia la oficina. "Así que probablemente deberías ordenar algo."

"Un café está perfecto." Me recuesto, aflojando ligeramente mi corbata.

Me da una pequeña sonrisa. "¿Lo quieres con crema y azúcar?"

"Negro, con un azúcar."

"Bien, volveré con tu orden", dice suavemente antes de alejarse.

La cafetería está casi vacía – solo un par de camioneros al fondo y un anciano leyendo su periódico. Cuando Kimberly regresa con mi café, gentilmente tomo su muñeca. "Por favor. Siéntate conmigo un minuto."

Mira hacia la oficina de nuevo, luego se desliza en el asiento frente a mí. "Solo un minuto."

De cerca, puedo ver lo pálida que está bajo su natural tez olivácea.
Círculos oscuros sombrean sus ojos, haciendo que el color miel sea aún más impactante. Todo en mí quiere llevarla a casa, acostarla en mi cama y asegurarme de que realmente descanse.
"¿Cómo están Bianca y tu mamá?" pregunto en cambio, envolviendo mis manos alrededor de la taza de café para evitar alcanzarla.
Ella suspira, y el sonido contiene un mes entero de preocupación. "Mi mamá tiene un problema con la bebida que está empeorando. Bianca está mejorando. Los dolores de cabeza no son tan frecuentes. Pero emocionalmente..." Se detiene, esos increíbles ojos volviéndose distantes. "Todavía revisa su teléfono cada hora, esperando que Carlos llame."
Mi mandíbula se tensa. "¿Ninguna señal de él?"
"Nada." Sacude la cabeza. "Es como si se hubiera esfumado. La policía dice que sin pistas..." Su voz se quiebra. "Solo desearía que ella pudiera ver lo que él realmente es. Cuán peligroso—"
"¿Ha aparecido alguien más?" interrumpo, pensando en el hombre enmascarado con la pistola. "¿Algún otro problema?"
"No." Se abraza a sí misma. "Creo que tu dinero resolvió ese problema en particular."
"Bien." Tomo un sorbo de café, estudiándola por encima del borde. Hay algo más mal, algo más allá de la preocupación por su hermana. "¿Estás segura de que te sientes bien?"
"Estoy bien, de verdad. Solo cansada." Empieza a levantarse, pero se tambalea repentinamente, su mano disparándose para agarrar la mesa.
Estoy al otro lado de la mesa en un instante, mi brazo deslizándose alrededor de su cintura. Está ardiendo, su piel caliente incluso a través del uniforme. "No estás bien."
Se apoya en mí por un momento, y la confianza en ese simple gesto hace que mi pecho duela. "Solo me mareé por un segundo."
"¿Cuándo fue la última vez que comiste?" Mi otra mano sube para acunar su rostro, inclinándolo hacia la luz. Sus pupilas están dilatadas y su piel está húmeda.
"Yo..." Frunce el ceño. "¿Esta mañana? ¿Tal vez?"
"Suficiente." Ya estoy alcanzando mi billetera. "Te llevo a casa."
Sus ojos se ensanchan. "¿A mi casa?"
"A la mía." No hay lugar para argumentos en mi tono. "Necesitas que alguien te cuide, y por lo que me has dicho, tu mamá y tu hermana no están en condiciones de hacerlo ahora mismo."
"No puedo simplemente dejar mi turno", protesta débilmente. "Tengo mesas que—"
"Kimberly." Levanto su barbilla, haciéndola encontrar mis ojos. "Apenas puedes mantenerte en pie. No hay manera de que te deje terminar este turno."

"Pero—"
"Tu auto estará bien aquí durante la noche. Volveremos por él mañana."
Mira alrededor de la cafetería casi vacía, luego de vuelta a mi rostro. Lo que sea que ve allí debe convencerla, porque finalmente asiente. "Déjame decirle a mi jefe."
Mantengo mi brazo alrededor de ella mientras caminamos hacia la oficina, sin confiar en que sus piernas la sostengan. Cada instinto protector que tengo está gritando. Algo está mal, y debería haber estado aquí antes. Debería haberla revisado antes.
Cuando sale de la oficina, su uniforme reemplazado por jeans y una camiseta, se ve aún más pálida. La guío hacia la puerta, calculando mentalmente la ruta más rápida a mi propiedad.
"Probablemente solo necesito descansar", murmura mientras llegamos a mi auto.
La ayudo a subir al asiento del pasajero, apartando su cabello de su frente. Incluso ese ligero toque envía electricidad a través de mis dedos. "Entonces compláceme. Asegurémonos de que eso es todo lo que es."
El viaje a mi propiedad toma veinte minutos, durante los cuales ella entra y sale de la consciencia.
Cada vez que su cabeza se inclina contra el asiento de cuero, mis manos se aprietan en el volante. Debería haberla revisado antes. Debería haber sabido que se agotaría cuidando a todos los demás.
Sus ojos parpadean mientras pasamos por las puertas de hierro. "Este no es tu ático."
"No." Ingreso el código del garaje. "Este es mi hogar. El ático es solo para... entretener."
Está demasiado cansada para captar las implicaciones, y solo asiente mientras estaciono. Cuando abro su puerta, intenta ponerse de pie por sí misma, terca como siempre. Sus piernas inmediatamente se doblan.
"Es suficiente." La levanto en mis brazos, acunándola contra mi pecho. No pesa nada, y eso me preocupa casi tanto como su fiebre. "¿Cuánto tiempo has estado sintiéndote enferma?"
"No estoy segura..." protesta débilmente, pero su cabeza cae contra mi hombro. "Nada de lo que como se queda últimamente."
Mi mandíbula se tensa mientras la llevo a través de la puerta del garaje hacia la cocina. El personal de la casa se ha ido por la noche, dejando la mansión silenciosa excepto por nuestra respiración.
La habitación está decorada en tonos de océano y cielo, con una cama king-size que parece pequeña en el espacio masivo. La recuesto con cuidado, quitándole los zapatos antes de arroparla con las sábanas de algodón egipcio.

"Esto es demasiado", susurra, pero sus ojos ya se están cerrando de nuevo. "No tienes que—"

Presiono mis labios contra su frente, en parte como un gesto de consuelo, en parte para revisar su temperatura. Definitivamente tiene fiebre. "Descansa. Resolveremos todo lo demás mañana."

"¿Prometes que no te irás?" Las palabras son tan suaves que casi las pierdo, ya medio perdidas en el sueño.

Mi corazón se encoge. "No voy a ninguna parte."

La observo un momento más – la manera en que sus pestañas oscuras reposan contra sus mejillas, lo pequeña que se ve en la cama masiva. Luego me obligo a retroceder, a dirigirme hacia la puerta.

"¿Grayson?" Su voz me detiene en el umbral.

"¿Sí?"

"Gracias."

"De nada, Kimberly."

Cierro la puerta silenciosamente, apoyándome contra ella por un momento mientras saco mi teléfono. Primero, le envío un mensaje a Jonathan para despejar mi agenda para mañana por la mañana. Luego llamo a mi médico privado.

"¿Dr. Morrison? Lo necesito en la casa primera hora de la mañana. Es importante."

Termino la llamada, mirando hacia la puerta cerrada.

Dormir es probablemente lo mejor para ella ahora mismo, pero cada instinto que tengo se rebela contra dejarla sola. Sin embargo, necesita descansar más de lo que necesita que yo esté revoloteando.

Mañana, sin embargo. Mañana obtendré respuestas. Y luego me aseguraré de que nunca vuelva a agotarse así.

Le guste o no.

GRAYSON

El amanecer se arrastra por el techo de mi habitación mientras permanezco despierto, observando las sombras cambiar y moverse.

Apenas he dormido, demasiado consciente de su presencia al final del pasillo. Cada crujido de la casa, cada susurro del viento me hace esforzarme por escuchar si me necesita.

A las cinco, me rindo por completo con el sueño. La madera está fría bajo mis pies descalzos mientras bajo a la cocina, la casa silenciosa excepto por el zumbido distante del sistema de seguridad. La luz de la mañana se derrama a través de la pared de ventanas, pintando todo de un suave dorado.

Sigo los movimientos de preparar café, el ritual familiar usualmente tranquilizador. Hoy no. Hoy mis manos casi tiemblan mientras mido el café molido, seleccionando el tostado brasileño que guardo para ocasiones especiales.

El rico aroma llena la cocina mientras se prepara, y me encuentro esperando que pueda tentar su apetito.

La taza calienta mis palmas mientras subo la escalera curva, la luz temprana del sol entrando a raudales por los ventanales. Cada paso me acerca más a ella, y mi corazón se acelera como el de un adolescente enamorado. No me había sentido tan nervioso cerca de una mujer desde... nunca.

Fuera de su puerta, me detengo. La casa está en silencio – sin sonido de arcadas, lo cual debe ser bueno. Aun así, dudo antes de tocar suavemente. Cuando abro la puerta, se me corta la respiración.

Está sentada en la cama, su cabello oscuro cayendo en ondas sobre sus hombros, atrapando la luz de la mañana como seda. El azul de las sábanas hace que su piel olivácea brille, y esos ojos color miel... Dios, esos ojos. Encuentran los míos inmediatamente, todavía suaves por el sueño, y algo en mi pecho se contrae.

"Buenos días." Su sonrisa es pequeña pero genuina, y la vista de ella en mi cama de invitados, viéndose tan perfectamente en casa, me hace desearla ahora mismo. "¿Es café lo que huelo?"

"No estaba seguro de cómo te gusta." Cruzo a su lado, ofreciéndole la taza. Nuestros dedos se rozan durante el intercambio, y hasta ese ligero contacto envía electricidad por mi brazo. Todavía está demasiado pálida, círculos oscuros sombreando sus ojos, pero de alguna manera es la cosa más hermosa que he visto jamás. "¿Cómo te sientes?"

"Mucho mejor." Lleva el café a sus labios, y me encuentro observando su garganta moverse mientras toma un sorbo. Entonces sus ojos se agrandan, el color drenándose de su rostro.

Escupe el café de vuelta a la taza, horror inundando sus facciones. "Ay, Dios mío, lo siento tanto __"

Pero ya se está moviendo, empujando las mantas a un lado y corriendo hacia el baño de la suite. El sonido de arcadas me hace estremecer mientras la sigo, quedándome en la puerta mientras vacía lo poco que había en su estómago.

"¿Kimberly?" La observo enjuagarse la boca en el lavabo, sus manos temblando mientras lleva agua a sus labios.

"Estoy bien." Se salpica agua en la cara, pero puedo ver cómo se agarra del mostrador de mármol para sostenerse. "Solo... tal vez el café no fue la mejor idea."

Antes de que pueda responder, el timbre de la puerta resuena por la casa. "Esa debe ser la Dra. Morrison."

Se gira para mirarme, gotas de agua aferrándose a sus pestañas como diamantes. "¿Llamaste a un doctor?"

"Por supuesto que lo hice." Me acerco mientras se tambalea ligeramente, mi mano encontrando la parte baja de su espalda para estabilizarla. El calor de su piel quema a través de la delgada camiseta con la que durmió. "Estás enferma."

"Solo necesito descansar—"

"Necesitas dejar que alguien te cuide por una vez." La guío de vuelta a la cama, tratando de no concentrarme en lo naturalmente que se apoya en mí, lo perfectamente que encaja contra mi costado. "La Dra. Morrison es la mejor doctora de la ciudad."

Minutos después, un golpe en la puerta de la habitación anuncia la llegada de la doctora. La Dra. Morrison entra – una mujer alta en sus cincuenta con ojos agudos que no se pierden nada y un aire de autoridad tranquila.

"¿Señorita Reed?" Coloca su maletín médico de cuero en la mesa de noche, el suave clic sonando fuerte en la habitación silenciosa. "Soy la Dra. Morrison. El Sr. Holt me dice que ha estado

experimentando algunos síntomas preocupantes."

Empiezo a retroceder, dándoles espacio. "Les daré privacidad—"

"¿Te quedas?" La voz de Kimberly es pequeña, vulnerable de una manera que hace doler mi pecho. Su mano busca la mía, y ¿cómo puedo negarle algo cuando me mira así? "¿Por favor?"

Me acomodo en la silla junto a su cama, nuestros dedos entrelazándose naturalmente. Su mano es pequeña en la mía, pero el agarre es fuerte, como si se estuviera anclando.

"Bien", la Dra. Morrison saca su tabla de escribir, bolígrafo listo. "Cuénteme sobre estos síntomas."

Escucho mientras Kimberly describe las últimas semanas – las náuseas constantes, los mareos, cómo incluso el agua a veces no se queda dentro. Mi pulgar acaricia sus nudillos inconscientemente mientras habla, y noto cómo se inclina hacia mí ligeramente, buscando consuelo o apoyo o tal vez ambos.

"Necesitaré hacer algunas pruebas." La expresión de la Dra. Morrison no revela nada. "Sr. Holt, ¿le importaría salir un momento?"

Kimberly aprieta mi mano una vez antes de soltarla.

La pérdida de contacto se siente física mientras me dirijo a mi oficina, tratando de concentrarme en correos electrónicos, en contratos, en cualquier cosa menos en qué podría estar mal con ella. Pasa una hora, cada minuto extendiéndose interminablemente hasta que no puedo soportarlo más.

Cuando regreso a la habitación de invitados, la Dra. Morrison está haciendo anotaciones en su tabla mientras Kimberly yace contra las almohadas, luciendo exhausta. El sol de la mañana entra por las ventanas, atrapando los rastros de lágrimas en sus mejillas.

"¿Va a estar bien?" Las palabras salen más bruscas de lo que pretendía, cada instinto protector rugiendo a la vida ante la vista de sus lágrimas.

La Dra. Morrison levanta la mirada, su expresión ilegible. Entonces sus ojos se mueven entre nosotros, algo conocedor en su mirada mientras se posa en mí.

"Está embarazada."

GRAYSON

El mundo se detiene.

Mi corazón se congela a mitad de latido mientras las palabras hacen eco en mi cabeza. Embarazada. Está embarazada. Con mi...

La habitación gira ligeramente mientras hace un mes choca con el ahora, y todo – sus síntomas, su agotamiento, su incapacidad para retener la comida – de repente tiene un sentido perfecto y cristalino. Las imágenes destellan en mi mente: su cuerpo moviéndose bajo el mío en la oscuridad, sus jadeos sin aliento, la manera en que temblaba en mis brazos después. Una noche. Una noche perfecta, y ahora...

"¿Sr. Holt?" La voz de la Dra. Morrison parece venir de muy lejos, amortiguada por la sangre rugiendo en mis oídos. "Tal vez debería sentarse."

Pero no puedo moverme. No puedo respirar. Solo puedo mirar fijamente el rostro de Kimberly mientras el color se drena de él, sus ojos color miel abiertos por la conmoción mientras nuestros mundos se inclinan sobre su eje. El sol de la mañana entrando por las ventanas atrapa las lágrimas acumulándose en sus pestañas, haciéndolas brillar como diamantes.

Una noche. Una noche perfecta de ceder a lo que ambos queríamos, y ahora...

Embarazada.

El instinto protector que ha estado ardiendo en mi pecho desde que la vi por primera vez en el club se transforma en algo más profundo, más primitivo. Porque ya no es solo ella.

Hay un bebé involucrado. El pensamiento hace que mis manos físicamente duelan por tocarla.

"Gracias, Dra. Morrison." Mi voz suena extraña, áspera con emoción que no puedo contener del todo. La luz de la mañana atrapa motas de polvo bailando entre nosotros mientras me obligo a concentrarme en la doctora. "¿Puede dejar las recetas?"

La doctora asiente, sus movimientos eficientes mientras recoge sus cosas. El cuero de su bolso cruje suavemente mientras lo cierra. "He dejado medicamento contra las náuseas en la mesa de noche. Necesita descanso, muchos líquidos – sopas, tés, nada demasiado pesado por ahora." Sus ojos encuentran los míos, amables pero firmes. "¿Y Sr. Holt? Necesita el menor estrés posible ahora mismo."

Asiento, apenas registrando el suave clic de la puerta mientras ella se va. El sonido parece romper cualquier hechizo que haya caído sobre la habitación, dejándonos en un silencio espeso con palabras no dichas.

"Es tuyo." La voz de Kimberly es apenas un susurro, pero me golpea como un golpe físico. Sus delicados dedos se retuercen en las sábanas de algodón egipcio mientras encuentra mi mirada, su barbilla levantándose ligeramente – ese familiar rasgo terco mostrándose a través de su miedo. "Y voy a quedármelo."

Pasa manos temblorosas por su cabello oscuro, las sedosas hebras atrapando la luz. Esos ojos color miel se llenan de lágrimas, y verlas caer desgarra algo en mi pecho. "Grayson, no quiero que pienses que hice esto a propósito. Puedo entender si no quieres tener nada que ver con esta situación. Estaremos bien – puedo tener a mi mamá y hermana—"

"No." La palabra sale más brusca de lo que pretendía, pero el pensamiento de su madre y hermana, con todo su caos y drama, cerca de mi hijo envía hielo por mis venas. Tomo un respiro, modulando mi tono. "Tu madre y tu hermana no van a tener nada que ver con ayudarnos a criar a este bebé. Voy a estar ahí para ti y el bebé."

Ella intenta sentarse, haciendo una mueca ligeramente, y la vista me impulsa a moverme. "Todo esto está pasando muy rápido, Grayson. Necesito volver a casa—"

"Tranquila, cariño." Estoy a su lado en un instante, un brazo deslizándose detrás de su espalda para sostenerla mientras acomodo las almohadas.

El calor de su piel quema a través de la delgada camiseta con la que durmió, e incluso ahora, incluso con todo lo que está pasando, ese simple contacto envía electricidad corriendo por mi brazo.

Mi mano acuna su mejilla, mi pulgar rozando la suave piel allí. Su pulso aletea bajo mi toque como un pájaro atrapado. "Mira, Kimberly, no puedo dejarte vivir allí con tu mamá y hermana nunca más. No mientras lleves a mi hijo."

Ella parpadea, alejándose ligeramente de mi toque. Un mechón de cabello oscuro cae sobre su rostro. "No puedes tomar esa decisión por mí, Grayson. Puedo quedarme allí si quiero. Ese ha sido mi hogar desde que era una niña pequeña, desde..." Traga con dificultad, y veo el dolor

destellar a través de sus rasgos perfectos. "Desde que mi padre nos abandonó. No puedo hacerle eso a mi mamá o hermana."

Cada músculo en mi cuerpo se tensa ante la mención de su padre, ante el viejo dolor que escucho en su voz. Pero me obligo a asentir, ya formulando un nuevo plan. "Entonces me mudo yo."

Ella pone los ojos en blanco, pero capto la ligera curva de esos labios perfectos. "No seas ridículo. Puedes meter tres tamaños de mi casa en esta mansión. No durarías una noche allí." Su sonrisa se desvanece, algo vulnerable cruzando sus rasgos. "Somos de dos mundos diferentes."

"Entonces dime qué quieres hacer, Kimberly." Mantengo mi voz suave pero firme, el mismo tono que uso en las salas de juntas cuando necesito que la gente entienda que no me harán cambiar de opinión. "Porque o voy contigo, o te quedas aquí."

"No puedo dejarlos..." Las palabras son suaves, y puedo ver el peso de la responsabilidad aplastándola.

Sin pensar, alcanzo hacia abajo, tomando su pequeña mano en la mía. Sus dedos están fríos, y los caliento entre mis palmas antes de presionarlos contra su vientre plano, cubriéndolos con los míos. Su respiración se entrecorta ante el contacto, y veo el color inundar sus mejillas.

"Tienes que pensar en nuestro hijo ahora." Mi voz baja más, más áspera con emoción que no puedo ocultar. "Tienes que dejar de poner a todos los demás primero."

Ella muerde ese labio inferior perfecto, mirando hacia nuestras manos unidas sobre donde crece nuestro bebé. Una lágrima salpica nuestros dedos, y la vista casi me deshace.

Cuando vuelve a mirar hacia arriba, esos increíbles ojos están llenos de confianza.

"Está bien." Asiente lentamente, y siento que algo en mi pecho se desbloquea. "Me quedaré contigo."

El alivio que me inunda es abrumador.

Bajo mi mano pero no puedo alejarme – no cuando me está mirando así, no cuando todo lo que nunca supe que quería está aquí frente a mí, envuelto en sábanas de seda en mi habitación de invitados.

Me inclino, dándole tiempo para alejarse si quiere. No lo hace. Cuando mis labios tocan los suyos, es reverente – una promesa y una reclamación a la vez. Sabe a menta por enjuagarse la boca, a posibilidades y futuro y mía.

Mi mano se desliza en su cabello, hebras de seda envolviéndose alrededor de mis dedos mientras acuno su cabeza, profundizando el beso ligeramente. Lo suficiente para sentirla rendirse contra mí, para escuchar ese suave sonido en la parte posterior de su garganta que hace que mi sangre arda.

Cuando me aparto, sus ojos están cerrados, esas pestañas imposiblemente largas extendidas contra sus mejillas. Lentamente, se abren revoloteando, y la mirada que me da casi me pone de rodillas.

Hay confianza allí, y miedo, y algo más – algo que hace que mi corazón se acelere y mis manos quieran temblar.

No hay manera en el infierno de que la deje volver a ese caos, no mientras lleve a mi hijo. Nunca, si tengo algo que decir al respecto. Su madre y hermana pueden arreglar sus vidas en su propio tiempo, pero no arriesgaré a Kimberly o a nuestro bebé estando cerca de esa situación.

Pero mientras la miro – tan hermosa, tan fuerte a pesar de todo – sé que tengo que actuar con cuidado.

Es independiente, terca, acostumbrada a manejar todo por sí misma. Si presiono demasiado demasiado rápido, la perderé.

KIMBERLY

Me despierto naturalmente, sin náuseas que me obliguen a correr al baño.

La luz del sol se filtra a través de las cortinas vaporosas, calentando mi rostro mientras me estiro contra las sábanas que se sienten como nubes contra mi piel.

El agotamiento constante que me ha estado agobiando parece más ligero y manejable.

Mis ojos se posan en el vaso de agua de cristal sobre la mesa de noche de mármol, colocado cuidadosamente junto a la medicación que recetó la Dra. Morrison. Apoyada contra ellos hay una nota, el papel color crema grueso y caro. Mi corazón salta cuando reconozco la letra audaz de Grayson:

"Buenos días, hermosa. Tuve que ir a la oficina pero estaré en casa esta noche. La ropa te espera en la habitación principal - espero que te guste. Llama si necesitas algo. La casa es tuya para explorar. -Grayson."

La calidez se extiende por mi pecho ante su consideración. Alcanzo el agua, el cristal frío contra mi palma, y tomo las pastillas. El agua sabe dulce y pura, nada como el agua metálica del grifo en casa. Casa. La palabra se siente diferente ahora, cambiada de alguna manera.

Mis pies descalzos se hunden en la alfombra mullida mientras camino hacia la habitación principal, curiosa por la ropa que mencionó.

El pasillo por sí solo es una obra de arte – pinturas originales cubren las paredes, sus marcos probablemente valen más que todo lo que poseo.

Cuando empujo las puertas dobles de la suite principal, se me corta la respiración. La habitación es inmensa, con ventanas del suelo al techo que dan a jardines perfectamente cuidados.

Un área de estar con sillones de cuero crema y una chaise longue ocupa una esquina. Pero es el vestidor lo que me deja paralizada.

El espacio es más grande que toda mi habitación en casa. Filas de piezas de diseñador cubren las paredes, cada artículo todavía envuelto en papel de seda, las etiquetas colgando prístinas. Mis dedos recorren las telas – cuero suave como mantequilla que me hace querer ronronear, seda que se siente como agua corriendo entre mis dedos. La cachemira es lo más suave que he sentido jamás.

Con manos temblorosas, volteo la etiqueta de precio en un vestido de cóctel carmesí. Tres mil dólares. Mis rodillas realmente se doblan. El blazer azul marino a su lado: cuatro mil quinientos. Un conjunto de suéter de cachemira crema: dos mil. El total acumulándose en mi cabeza hace que la habitación gire ligeramente.

Él hizo todo esto por mí. El pensamiento trae lágrimas inesperadas a mis ojos. Nadie ha...

Necesitando aire, salgo a explorar el resto de mi nuevo hogar.

Solo el baño principal es más grande que todo mi apartamento. El mármol negro se extiende hasta donde puedo ver, con accesorios dorados brillando en la luz de la mañana.

La ducha podría albergar a media docena de personas, múltiples cabezales de ducha sobresaliendo de las paredes, y un banco tallado del mismo mármol. A su lado, una bañera de inmersión que parece lo suficientemente profunda para nadar se encuentra bajo una lámpara de cristal.

Cada habitación que paso tiene su propia personalidad – una hecha en azules zafiro profundo con acentos plateados, otra en verdes bosque ricos y oro bruñido. Cuento siete habitaciones, cada una con su propio baño más lujoso que cualquier hotel que haya visto.

Un cine en casa con sillones reclinables de cuero suave como mantequilla y una pantalla que ocupa una pared entera. Un gimnasio que hace que mi antiguo centro de fitness parezca un gimnasio de secundaria, completo con sala de vapor y sauna.

La piscina cubierta me roba el aliento – tamaño olímpico, el agua tan clara que parece cristal líquido.

Ventanas del suelo al techo en tres lados muestran los terrenos, donde veo canchas de tenis y lo que parece un pequeño invernadero. Un jacuzzi burbujea invitadoramente en una esquina, y tumbonas cómodas se alinean en una pared.

Pero es el garaje lo que casi me pone de rodillas.

Siete autos se alinean como soldados en exhibición, cada uno más espectacular que el anterior.

Un Aston Martin azul medianoche que brilla como un zafiro. Un Ferrari rojo como sangre fresca. Un Bentley negro elegante que prácticamente ronronea incluso en silencio. Un Porsche plateado atrapando la luz de la mañana. Un Lamborghini blanco que parece capaz de romper la barrera del

sonido. Un McLaren gris acero que parece vibrar con poder contenido. Y al final, un Rolls Royce verde bosque que probablemente cuesta más de lo que ganaré en tres vidas.

Con la cabeza dando vueltas, me retiro a la cocina por más agua. Esto es demasiado. Todo. Sabía que Grayson era exitoso, pero esto... esto está más allá de la riqueza. Esto es otro universo completamente. Y lo está compartiendo conmigo, con nuestro bebé.

Justo cuando estoy tomando mi primer sorbo, una mujer mayor con elegante cabello plateado entra en la cocina. Su vestido negro y delantal blanco están pulcros y profesionales, pero sus ojos son amables.

"¡Oh! Usted debe ser la Señorita Reed." Su sonrisa es cálida mientras deja su bolso en el mostrador de mármol. "Soy la Sra. Chen, el ama de llaves. El Sr. Holt me dijo que se quedaría con nosotros."

Antes de que pueda responder, mi teléfono vibra en mi bolsillo. El nombre de mamá parpadea en la pantalla, y mi estómago se hunde.

No estoy lista para esta conversación. No lista para explicar dónde estoy, por qué estoy aquí. Definitivamente no lista para contarle sobre el bebé.

"Ocupada ahora, te llamo después", escribo rápidamente, la culpa revolviendo mi estómago.

Su respuesta es inmediata: "¿Dónde estás, Kimberly?"

Silencio el teléfono, mi mano descansando brevemente sobre mi vientre. Necesito tiempo. Tiempo para procesar todo esto, tiempo para descubrir cómo contarles todo.

"Encantada de conocerla. Tengo que usar el baño", le digo a la Sra. Chen, retirándome al baño principal.

La ducha es el cielo puro – múltiples chorros golpeando cada músculo perfectamente, el vapor llenando el aire con el aroma de productos de baño caros que probablemente cuestan más que mi presupuesto semanal para comida.

Las toallas se sienten como nubes contra mi piel, y por un momento, me permito creer que esto es normal. Que pertenezco aquí.

De vuelta en el vestidor, selecciono un vestido de seda verde salvia que cae justo sobre mis rodillas. La tela susurra contra mi piel mientras me lo pongo, y cuando me miro en el espejo de cuerpo entero, apenas me reconozco.

El vestido abraza cada curva perfectamente, haciendo que mi piel olivácea brille.

Mi cabello oscuro cae en ondas más allá de mis hombros, y algo sobre el corte del vestido hace que mis ojos color miel se vean más grandes, más dramáticos. Me veo... cara. Como si pudiera pertenecer a este mundo.

Me giro ligeramente, admirando cómo se mueve la seda. Mi mano se desliza hacia mi vientre, donde nuestro bebé crece. Por un momento, todo se siente surreal. Hace veinticuatro horas, estaba sirviendo café en una cafetería. Ahora estoy de pie en la mansión de un multimillonario embarazada de su hijo.

La gratitud surge tan fuertemente que casi me ahoga.

Grayson no solo me ofreció un lugar para quedarme – me ha dado un mundo completamente nuevo. Seguridad. Protección. Un futuro para nuestro bebé que nunca podría haber proporcionado sola.

Mientras estudio mi reflejo, observando cómo el vestido me hace lucir tanto elegante como sexy, no puedo evitar sonreír.

Quiero verme perfecta cuando Grayson llegue a casa esta noche.

El pensamiento de verlo de nuevo hace que mi pulso se acelere, y me doy cuenta con sorprendente claridad que a pesar del lujo abrumador, a pesar de lo fuera de lugar que debería sentirme...

Quiero estar aquí. Con él.

GRAYSON

El atardecer pinta el cielo en tonos de ámbar y rosa mientras entro en mi camino de entrada, el motor ronroneando hasta detenerse.

Ricos aromas de carne braseada y ajo me golpean en el momento en que cruzo la puerta principal, pero es la vista en mi comedor lo que me deja paralizado.

Kimberly está de pie junto a la mesa, arreglando flores en un jarrón de cristal.

El vestido de seda verde salvia que lleva atrapa la luz menguante, aferrándose a sus curvas antes de fluir con gracia hasta sus rodillas.

Su cabello oscuro cae en ondas sueltas alrededor de sus hombros, y cuando levanta la mirada, esos hermosos ojos suyos hacen que mi corazón tropiece.

"Llegaste temprano", dice, un ligero rubor coloreando sus mejillas mientras la miro.

"Y tú estás deslumbrante." Las palabras salen ásperas con todo lo que estoy sintiendo. No puedo apartar mis ojos de ella. "Ese vestido..."

Ella alisa sus manos sobre la seda, bajando la cabeza ligeramente. "Gracias. Por esto, por todo. La ropa es..." Hace un gesto impotente. "Nunca había tenido nada tan hermoso."

"Palidecen en comparación." Me acerco a ella lentamente, absorbiendo cada detalle. La forma en que el escote baja lo justo para hacer volar mi imaginación. El sutil aroma de su perfume haciéndose más fuerte mientras me acerco.

Su rubor se profundiza. "Adulador." Pero sus manos suben para descansar sobre mi pecho cuando llego a ella, y el simple toque envía electricidad por mis venas.

Deslizo mi brazo alrededor de su cintura, atrayéndola cerca. La seda está fría bajo mi palma, pero puedo sentir su calidez debajo. Sus dedos juegan con mi corbata de una manera que hace difícil pensar con claridad.

"Preparé la cena", susurra, inclinando su rostro hacia el mío. "Para agradecerte por todo."

En lugar de responder, bajo mi boca a la suya. Sabe dulce, y cuando sus dedos se aprietan en mi cabello, profundizo el beso. Hace ese pequeño sonido en la parte posterior de su garganta que me vuelve loco, presionándose más cerca.

Cuando finalmente nos separamos, ambos respiramos con más dificultad. "Te extrañé", admito, apoyando mi frente contra la suya.

Ella sonríe. "Me viste esta mañana."

"Hace demasiado tiempo." Robo otro beso rápido antes de dejarla dar un paso atrás. "Ahora, ¿qué huele tan increíble?"

Sus ojos se iluminan mientras me guía a la mesa. "Espero que te gusten las costillas braseadas. Encontré tu cocina bastante bien surtida."

"Esto es..." Sacudo la cabeza, asombrado. "No tenías que hacer todo esto."

"Quería hacerlo." Aprieta mi mano. "Aunque tengo que preguntar – ¿esos autos en tu garaje? ¿Son todos tuyos?"

Retiro su silla, dejando que mi mano se deslice por sus hombros mientras se sienta. "Lo son. Cada uno tiene su propia historia."

Sus cejas se levantan mientras nos sirve a cada uno una copa de vino tinto. "¿Como qué tipo de historia?"

Tomo un sorbo de vino, observándola por encima del borde de mi copa. "¿Ese Aston Martin azul medianoche? Ese fue el primer auto que compré después de que mi empresa salió a bolsa. El Ferrari rojo fue un regalo para mí mismo cuando nos expandimos a Asia. Es uno de mis autos favoritos para correr."

"¿Carreras?" Toma un bocado de costilla, y la vista de sus labios cerrándose alrededor del tenedor hace cosas a mi concentración.

"Sí. Solía hacerlo más a menudo." Giro el vino en mi copa, recordando. "Tuve un momento difícil hace unos ocho meses, justo después de mi trigésimo cuarto cumpleaños. Era una carrera nocturna en una pista privada fuera de la ciudad. Tomando una curva cerrada. No vi la mancha de aceite hasta que fue demasiado tarde."

Su mano encuentra la mía a través de la mesa. "¿Qué pasó?"

"Perdí el control a 225 kilómetros por hora." Todavía puedo sentir el terror de ese momento, la certeza de que estaba a punto de morir. "El auto entró en un giro. De alguna manera logré evitar que volcara, pero..." Sacudo la cabeza. "Cambió mi perspectiva sobre muchas cosas."

"Debe haber sido aterrador." Su pulgar acaricia mis nudillos.

"Me hizo darme cuenta de que algunas emociones no valen el riesgo." Levanto su mano a mis labios, besando su palma. "Aunque últimamente, he encontrado otras cosas que hacen que mi corazón se acelere igual de rápido."

El rubor que se extiende por sus mejillas es hermoso. "Encantador." Toma otro sorbo de vino, pero capto su pequeña sonrisa.

"Esta comida es increíble, por cierto." Tomo otro bocado de la carne perfectamente tierna. "¿Dónde aprendiste a cocinar así?"

"Solía ayudar en el restaurante de mi tía cuando era más joven. Antes..." Su teléfono vibra sobre la mesa, la pantalla iluminándose. La sonrisa cae de su rostro mientras lo mira.

"¿Es tu mamá?" pregunto suavemente.

Ella asiente, mordiéndose el labio. "Debería... necesito decirle que me he mudado. Merece saber al menos eso."

Aprieto su mano. "¿Quieres que me quede mientras lo haces?"

Después de un momento de duda, asiente y toma el teléfono. "¿Mamá?"

"Kimberly Marie Reed, ¿dónde diablos has estado?" La voz de su madre se escucha claramente a través de la mesa. "¡He estado tratando de contactarte todo el día!"

"Lo sé, lo siento." Los dedos de Kimberly se aprietan alrededor de los míos. "Necesitaba decirte... me he mudado."

El silencio crepita en la línea. Luego: "¿Qué has hecho qué?"

"Me he mudado. Me estoy quedando en otro lugar ahora."

"¿Qué quieres decir con 'otro lugar'? ¿Dónde? ¿Con quién?"

Kimberly toma un respiro profundo. "Con Grayson."

"¿El tipo rico? Kimberly, ¿estás loca?" La voz de su madre se eleva bruscamente.

"Mamá, por favor—"

"¡Cómo te atreves a abandonar a tu familia así! ¿Qué hay de tu hermana? ¿Qué hay de mí? ¿Vas a escaparte con algún extraño rico y dejarnos atrás?"

Observo cómo el color se drena del rostro de Kimberly.

"Eres igual que tu padre", escupe su madre. "Solo pensando en ti misma. Bien, adelante. Ve a jugar a la princesa con tu novio rico. Pero no vengas arrastrándote cuando se canse de ti."

"Es suficiente." No puedo permanecer en silencio por más tiempo, no con Kimberly temblando a mi lado. "Señora Reed, con todo respeto—"

"Oh, ¿está ahí contigo? Qué lindo. Dime, ¿exactamente cuáles son tus intenciones con mi hija?"

"¿Mis intenciones?" Algo dentro de mí se rompe. "Mis intenciones son darle el amor y apoyo que merece. Asegurarme de que ella y nuestro hijo no les falte nada. Casarme con ella y—"

Las palabras se me escapan antes de poder atraparlas. La cabeza de Kimberly gira hacia mí, ojos abiertos.

"¿Tu qué?" grita su madre. "¿Kimberly, estás embarazada?"

Pero Kimberly ya no está mirando el teléfono. Me está mirando a mí, esos increíbles ojos llenos de lágrimas. "¿Lo dijiste en serio?"

Termino la llamada sin dudarlo, volteándome para mirarla completamente. "Cada palabra."

"La parte sobre..." Traga con dificultad. "¿Sobre casarte conmigo?"

"Sí." La palabra sale áspera con emoción. Me deslizo de mi silla para arrodillarme a su lado, tomando ambas manos entre las mías. "Sé que es rápido. Sé que estamos haciendo todo al revés. Pero nunca he estado más seguro de nada en mi vida."

Una lágrima se desliza por su mejilla. "Esto es una locura."

"Tal vez." Me estiro para limpiar la lágrima. "Pero cuando imaginas tu futuro, ¿qué ves?"

Ella no duda. "A ti. A nosotros. A este bebé."

"Entonces cásate conmigo." La atraigo más cerca, hasta que puedo sentir su aliento contra mis labios. "Sé loca conmigo."

Ella ríe suavemente, más lágrimas cayendo. "Ni siquiera tienes un anillo."

"Te compraré cualquier anillo que quieras mañana." Beso sus lágrimas, saboreando la sal en mis labios. "Pero necesito una respuesta esta noche."

Sus manos suben para enmarcar mi rostro, y el amor que veo en sus ojos casi detiene mi corazón. "Sí."

"¿Sí?"

Ella asiente, una sonrisa abriéndose paso a través de sus lágrimas. "Sí, me casaré contigo."

No puedo contenerme. La beso, vertiendo todo lo que no puedo poner en palabras en la conexión. Sus labios son suaves y ansiosos contra los míos, sus manos deslizándose en mi cabello mientras el beso se profundiza. Cuando finalmente me aparto, sus ojos brillan, y me doy cuenta de que estoy conteniendo la respiración.

Tomando su mano, presiono un beso en sus nudillos. "Ven conmigo", digo, mi voz áspera con emoción y deseo.

Ella me sigue sin dudar mientras la guío al baño.

La suave luz cálida llena la habitación, destacando las líneas elegantes de mármol y vidrio. La detengo justo dentro de la puerta, girándome para tomar su rostro entre mis manos. La beso de

nuevo, esta vez más lento, saboreando cada segundo.

Mis manos se deslizan por su cuerpo, encontrando el dobladillo de su vestido. Lo levanto por encima de su cabeza, revelando la delicada lencería debajo. Está frente a mí, su respiración agitada, sus ojos fijos en los míos mientras desabrocho su sostén. Cae al suelo, dejando al descubierto su piel suave y perfecta. Me tomo un momento para admirarla antes de arrodillarme y deslizar sus bragas por sus piernas.

"Eres hermosa," murmuro, mi voz llena de reverencia.

Sus manos buscan los botones de mi camisa, sus dedos temblando ligeramente mientras los desabrocha. Empuja la tela por mis hombros, dejándola caer al suelo antes de alcanzar mi cinturón.

Cuando lo desabrocha y baja mis pantalones, doy un paso fuera de ellos, dejando que ambos quedemos expuestos, vulnerables y completamente conectados.

Tomo su mano de nuevo, guiándola hacia la ducha. El agua cae sobre nosotros en una cálida y relajante cascada, el vapor llenando el espacio. La atraigo hacia mí, nuestros cuerpos mojados presionándose juntos mientras la beso profundamente. Sus manos recorren mi pecho, su tacto encendiendo cada terminación nerviosa.

Sin previo aviso, se arrodilla, el agua deslizándose por su cabello y sus hombros.

Sus manos encuentran mi polla, ya dura y palpitante por ella. Me mira, su mirada una mezcla de timidez y confianza, y la imagen casi me deshace.

"Kimberly," logro decir, mi voz áspera de necesidad, pero ella no se detiene. Sus labios se separan, y me toma en su boca, su lengua girando alrededor de la sensible punta. Mis manos buscan apoyo en la pared de azulejos mientras comienza a moverse, su boca caliente y húmeda, su mano acariciando la base.

"Joder," gimo, mi cabeza cayendo hacia atrás mientras me toma más profundo. La sensación es abrumadora, sus movimientos deliberados y hambrientos.

La miro, la imagen de ella arrodillada frente a mí, sus labios rodeando mi polla, envía una ola de deseo posesivo a través de mí.

"Eres increíble," gruño, mi mano deslizándose en su cabello mojado. Ella responde con un suave murmullo, la vibración casi llevándome al límite. Pero no quiero terminar así. La quiero. Toda ella.

"Levántate," ordeno, mi voz firme pero llena de adoración.

Obedece, sus mejillas sonrojadas y sus labios ligeramente hinchados.

La levanto sin esfuerzo, presionando su espalda contra los fríos azulejos mientras me alineo con ella. Sus piernas se enroscan alrededor de mi cintura, y jadea cuando me deslizo dentro de ella, llenándola por completo.

"Grayson," gime, su cabeza cayendo hacia atrás mientras empiezo a moverme.

El contraste entre el agua caliente y los azulejos fríos intensifica cada sensación. Su cuerpo se aferra al mío, sus uñas clavándose en mis hombros mientras la penetro, lento y profundo.

"Eres mía," murmuro contra su cuello, mis dientes rozando su piel. "Cada parte de ti."

"Sí," respira, su voz temblando de placer. "Siempre."

Aumento el ritmo, mis caderas chocando contra ella, llevándonos a ambos hacia el límite.

El sonido del agua y nuestra piel encontrándose llena la ducha, sus gemidos haciéndose más fuertes con cada embestida. La beso de nuevo, tragándome sus gritos mientras su cuerpo se tensa a mi alrededor.

"Grayson, estoy—" comienza, pero sus palabras se disuelven en un grito de placer mientras se corre, su cuerpo temblando contra el mío. La forma en que pulsa a mi alrededor me lleva al borde, y con una última embestida, me entierro profundamente, mi propio clímax estallando dentro de mí como una ola gigante.

Nos quedamos así por un momento, su cuerpo temblando en mis brazos mientras el agua cae sobre nosotros.

Lentamente, la bajo hasta que sus pies tocan el suelo, manteniendo mis manos en su cintura para estabilizarla. Me mira, sus ojos suaves y llenos de todo lo que no estamos diciendo.

"Deberíamos descansar. Tenemos un gran día mañana," digo antes de inclinarme y capturar sus labios perfectos en un profundo beso.

KIMBERLY

El estridente timbre de mi teléfono rompe el silencio pacífico de la mañana.

Estoy acurrucada contra el pecho de Grayson, su piel cálida contra mi mejilla, su corazón latiendo constante bajo mi oído.

Los recuerdos de anoche me inundan – la ducha, sus manos, sus labios... El calor sube por mi cuello mientras me desenredo con cuidado, tratando de no despertarlo.

Su bata negra de seda cuelga en la puerta del baño. Me la pongo, la tela fría y suave contra mi piel desnuda. La respiración de Grayson sigue siendo constante, así que camino silenciosamente sobre la mullida alfombra y salgo al pasillo.

"¿Amy?" susurro al teléfono mientras me dirijo a la cocina. "Hola, sí, sé que ha pasado tiempo..."

"¿Tiempo?" La voz de Amy gotea sarcasmo. "Di casi una semana, Kim. ¡He estado muy preocupada! ¿Qué pasó?"

Enciendo la cafetera, el familiar sonido de la molienda me da un momento para ordenar mis pensamientos. "Lo siento, debí haber llamado. Las cosas han estado... complicadas."

"¿Complicadas?" Resopla. "¿Eso es lo mejor que se te ocurre?"

"No, no, nada malo." No puedo evitar la sonrisa que se extiende por mi rostro. "Solo... han pasado muchas cosas."

"Cuéntame. Ahora."

Mido el café en la costosa máquina italiana, maravillándome de lo rápido que esta cocina se ha vuelto familiar. "Tal vez quieras sentarte para esto."

"Kimberly Reed, te juro por Dios—"

"Amy, respira." Me río de su tono dramático. "Estoy embarazada. Y comprometida."

Silencio. Luego: "¿QUE TÚ QUÉ?"

Alejo el teléfono de mi oído, haciendo una mueca. "Ya me oíste."

"¿Con quién? Espera – ¿ese tipo del club? ¿El rico? ¿El que salvó a tu hermana?"
"Sí, Grayson." La cafetera suena y empiezo a buscar tazas. "Sé que es rápido. Créeme, lo sé."
"¿Rápido? Kim, ¡apenas lo conoces!"
"Pero Amy..." Me detengo, tratando de encontrar las palabras correctas. "Es diferente. Él es..." Pienso en cómo me miró anoche, cuán gentiles fueron sus manos, cuán ferozmente protector es. "Es todo lo que nunca supe que necesitaba."
"Ay, Dios mío." Se queda callada por un momento. "Estás enamorada de él."
Las palabras me golpean como algo físico. ¿Lo estoy? El café casi se desborda mientras medito esto.
"Necesito conocerlo apropiadamente," declara Amy. "Pronto."
"Sí, lo conocerás pronto. Lo prometo." Equilibro dos tazas con cuidado. "Tenemos tanto de qué ponernos al día." Un movimiento desde la habitación hace que mi corazón se salte un latido. "Tengo que irme. ¿Te llamo más tarde?"
"Más te vale," advierte Amy antes de colgar.
Me dirijo de vuelta a la habitación, conteniendo el aliento mientras empujo la puerta.
Grayson está sentado en la cama. La luz de la mañana entra por las ventanas, resaltando los músculos definidos de su pecho y brazos. Su cabello está despeinado por el sueño – y mis dedos – y sus ojos verdes están oscuros mientras recorren mi figura en su bata.
Mi piel se calienta bajo su mirada. Incluso después de anoche, la intensidad de su mirada hace que mi pulso se acelere.
Una mano fuerte pasa por su cabello mientras me observa, y el simple gesto no debería ser tan atractivo, pero Dios me ayude, lo es.
"¿Lista para ser mi esposa?" Su voz es ronca por el sueño, enviando escalofríos por mi columna.
Mirándolo así – toda esa belleza masculina y fuerza tranquila, observándome como si fuera algo precioso – sé mi respuesta con absoluta certeza.
Nunca he estado más lista para nada en mi vida.



No puedo dejar de mirar mi mano, la manera en que las luces del juzgado se reflejan en el enorme diamante que Grayson deslizó en mi dedo hace apenas unos momentos. Todavía no se siente real - nada de esto.
La rápida ceremonia civil, firmar mi nombre como "Kimberly Holt" por primera vez, la forma en que las manos de Grayson temblaban ligeramente mientras decía sus votos.

Señora Holt. Realmente soy la señora Holt.

"¿En qué piensas, hermosa?" La voz de Grayson me saca de mis pensamientos mientras caminamos de la mano por el estacionamiento del juzgado. Se ve guapo en su traje gris carbón, su corbata del mismo tono exacto que mi vestido color crema.

"Solo que no puedo creer que esto sea real," admito, dejando que me acerque más a él. "Que realmente estemos casados."

Deja de caminar y se gira para mirarme. Sus ojos son suaves mientras toma mi rostro entre sus manos. "Créelo, señora Holt." La manera en que dice mi nuevo nombre hace que mi corazón aletee. Se inclina y me besa con una ternura que me trae lágrimas a los ojos. "Estoy tan feliz de que hayamos hecho esto."

"Yo también." Y lo estoy - deliradamente feliz. Pero hay un dolor persistente en mi pecho que no se va del todo.

En el auto, la mano de Grayson encuentra la mía sobre la consola central mientras nos conduce a casa. Casa. Nuestra casa ahora, oficialmente. Debería estar completamente eufórica, pero mis pensamientos siguen desviándose hacia mi madre y Bianca.

"¿Gray?" digo suavemente, jugando con sus dedos. "Creo... creo que debería ir a ver cómo están mi madre y mi hermana. Solo para ver cómo están."

Su mano aprieta la mía. "Mi amor, no deberías ir allá ahora mismo."

"Solo quiero ver si están bien-"

"Puedes llamarlas," me interrumpe, con la mandíbula tensa. "Pero realmente no quiero que vayas allá. El estrés no es bueno para ti ni para el bebé, y no confío en la situación."

La protección en su voz normalmente me haría sentir querida. Pero ahora solo resalta la creciente división entre mi vida anterior y la nueva. "Está bien," susurro, sacando mi teléfono. "Intentaré llamar a Bianca."

Mi hermana contesta al cuarto timbre. "¿Qué quieres?"

"Bianca." Mi garganta se aprieta ante su tono frío. "Yo... me casé hoy. Quería que lo supieras."

El silencio se extiende por varios latidos. "Simplemente nos abandonaste," dice finalmente. "¿Y ahora llamas para presumir tu vida perfecta?"

"No, no es- solo quería ver cómo estás. ¿Cómo te sientes?"

"No actúes como si te importara." Su voz se quiebra. "No actúes como si te importara alguno de nosotros. Conseguiste tu esposo rico y tu nueva vida elegante. Solo... solo ve a vivirla y déjanos en paz."

La línea se corta. Miro el teléfono, las lágrimas nublando mi visión.

"Lo siento, mi amor." El pulgar de Grayson acaricia mis nudillos. "Pero esto es exactamente por lo que no quiero que tengas nada que ver con ellos ahora mismo."

"Son mi familia, Gray. Las familias pelean-"

"Esto no es solo pelear, Kim. Es tóxico. Es destructivo. Y no voy a dejar que te lastimen a ti o a nuestro bebé."

Me volteo para mirar por la ventana, viendo la ciudad pasar borrosa.

Él tiene razón - sé que tiene razón. Pero no entiende. No sabe lo que es estar despierta en la noche preguntándote si tu hermana está siendo golpeada por su novio otra vez.

No sabe lo que es contar las botellas de vino vacías en el contenedor de reciclaje de tu madre, tratando de calcular qué tan mala ha sido la semana. No sabe lo que es ser la única manteniendo todo junto.

En casa, Grayson me atrae al sofá con él, envolviéndome en sus brazos mientras nos acomodamos para ver una película. Su pecho es cálido y sólido contra mi espalda, su corazón late constante bajo mi mano.

Esto es todo lo que siempre he querido - seguridad, estabilidad, amor. Pero la culpa me carcome.

"Estás pensando muy fuerte," murmura, presionando un beso en mi sien.

"Es que..." Me giro en sus brazos para mirarlo. "Siento que los estoy abandonando. Como si fuera tan mala como mi padre."

"Hey." Sus dedos se entrelazan en mi cabello. "No eres nada como él. Has hecho mucho por ellos. Pero tienes que pensar en ti misma ahora. En nuestro bebé."

Asiento, pero las palabras resuenan en mi cabeza - *una mierda, igual que tu padre.*

¿Qué clase de persona abandona a su familia cuando necesitan ayuda? ¿Cuando están enfermos? ¿Cuando están en peligro?

Los labios de Grayson encuentran los míos, lentos y dulces, tratando de besar mis dudas. Y por un momento, funciona. Me pierdo en él, en la seguridad de sus brazos, en el futuro que estamos construyendo juntos. Sus manos recorren mis costados mientras el beso se profundiza, y me acerco más, anhelando la conexión.

"Tú y este bebé son todo mi mundo ahora," susurra contra mi boca.

Todo mi mundo. Ese es el problema, ¿no?

En su mente, nada existe fuera de nuestra pequeña burbuja de felicidad. Pero mi mundo es más desordenado y más complicado. Incluye una hermana que podría volver con su ex abusivo porque no tiene a dónde más ir.

Una madre que bebe para olvidar sus propios fracasos. Cuentas bancarias que se agotarán sin mi ayuda.

Pero mientras Grayson me abraza más fuerte, mientras sus manos trazan patrones en mi piel, siento que me rindo al agotamiento del día. Mis ojos se vuelven pesados, y me acurruco en su calidez, dejando que el ritmo constante de su respiración me arrulle hacia el sueño.

El último pensamiento que tengo antes de dormirme es que tal vez esto es el amor - este constante tira y afloja entre lo que tu corazón quiere y lo que tu conciencia exige. Entre la familia con la que naces y la familia que eliges.

GRAYSON

El perfil de Manhattan brilla a través de las ventanas de mi oficina, pero apenas lo noto mientras reviso los informes de adquisición.

Cinco meses de pura felicidad han hecho que incluso estos imponentes edificios de cristal parezcan menos importantes.

Mi mente divaga hacia esta mañana – Kimberly en nuestra cocina, su pequeña pancita de embarazo visible bajo mi camisa, robando bocados de tostada mientras preparaba el desayuno. La simple domesticidad de todo esto todavía me quita el aliento.

La puerta de la oficina se abre sin que llamen.

Solo una persona se atrevía a hacer eso, y no la he visto en más de un año.

"Natasha." Mantengo mi voz neutral mientras ella entra con paso arrogante, toda piernas y labios rojos y gracia calculada. Sus tacones resuenan contra el piso de mármol con precisión deliberada.

"Así que los rumores son ciertos." Se sienta en el borde de mi escritorio, exactamente como solía hacerlo. Su perfume – demasiado fuerte, demasiado dulce – invade mi espacio. "Matrimonio. Bebé en camino. Vaya, cómo cambian las cosas."

Me reclino, poniendo distancia entre nosotros. "¿Qué quieres?"

"¿No puedo felicitar a un viejo amigo?" Su uña perfectamente manicurada recorre mi calendario de escritorio. "Aunque debo decir, todo parece bastante... apresurado. ¿El gran Grayson Holt, derrotado por una cara bonita y un embarazo inesperado?"

"Si estás aquí por negocios—"

"¿Recuerdas esa noche en Tokio?" Me interrumpe, sus ojos brillando con malicia. "Esa botella de sake, la forma en que me levantaste y—"

"Eso fue un error." Me pongo de pie, recogiendo mis papeles. El recuerdo de esa noche de borrachera se siente como hace una vida, perteneciente a un hombre completamente diferente.

"Uno que no voy a repetir. Ahora, si me disculpas, voy a reunirme con mi esposa en su cita con el médico."

Algo destella en sus ojos – ira, celos, no me importa lo suficiente para analizarlo. "¿El esposo perfecto ahora, eh? ¿Ella sabe sobre nosotros?"

"No hay ningún nosotros, Natasha. Nunca lo hubo. Fue una noche de borrachera que no significó nada."

"¿Nada?" Se acerca más, su voz bajando a un ronroneo. "Tus manos en mi—"

"¿Señor?" Jonathan aparece en la puerta, gracias a Dios. "Moví sus citas para el resto de la tarde."

"Gracias." Agarro mi chaqueta, aliviado por la interrupción. "Y Natasha? La próxima vez, pide una cita."

El viaje al hospital me da tiempo para sacudirme el encuentro, para enfocarme en lo que importa. Estos últimos meses han sido extraordinarios – ver cambiar el cuerpo de Kimberly, sentir las patadas de nuestro bebé por primera vez, ver su rostro iluminarse con cada nuevo logro. Incluso que sus náuseas matutinas hayan disminuido se ha sentido como una victoria personal.

Se ha transformado de hermosa a deslumbrante, el embarazo le ha dado un brillo que hace difícil apartar mis ojos de ella.

El estacionamiento del hospital está lleno, pero encuentro un lugar cerca de la entrada. Dentro, la veo inmediatamente en la sala de espera. Lleva un vestido veraniego azul claro que hace que su piel olivácea brille, su cabello oscuro cayendo más allá de sus hombros.

La pequeña curva de su vientre hace que mi corazón se acelere cada vez que la veo, pero no es solo la pancita lo que llama mi atención.

El embarazo ha hecho sus curvas más llenas, más suaves, más cautivadoras que nunca. Sus pechos se tensan ligeramente contra el vestido de una manera que me hace secar la boca.

"Hola, hermosa." Me inclino para besarla, una mano automáticamente encontrando su vientre. Huele a vainilla y a hogar.

"Lo lograste." Sus ojos color miel brillan mientras me mira. "Me preocupaba que el trabajo te retuviera."

"Nada podría mantenerme alejado de esto." Me siento a su lado, manteniendo su mano en la mía. "¿Lista para saberlo?"

Se muerde el labio, la emoción clara en su rostro. "No puedo creer que finalmente lo sabremos."

"¿Señora Holt?" Una enfermera llama, y el orgullo me invade al escuchar su nuevo nombre.

La sala de examinación ya nos es familiar – nuestra tercera vez aquí juntos. Kimberly se recuesta en la camilla, levantando su vestido para revelar su vientre. Incluso este simple movimiento atrae mi mirada.

La vista de ella llevando a nuestro hijo me provoca cosas que probablemente no son apropiadas para un consultorio médico.

"El gel puede estar frío," advierte la técnica, pero Kimberly solo sonríe. Ya está acostumbrada a esto.

Sostengo su mano mientras miramos la pantalla, y de repente ahí está nuestro bebé. Mucho más grande que la última vez, sus rasgos claramente definidos ahora.

"¡Ay, Dios mío!" sonríe la técnica, "¡miren ese perfil! ¡Definitivamente tiene la nariz de papá!"

Kimberly aprieta mi mano. "Justo estaba pensando eso. Mira esa pequeña barbilla también."

El orgullo se hincha en mi pecho mientras estudio la cara de nuestro bebé. La nariz recta, la mandíbula fuerte ya son visibles incluso en el útero.

"Midiendo perfectamente para 20 semanas," la técnica mueve la sonda, mostrándonos diferentes ángulos. "Aquí está la columna... las manos... ¡oh! ¡Miren eso, el bebé se está chupando el pulgar!"

Los ojos de Kimberly se llenan de lágrimas mientras vemos a nuestro hijo moverse.

El latido del corazón llena la habitación – fuerte y constante, justo como las patadas contra mi mano en la noche.

"¿Les gustaría saber el sexo?" pregunta la técnica, y ambos asentimos con entusiasmo.

Mueve la sonda, buscando el ángulo correcto. "Solo necesito que el bebé coopere... ¡ahí está! ¡Felicitaciones, van a tener un niño!"

"Carson," susurra Kimberly, mirándome con esos increíbles ojos color miel. "Carson James Holt. ¿Qué te parece?"

El nombre me golpea directo en el pecho. Perfecto. Fuerte. "Carson," repito, ya imaginando enseñarle a caminar, a hablar, a ser un hombre del que pueda estar orgulloso.

Después de recoger las fotos del ultrasonido, ayudo a Kimberly a ponerse de pie. Ahora usa sandalias planas en lugar de sus habituales tacones, y algo sobre ese pequeño detalle hace que mi corazón se apriete.

El vestido abraza sus nuevas curvas de una manera que me hace querer llevarla a casa inmediatamente.

En su auto, se vuelve hacia mí con esa expresión que he llegado a temer. "Estaba pensando... tal vez Mamá y Bianca podrían venir a la próxima cita del bebé."

"No." La palabra sale más dura de lo que pretendía, pero no voy a ceder en esto. No cuando se trata de su seguridad.

"Grayson, por favor. Siguen siendo mi familia. Y Mamá lleva dos semanas sobria—"

"¿Dos semanas?" La interrumpo, tratando de mantener mi voz nivelada. "¿Cómo lo sabes? ¿Hablas con ella?"

Kimberly niega con la cabeza. "No, vi que publicó en Facebook sobre eso. Dos semanas sin beber alcohol es mucho tiempo para ella."

"¿Y qué hay de las dos décadas anteriores? ¿Qué hay de Carlos? ¿Bianca ha sabido algo de él?"

"Eso no es justo." Su labio inferior tiembla. "Están intentando—"

"No lo suficiente." Tomo su rostro entre mis manos, obligándola a mirarme a los ojos. "Escúchame. Tienes que pensar en lo que es más importante ahora. Nuestro matrimonio. Este bebé. Todo lo demás puede esperar."

Odio el dolor en sus ojos, pero mejor dolida que en peligro. El recuerdo de esa pistola presionada contra la cabeza de su madre todavía me persigue.

"Sé lo que estás pensando," suavizo mi tono ligeramente. "Que las cosas serán diferentes cuando Carson esté aquí. Que cambiarán por él. Pero mi amor, la gente no cambia a menos que quiera hacerlo. No realmente."

Sus manos descansan protectoramente sobre su vientre. "Solo los extraño a veces."

"Lo sé." Beso su frente, ayudándola a subir al auto. "Pero ahora mismo, necesitas concentrarte en nuestra familia. En mantenerte saludable y libre de estrés por nuestro hijo."

Se muerde el labio inferior y luego asiente. "¿Hay algo específico que quieras que prepare para la cena con tus padres mañana?" Cambia de tema, aunque todavía puedo ver la tristeza en sus ojos. "Voy a pasar por la tienda."

"Sorpréndeme." Me inclino para un beso más, perdiéndome por un momento en su suavidad. "Llega a casa con cuidado."



De vuelta en la oficina, la vista en mi escritorio me deja helado. Una única rosa roja yace sobre mi teclado, con una nota en la letra de Natasha sobre nuestra noche juntos.

"¡Jonathan!"

Aparece al instante. "¿Señor?"

"¿La viste dejar esto?" Levanto la rosa, la furia creciendo en mi pecho. "¿Cuándo volvió?"

"Yo... no la vi regresar, señor."

"Ese es exactamente mi punto. ¿Cómo pasó por ti? ¿Por seguridad?"

"Lo siento, señor. No volverá—"

"Sin excusas." Lo interrumpo, con la mandíbula tensa. "Nadie entra a mi oficina sin mi conocimiento. Mi esposa estaría furiosa si encontrara esto." Tiro la rosa a la basura con suficiente fuerza para esparcir pétalos.

El entendimiento aparece en sus ojos. "Entendido, señor. No volverá a suceder."

La imagen de Carson en la pantalla del ultrasonido aleja los pensamientos de Natasha, del pasado. Pero mientras comienzo con el papeleo, dos amenazas se ciernen en mi mente – una del pasado que no quiere soltar y una de una familia determinada a arrastrar a mi esposa de vuelta a su caos.

Los protegeré a ambos. Sin importar lo que cueste.

KIMBERLY

El volante de cuero está frío bajo mi agarre mientras las palabras de Grayson resuenan en mi cabeza. *"Concéntrate en nuestra familia."* Como si pudiera simplemente borrar veintidós años de recuerdos y fingir que Mamá y Bianca no existen. Él piensa que todo es tan simple – blanco y negro, bueno y malo, seguro y peligroso.

Las fotos del ultrasonido descansan en el asiento del pasajero, el perfil perfecto de Carson haciendo que mi corazón duela con emociones contradictorias.

Un suave aleteo en mi vientre lleva mi mano hacia la pancita. Nuestro hijo, que acaba de mostrarnos su perfecta carita. Un rostro que Grayson jura se parece a él, con esa mandíbula fuerte y nariz recta.

Mamá debería estar aquí para esto. Debería saber que va a tener un nieto.

Antes de poder convencerme de lo contrario, agarro mi teléfono y marco su número.

Cada timbre parece durar una eternidad – uno, dos, tres veces antes de ir al buzón de voz. Su voz familiar, ligeramente arrastrada incluso en la grabación, hace que mi garganta se apriete. Una lágrima se desliza por mi mejilla antes de que pueda detenerla, y rápidamente la limpio.

Mi teléfono vibra contra la consola – la cara sonriente de Amy iluminando la pantalla, su cabello rubio captando la luz del sol en la foto.

"¿Y bien?" Ni siquiera dice hola. "¿Niño o niña? ¡Me estoy muriendo aquí!"

"Niño." A pesar de todo, la alegría burbujea en mi pecho, empujando más allá de la tristeza. "Lo llamaremos Carson. Carson James Holt."

"¡Lo sabía! Tienes ese brillo de mamá de niño. Esos pómulos, ese destello en tus ojos – definitivamente llevas un príncipe." Su emoción es contagiosa, incluso a través del teléfono.

Giro hacia el estacionamiento del supermercado, la costosa suspensión del auto de Grayson haciendo que incluso los topes se sientan suaves. Encontrando un lugar cerca de la entrada,

pongo el freno de mano. "Suenas casi tan emocionada como Grayson."
"¡Por supuesto que lo estoy! Pero..." Su tono cambia. "¿Qué pasa? Te oyes rara. Y no intentes culpar a las hormonas del embarazo."
Las lágrimas vienen más rápido ahora, nublando mi visión. "Es solo que... intenté llamar a Mamá. Para contarle sobre su nieto. No contestó. De nuevo."
"Ay, cariño." La voz de Amy se suaviza con comprensión.
"Y Grayson..." Agarro un pañuelo de mi bolso limpiando cuidadosamente mis ojos. "Ni siquiera quiere discutir dejar que vean al bebé. Él cree que nos está protegiendo, pero..."
"Pero son tu familia." Amy completa lo que no puedo decir. "¿No los has visto desde esa noche? ¿Desde antes del embarazo?"
"No." Bajo el espejo de la visera, evaluando el daño. Mi rímel está ligeramente corrido debajo de mis ojos color miel – ojos que Grayson dice que espera que Carson herede. "Grayson nunca lo permitiría."
"¿Permitirlo?" El tono de Amy se afila como una navaja. "La última vez que revisé, también es tu bebé. Tu cuerpo lo está gestando, tu familia es la que él está alejando."
Giro mi anillo de bodas, viendo cómo el enorme diamante capta la luz de la tarde. El peso todavía se siente extraño a veces, como jugar a disfrazarse en la vida de otra persona. "Esto es lo que acepté cuando me convertí en su esposa. Y debería estar agradecida. Después de todo lo que ha hecho por nosotros..."
"Sí, pero—"
"Me dio todo, Amy." Mi voz se quiebra ligeramente. "Un hogar, seguridad, amor. Carson tendrá todo lo que yo nunca tuve mientras crecía. Escuelas privadas, fondos fiduciarios, ambos padres presentes cada día..."
"Eso no significa que tengas que cortar completamente con tu familia." Hace una pausa. "Ve a ver a tu mamá. Grayson entenderá eventualmente."
Me vuelvo a aplicar el lápiz labial, limpiando cuidadosamente los últimos rastros de lágrimas. "Lo pensaré. Mira, necesito ir a comprar cosas para la cena. Sus padres vienen mañana."
"Espera, ¿qué? ¿Primera vez que los conoces? ¿A casi seis meses de embarazo?"
Froto mi vientre distraídamente, sintiendo a Carson moverse bajo mi palma. "Han estado viajando. Italia, Francia, Grecia... ahora finalmente están de vuelta en la ciudad."
"Dios, debe ser lindo. Mientras tanto, tengo suerte si puedo permitirme un fin de semana en Jersey."

Después de prometerle a Amy detalles sobre la cena de mañana, agarro mi bolso y me dirijo a la tienda.

Las puertas automáticas se abren, el aire acondicionado golpea mi cara. Pero algo se siente... extraño. El vello en mi nuca se eriza mientras selecciono verduras de las exhibiciones impecables, como si alguien estuviera observando cada uno de mis movimientos.

Miro alrededor – solo otros compradores ocupados en sus asuntos. Una madre con dos niños en su carrito. Un anciano comparando tomates. Una mujer en ropa deportiva revisando su teléfono. Pero la sensación persiste mientras me muevo por los pasillos, seleccionando ingredientes para la cena de mañana. Cada vez que miro sobre mi hombro, capto vislumbres de movimiento, alguien escondiéndose detrás de las exhibiciones.

En la caja, mis manos tiemblan ligeramente mientras coloco las compras en la banda. La sensación de ser observada se intensifica.

La cajera hace pequeña charla sobre mi embarazo, pero apenas la escucho, demasiado concentrada en examinar la tienda detrás de mí.

Cargando las bolsas en mi auto, capto movimiento en mi visión periférica – un sedán oscuro, motor encendido, dos espacios más allá.

Mi corazón late con fuerza mientras cierro el maletero de golpe y prácticamente salto al asiento del conductor, tropezando con mis llaves.

El sedán sale detrás de mí.

Mis manos tiemblan en el volante mientras doy un giro brusco a la derecha.

El sedán me sigue, manteniéndose exactamente a tres autos de distancia. Acelero ligeramente, y ellos igualan mi velocidad perfectamente.

Tres giros más al azar, mi pulso acelerado en mis oídos, y finalmente – finalmente – los pierdo en una serie de calles residenciales.

Para cuando paso por nuestras puertas de seguridad, todo mi cuerpo está temblando.

Debería decirle a Grayson. Necesita saber que alguien me siguió. Querría saberlo, probablemente tendría equipos de seguridad peinando la ciudad en minutos.

Pero su último proyecto lo tiene trabajando hasta tarde la mayoría de las noches.

Los últimos meses han sido como un sueño – besos matutinos sobre el café, desayunos de fin de semana en la cama, sus manos en mi vientre creciente mientras nos quedamos dormidos. Incluso hoy, viendo a Carson juntos... No puedo arruinar nuestra felicidad con más problemas, más drama.

Presiono mi frente contra el volante, respirando profundamente hasta que mi corazón deja de acelerarse. Probablemente no fue nada. Solo paranoia del embarazo haciéndome nerviosa. Grayson siempre dice que veo demasiados programas policiales.

Además, estoy segura ahora. Detrás de puertas y sistemas de seguridad y todas las protecciones cuidadosas de Grayson. Quienquiera que fuera no puede alcanzarme aquí, en esta fortaleza que él ha construido alrededor de nosotros. Me guardaré esto para mí misma, al menos por ahora.

Pero mientras recojo las bolsas del supermercado del maletero, no puedo sacudirme la sensación de que alguien todavía está ahí fuera. Observando. Esperando. Una sombra acechando en los bordes de nuestro mundo perfecto.

Carson patea como si sintiera mi angustia, y me obligo a sonreír. "Está bien, bebé," susurro, aunque no estoy segura a quién estoy tratando de convencer. "Todo está bien. Estamos seguros aquí."

Las palabras resuenan en mi cabeza mientras entro, sonando huecas incluso para mis propios oídos. Pero tienen que ser verdad. Porque si no lo son – si alguien realmente me está observando – entonces tal vez Grayson tiene razón sobre todo. Sobre mi familia, sobre los peligros acechando fuera de estas puertas.

Y no estoy lista para admitir eso todavía. No cuando todavía espero tener a todos los que amo en el nacimiento de mi hijo.

No cuando todavía sueño con un mundo donde no tengo que elegir entre mi pasado y mi futuro.

Las bolsas del supermercado crujen mientras las coloco en el mostrador de mármol, y me concentro en desempacarlas.

En planear la cena de mañana. En ser la esposa perfecta que Grayson merece. Pero incluso mientras me muevo por nuestra hermosa cocina, no puedo evitar mirar sobre mi hombro.

Solo por si acaso esas sombras deciden seguirme a casa.

KIMBERLY

Mis manos tiemblan ligeramente mientras acomodo el último tenedor, asegurándome de que todo esté perfecto.

El vestido de seda verde esmeralda que elegí abraza mis curvas, el corte imperio acentuando mi vientre creciente.

Carson parece saber que estoy nerviosa – ha estado haciendo volteretas toda la tarde, cada movimiento recordándome todo lo que está en juego esta noche.

Doy un paso atrás, observando el comedor.

La vajilla brilla bajo la luz tenue – los mejores cristales Waterford de Grayson, la plata que la Señora Chen pasó horas puliendo esta mañana, rosas blancas frescas en el centro de mesa antiguo.

El aroma de carne asada y hierbas llega desde la cocina donde la cena se mantiene caliente en el horno. Todo tiene que ser perfecto para conocer a sus padres.

Mi reflejo en el espejo de la pared llama mi atención. El vestido fue otro de los regalos de Grayson – tiene un gusto impecable.

La seda fluye sobre mi vientre como agua, haciéndome lucir más elegante de lo que me siento.

Mi cabello oscuro cae en ondas suaves más allá de mis hombros, y he pasado una hora en un maquillaje que parece natural pero perfecto. Aun así, los nervios revolotean en mi estómago. ¿Seré suficiente para la ilustre familia Holt?

Pasos detrás de mí hacen que mi corazón salte. Grayson emerge de nuestra habitación luciendo apuesto en un traje Tom Ford gris carbón que le queda como pecado, su cabello todavía húmedo por la ducha. Un toque de su colonia llega hasta mí – sutil, masculina, costosa. Incluso después de cinco meses de matrimonio, verlo todavía hace que mi pulso se acelere.

"¿Necesitas ayuda, amor?" Cruza hacia el carrito de bebidas, tomando una botella de vino. Los músculos de sus antebrazos se flexionan mientras libera el corcho, y los recuerdos de esos brazos alrededor mío esta mañana destellan en mi mente.

"Solo estoy terminando." Ajusto una servilleta que no necesita ajuste, principalmente para mantener mis manos ocupadas. "¿Estás seguro de que el vestido no es demasiado?"

Sus ojos me recorren lentamente. "Te ves perfecta." Sirve tres copas de vino, luego alcanza el agua con gas para mí. "Te van a amar."

Su teléfono vibra en el mostrador, la pantalla iluminándose. El nombre de una mujer llama mi atención – **Natasha.** Algo frío se asienta en mi estómago mientras miro la pantalla. La foto de contacto muestra una rubia impresionante con labios rojos curvados en una sonrisa conocedora.

Grayson se mueve rápidamente, demasiado rápido, agarrando el teléfono y deslizándolo en su bolsillo. El gesto parece practicado, automático.

"¿Quién es Natasha?" Mi voz sale más pequeña de lo que pretendía, aunque trato de mantenerla casual.

"Nadie de quien debas preocuparte." Se acerca, una mano posándose en mi vientre. Sus labios besan mi frente, pero el gesto se siente desdeñoso de alguna manera. "Solo negocios."

"Grayson—"

Un golpe en la puerta me interrumpe. Él ya se está alejando, dejándome allí con preguntas ardiendo en mi lengua y una sensación incómoda en mi pecho.

"Mamá, Papá." Su voz llega desde el vestíbulo, cálida con placer genuino. "Pasen."

Aliso mi vestido, tomo un respiro profundo, y me giro para conocer a mis suegros.

Elizabeth Holt es exactamente lo que esperaba – alta, elegante, cabello plateado perfectamente peinado. Su postura habla de dinero antiguo y expectativas más antiguas aún.

Richard Holt es su contraparte masculina – distinguidas canas en sus sienes, ojos azules agudos que no se pierden nada, y una presencia que llena la habitación sin intentarlo.

"Así que esta es la mujer que finalmente capturó a nuestro hijo." La sonrisa de Elizabeth parece genuina mientras se acerca. Su perfume es sutil pero costoso – Clive Christian, tal vez – mientras besa el aire cerca de mis mejillas. "Y nuestro nieto."

"Por favor, llámenme Kim." Logro no tartamudear mientras Richard estrecha mi mano, su agarre firme pero no abrumador.

"Las fotos no le hacen justicia, hijo." Richard da una palmada en el hombro de Grayson. "Aunque no mencionaste lo avanzado de su embarazo."

"Veinte semanas ayer." La mano de Grayson encuentra la parte baja de mi espalda, cálida y firme. El toque familiar me ancla. "Acabamos de enterarnos de que es niño."

"¡Un niño!" Los ojos de Elizabeth se iluminan. "Oh, eso es maravilloso. El primer heredero Holt."

Nos movemos al comedor, donde Grayson retira las sillas tanto para su madre como para mí.

La conversación fluye más fácilmente de lo que esperaba mientras sirvo el primer plato – la receta de mi abuela de sopa de calabaza.

Elizabeth y Richard nos deleitan con historias de sus viajes – navegando al atardecer en Santorini, catas de vino en la Toscana, comprando en París. Los ojos de Elizabeth brillan mientras describe la luz mediterránea, y la risa profunda de Richard llena la habitación cuando relata cómo se perdieron en las serpenteantes calles de Venecia.

"Deben venir con nosotros la próxima vez," dice Elizabeth mientras pasamos al plato principal. "Aunque tal vez después de que nazca el bebé."

"Eso sería maravilloso," logro decir, aunque la idea de dejar a Carson, incluso en el futuro, hace que mi pecho se apriete.

Parecen genuinamente interesados en mi embarazo, en nuestros planes para la habitación del bebé.

Elizabeth ofrece sugerencias sobre diseñadores y esquemas de color, mientras Richard habla sobre el fondo fiduciario que ya ha establecido para su nieto.

"Ustedes dos se ven perfectos juntos," comenta Elizabeth sobre el postre que pasé horas perfeccionando – soufflés individuales de chocolate con crema inglesa. "Como si se conocieran desde siempre."

Siento el pulgar de Grayson acariciar mis nudillos donde nuestras manos están unidas sobre la mesa.

Ella tiene razón – realmente encajamos perfectamente. Cuando me mira, sus ojos verdes suaves con amor, recuerdo por qué me enamoré de él tan fuerte y rápido. Lo amo tanto que a veces duele.

Pero mientras su teléfono vibra de nuevo en su bolsillo, aunque esta vez lo ignora, preguntas se forman en mi mente.

¿Quién es Natasha? ¿Por qué está llamando a mi esposo a las nueve de la noche? ¿Por qué descartó mi pregunta tan rápidamente?

"¿Más vino?" Grayson pregunta a sus padres, y alejo los pensamientos. Ahora no. No durante nuestra primera cena familiar.

La noche termina con coñac en la sala de estar – agua con gas para mí, por supuesto. Elizabeth me muestra fotos de sus viajes en su teléfono, señalando lugares a los que quieren llevar a Carson algún día.

Richard y Grayson discuten negocios en voces bajas junto a la chimenea, sus perfiles tan similares que hace que mi corazón duela.

Esta es mi familia ahora. Esta gente elegante y mundana que me acepta tan fácilmente, que ya ama a mi hijo por nacer. Debería estar nada más que agradecida.

Pero más tarde, cuando estemos solos...

Tengo preguntas que necesitan respuestas. Y esta vez, no dejaré que las aparte con un beso y una evasión. Ya he tenido suficientes de esas de mi propia familia para toda una vida.

Lo peor es que sé que está ocultando algo. Puedo sentirlo en la tensión de sus hombros cada vez que su teléfono vibra.

Verlo en la manera en que no termina de encontrar mis ojos cuando miro en su dirección. Sentirlo en lo rápido que cambió de tema antes.

Carson patea fuerte como si sintiera mi angustia. Pongo mi mano sobre mi vientre, tratando de calmarlo. Todo está bien, me digo a mí misma.

Pero mientras veo a mi esposo reír con su padre, luciendo tan perfecto y pulido y en control, otro pensamiento se cuela: ¿Qué tan bien lo conozco realmente? Cinco meses de matrimonio, cinco meses de felicidad, pero ¿qué vino antes? ¿Qué secretos guarda detrás de esos hermosos ojos verdes?

Y más importante aún – ¿quiero saber las respuestas?

KIMBERLY

El vapor se arremolina desde el baño mientras me seco el cabello con la toalla, mi piel todavía sonrojada y sensible por la ducha caliente.

A través de las volutas de vapor, capto el reflejo de Grayson en las ventanas del piso al techo – está recostado contra el cabecero, gloriosamente desnudo excepto por la sábana que cuelga baja sobre sus caderas.

La luz azul de su tableta proyecta sombras que definen cada músculo, cada plano de su pecho. Incluso después de todos estos meses, verlo así hace que mi pulso se acelere.

Sus ojos se alzan, atrapándome mientras lo observo. Ese calor familiar se enciende en su mirada, ese que hace que mi piel hormiguee. Dejo caer la toalla y me deslizo bajo las frescas sábanas junto a él, nuestros cuerpos automáticamente buscando el calor del otro.

Se ha convertido en nuestro ritual – dormir piel contra piel, nada entre nosotros. Incluso con mi vientre creciente, nunca me he sentido más hermosa que cuando me mira como si fuera algo precioso, algo que vale la pena proteger.

"La cena salió perfectamente." Deja su tableta a un lado, dirigiendo esos ojos verde bosque hacia mí. Esos que parecen ver directamente hasta mi alma. "Te dije que mis padres te amarían."

"Sí, salió genial." Las palabras salen planas, sin su calidez habitual. Mis dedos juguetean con el borde de la sábana.

Su expresión se agudiza, una pequeña arruga formándose entre sus cejas mientras me lee como siempre lo hace. "¿Qué pasa, hermosa?" El término cariñoso rueda de su lengua como miel, pero no logra enmascarar del todo su tensión.

Trazo patrones sin sentido en la sábana, reuniendo valor. "¿Quién es Natasha?"

El silencio se estira por un latido demasiado largo. Un músculo se contrae en su mandíbula. "Es alguien con quien he hecho negocios en el pasado. Eso es todo."

"¿Negocios que requieren llamar después de las nueve de la noche?" Odio lo pequeña que suena mi voz, lo insegura.

Su mandíbula se tensa ligeramente, ese perfil perfecto volviéndose rígido. "Son solo negocios mi amor, no te preocupes."

"No." Me apoyo sobre un codo, obligándome a encontrar su mirada. Un mechón de cabello húmedo cae sobre mi rostro, y sus dedos se contraen como si quisiera apartarlo. "Por favor no me mientas."

Me estudia por un largo momento, esos ojos oscureciéndose con algo que no puedo descifrar del todo. Luego suspira, pasando una mano por su cabello. "Tuvimos algo, una vez. Hace años. Una noche, eso es todo. Ahora está tratando de aprovecharlo para obtener ventajas comerciales."

"¿Algo?" Mi voz se quiebra mientras el miedo araña mi garganta. "¿Como lo que tuvimos nosotros? ¿Una noche que se convirtió en esto?"

"No." Su mano acuna mi rostro con sorprendente suavidad, su pulgar acariciando mi pómulo. Los callos en su palma rozan ligeramente mi piel. "Lo que tenemos es completamente diferente. Eres mi esposa. La madre de mi hijo. Natasha fue un error que cometí cuando estaba borracho y era estúpido."

"¿Entonces por qué está llamando?" Odio el temblor en mi voz, odio sentirme tan vulnerable.

"Porque no entiende que he cambiado. Que encontré algo real." Sus ojos bajan a mi vientre, donde Carson se mueve bajo la voz de su padre. Su mano sigue, abarcando la curva de nuestro hijo. "Alguien real."

Quiero creerle. Necesito creerle. "¿Lo prometes?"

"Mírame." Levanta mi barbilla, y el amor en sus ojos hace que mi respiración se detenga. En momentos como este, casi puedo olvidar que alguna vez hubo un tiempo antes de nosotros. "Solo tengo ojos para ti. Todo lo demás es solo una distracción."

Cuando sus labios encuentran los míos, saben a verdad. Como promesas que desesperadamente quiero creer.

Su mano se desliza en mi cabello húmedo, atrayéndome más cerca mientras el beso se profundiza.

Un pequeño sonido escapa de mi garganta mientras su otra mano recorre mi columna, dejando piel de gallina a su paso.

"Te amo," susurra contra mi boca, y por ahora, eso tiene que ser suficiente.

Sus manos descansan suavemente sobre mi vientre, sus dedos trazando la curva de mi forma embarazada. Puedo sentir el calor de su toque a través de mi piel, y envía un escalofrío de

anticipación a través de mí.
"Muéstramelo," murmuro, mi voz suave pero segura.
No duda. Sus manos se deslizan más abajo, separando mis muslos.
El aire entre nosotros se siente eléctrico mientras se acomoda entre ellos.
Sus labios dejan un rastro de besos en mi vientre, deteniéndose lo justo para hacerme suspirar de placer.
Cuando finalmente su boca alcanza el calor húmedo de mi coño, jadeo ante la sensación.
Su lengua se desliza, acariciando mi clítoris con movimientos deliberados y expertos.
Mi cuerpo responde al instante, arqueándose hacia él.
El calor de su aliento y la presión firme y húmeda de su lengua envían oleadas de placer por todo mi cuerpo.
"Oh, Grayson," gimo, agarrando las sábanas mientras su lengua se mueve con precisión y hambre. "Eso se siente tan bien."
Sus manos sujetan mis caderas, manteniéndome en su lugar mientras me devora. Lame y succiona, su lengua explorando cada rincón de mis pliegues sensibles.
El placer es abrumador, y no puedo evitar que mis caderas se muevan contra su rostro, buscando más de esa sensación.
"Sabes increíble," gruñe contra mí, su voz vibrando en mi interior.
El sonido hace que todo mi cuerpo tiemble.
Mis pechos duelen, pesados y llenos por el embarazo, y Grayson parece percatarse de mi necesidad. Sus manos suben, tomando mis pechos hinchados.
En el momento en que su boca deja mi coño para succionar uno de mis pezones, grito.
La combinación de sensaciones es casi demasiado para soportar.
Su lengua rodea mi pezón, sus dientes rozándolo ligeramente.
Cambia al otro, dándole la misma atención.
Mi cuerpo está en llamas, cada nervio encendido por el placer.
La reverencia con la que trata mi cuerpo, la forma en que adora cada curva, me hace sentir deseada de maneras que nunca creí posibles.
"Tus pechos están tan llenos," murmura, su voz cargada de deseo. "Podría saborearte para siempre."
Me estremezco con sus palabras, el calor acumulándose en mi centro intensificando. Me arqueo hacia él, necesitando más. "Grayson," susurro, mi voz temblando. "Te necesito dentro de mí."
Levanta la cabeza, sus ojos ardiendo con un deseo crudo.

"Tu deseo es mi mandato, nena."

Se posiciona en mi entrada, su grueso miembro presionando contra mi humedad. Contengo el aliento cuando empieza a entrar, el delicioso estiramiento haciéndome jadear.

Me llena por completo, su tamaño abrumador en la forma más increíble.

"Oh, Dios, Grayson," susurro, mis uñas clavándose en sus hombros mientras comienza a moverse.

Sus embestidas empiezan lentas, deliberadas, como si saboreara cada centímetro de mí. Cada vez que se retira y vuelve a entrar, alcanza lugares dentro de mí que no sabía que existían.

Mi cuerpo se aprieta a su alrededor, tirando de él más profundamente, necesitando sentirlo más cerca.

"Te sientes increíble," gime, su voz tensa. "Tan perfecta."

Me pierdo en el ritmo de sus movimientos, en la forma en que su cuerpo presiona contra el mío, su miembro deslizándose dentro y fuera con urgencia creciente.

Mi placer crece con cada embestida, con cada alabanza susurrada de sus labios.

"No puedo tener suficiente de ti," gruñe. Sus manos sujetan mis caderas, manteniéndome en mi lugar mientras me embiste con fuerza. La intensidad de sus movimientos envía oleadas de placer a través de mi cuerpo.

"Sí, Grayson, así, justo así," grito, mi voz temblando de necesidad. "No pares."

Sus embestidas se vuelven más intensas, y puedo sentir la tensión acumulándose en mi vientre, lista para estallar. Sus palabras, su toque, todo de él me empuja más cerca del límite.

"Eres mía," gruñe, su voz llena de posesión.

La forma en que me reclama, la forma en que adora mi cuerpo, me vuelve loca. Mi clímax crece rápidamente, la sensación estallando sobre mí como una ola gigante.

Mi coño se aprieta a su alrededor mientras grito su nombre, mi cuerpo temblando con la fuerza de mi orgasmo.

"Oh, joder, Kimberly," gime, sus movimientos erráticos mientras me sigue al borde. Lo siento palpitar dentro de mí mientras me llena con su liberación, su calor inundando mi interior.

Cuando las olas de placer se disipan, se desploma a mi lado, sus brazos rodeándome.

Su mano descansa sobre mi vientre, y presiona un beso en mi frente húmeda.

"Te amo," susurra, su voz suave y llena de sinceridad. "Amo cada parte de ti."

Sonrío, mi cuerpo aún vibrando de satisfacción. "Yo también te amo," respondo, mis dedos trazando patrones en su pecho. "Me haces sentir tan hermosa."

Me besa suavemente, y permanecemos enredados, nuestros corazones latiendo al unísono. En sus brazos, me siento querida, adorada y completamente en paz.

GRAYSON

Los números nadan frente a mis ojos mientras reviso los contratos de Moscú esparcidos sobre mi escritorio de caoba.

La luz de la mañana se filtra por las ventanas del piso al techo, convirtiendo el perfil de Manhattan en un telón de fondo brillante para otro día de catorce horas.

Tres meses. Tengo tres meses para tener todo en orden antes de que Carson llegue.

El pensamiento envía otra oleada de adrenalina por mi sistema – no he dormido más de cuatro horas por noche esta semana.

La foto en mi escritorio llama mi atención – Kim en su último ultrasonido, radiante con nuestro hijo creciendo bajo su corazón. Debería haberme quedado a desayunar esta mañana, verla untar mermelada en su tostada como siempre lo hace. Pero Moscú está esperando.

"Estas proyecciones parecen bajas." Empujo los papeles por mi escritorio hacia Jonathan. "Necesitamos ser más agresivos."

"A la junta no le va a gustar." Se inclina hacia adelante, la corbata ligeramente aflojada después de horas de negociaciones. "Ya estamos forzando límites con la expansión asiática."

"La junta no tiene que estar de acuerdo. Solo tiene que aprobarlo." Me froto las sienes. "Mi hijo no va a heredar nada menos que un imperio."

"Hablando de tu hijo..." Jonathan se acomoda más profundamente en el sillón de cuero frente a mí. "¿Está aprobada la renovación de la habitación del bebé?"

"Kim lo tiene todo planeado. Todo codificado por colores y etiquetado." El pensamiento de sus habilidades organizativas me hace sonreír a pesar de mi agotamiento. "Es perfecta para estas cosas."

"¿Señor?" Mi asistente aparece en la puerta. "Su padre está en la línea uno."

Agarro el teléfono, pellizcando el puente de mi nariz. "Papá."

"Suenas agotado." Su voz lleva esa mezcla familiar de autoridad y calidez. "¿Cuándo fue la última vez que dormiste en tu propia cama?"
"Duermo en casa." La mayoría de las noches. "Solo estoy ocupado tratando de tener todo resuelto antes de que llegue el bebé."
"Ah sí, mi nieto. ¿Cómo te está tratando?"
"Creciendo más cada día, según el doctor." Miro la foto del ultrasonido otra vez. "Pateando como loco."
"¿Y cómo está esa hermosa esposa tuya?"
"Perfecta." La palabra sale automáticamente. "Aunque el embarazo la está haciendo más emocional últimamente."
"Eso es normal." Papeles se mueven en el fondo. "Tu madre era igual. ¿Su familia ha estado cerca para ayudar?"
Mi mandíbula se tensa. "No están en el panorama. Y no lo estarán."
"Explica."
Paso una mano por mi cabello, el recuerdo de ese día con la pistola haciendo que mi presión arterial se dispare. "El novio de su hermana está metido con traficantes. Su madre bebe. La última vez que estuvieron cerca, las cosas se pusieron peligrosas. No voy a arriesgar a que mi esposa o mi hijo estén cerca de nada de eso."
"Ya veo... ¿y cómo se siente Kimberly sobre este arreglo?"
"Ella entiende."
"¿Lo entiende? ¿O has tomado esa decisión por ella?"
"Papá—"
"Escúchame, hijo." Su voz se agudiza. "Sé que quieres protegerlos. Pero forzar a una mujer a cortar lazos con su familia... eso genera resentimiento. Créeme en esto."
Sacudo la cabeza aunque no puede verme. "Ella no me resentirá. Está enamorada de mí."
"Sí, lo está. Ahora. Pero el amor puede volverse amargo cuando se siente como una jaula." Una larga pausa. "Ya no estás tomando decisiones solo para ti. Estás a punto de ser padre. Eso significa aprender cuándo controlar y cuándo soltar."
"Los estoy protegiendo."
"¿Lo estás? ¿O estás tan enfocado en construir un imperio que te estás perdiendo lo que está pasando justo frente a ti?"
"Recibimos otro paquete de Amazon por correo. Creo que mamá está adicta a comprar cosas para el bebé," cambio de tema, no queriendo oír más.

Suspira, dejándome evadir la pregunta. "Ya lo está malcriando."

Hablamos de temas más seguros – la próxima gala, el último proyecto benéfico de Mamá, la reunión de la junta la próxima semana. Pero sus palabras se quedan en el fondo de mi mente mientras cuelgo.

El día se arrastra en una nebulosa de reuniones y llamadas en conferencia. Para las siete, mis ojos arden de tanto mirar pantallas, números bailando detrás de mis párpados cada vez que parpadeo.

"¿Cerveza?" Jonathan se apoya contra el marco de mi puerta, chaqueta colgada sobre su hombro. "Parece que la necesitas."

"Debería ir a casa—"

"Tonterías. Nos hemos estado matando por este trato." Sonríe. "Una cerveza no hará daño. Puedes contarme todo sobre la paternidad inminente."

El bar es elegante, madera oscura y asientos de cuero. El tipo de lugar donde se cierran tratos sobre whisky de cien dólares. Una cerveza se convierte en dos mientras Jonathan me actualiza sobre los mercados asiáticos.

"¿Entonces, listo para las alimentaciones de medianoche?" Hace señas al cantinero. "Mi hermano dice que los primeros tres meses son un infierno."

Sonrío a pesar de mi agotamiento. "Kim ya lo tiene todo organizado. Todo etiquetado y planeado."

"Te hace bien, amigo. Nunca te había visto tan enfocado."

Reviso mi teléfono. No hay mensajes de Kim. Todavía es lo suficientemente temprano para que una cerveza más no haga daño.

"Baño," anuncia Jonathan, dando una palmada en mi hombro.

Termino el último trago de mi cerveza antes de volverme hacia el cantinero.

"¿Está ocupado este asiento?"

El hielo se desliza por mi columna al escuchar esa voz familiar. Natasha se desliza en la silla vacante de Jonathan, labios rojos curvados en una sonrisa depredadora.

"Te ves cansado, cariño." Alcanza mi mano. Me retiro. "¿Todavía trabajando demasiado?"

"No."

"¿Recuerdas cuando solías trabajar duro en otras cosas?" Su pie roza mi pierna bajo la mesa. "Esa noche en Tokio—"

"Fue un error." Me pongo de pie, tirando dinero sobre la mesa. "Uno que no repetiré. Ya te lo dije."

"Es muy bonita, tu esposa." La voz de Natasha me detiene en seco. "Tan joven. Tan confiada. Sería una lástima que alguien rompiera esas ilusiones."

Me giro lentamente. "Mantente alejada de ella."

"¿O qué?" Sorbe su martini, la imagen de la inocencia. "Ambos sabemos que no eres el santo que ella cree. Esas noches en bares de hoteles, los tratos cerrados en habitaciones privadas..." Se inclina hacia adelante. "Tal vez ella debería saber sobre todas tus... indiscreciones."

"No hay nada que saber." Pero mis manos se aprietan a mis costados. "Adiós, Natasha."

"Saluda a tu esposa de mi parte." Su risa me sigue hacia afuera.

El aire nocturno golpea mi cara como una bofetada mientras camino a grandes pasos hacia mi auto. Necesito llegar a casa. Necesito abrazar a mi esposa, sentir las patadas de nuestro hijo, recordarme lo que realmente importa.

Las palabras de papá resuenan en mi cabeza mientras conduzco. Sobre el amor volviéndose amargo. Sobre decisiones y resentimiento. Sobre estar presente.

Pero él no entiende. Ninguno de ellos entiende. Haré lo que sea necesario para mantenerlos a salvo.

Sin importar el costo.

KIMBERLY

El chisporroteo del tocino llena nuestra cocina mientras sirvo el desayuno de Grayson - huevos a término medio, justo como le gustan.

Me duele la espalda de estar de pie, el peso de Carson haciendo cada movimiento más desafiante a los siete meses. Estas mañanas tranquilas juntos son preciosas ahora, volviéndose más escasas mientras el trabajo de Grayson se intensifica.

Está sentado en la isla de la cocina, ya impecable en un traje gris carbón que se moldea a sus anchos hombros, escribiendo furiosamente en su tableta. Círculos oscuros sombrean sus ojos - volvió a llegar a la cama después de medianoche.

Apenas lo sentí deslizarse bajo las sábanas.

"Come mientras está caliente," digo, deslizando su plato frente a él. El movimiento hace que Carson patee, y pongo mi mano sobre mi vientre hinchado. Algunos días parece que nuestro hijo es el único que me nota.

"Gracias, amor." No levanta la vista, pero su mano libre encuentra mi vientre, su pulgar acariciando distraídamente. "El trato de Moscú es más complicado de lo que pensamos. Los inversores están resistiéndose a—"

"¿Podemos no hablar de negocios por cinco minutos?" Las palabras salen más cortantes de lo que pretendía. "Apenas has estado en casa esta semana."

Ahora levanta la vista, frunciendo el ceño. "Estoy tratando de tener todo resuelto antes de que Carson llegue. Sabes lo importante que es este trimestre."

"¿Y qué pasará cuando él esté aquí? ¿Seguirás trabajando jornadas de dieciocho horas solo porque tienes un trimestre importante?"

Sacude la cabeza. "Por supuesto que no." Pero ahora no encuentra mis ojos. "Esto es temporal."

"¿Como el proyecto temporal del mes pasado?" Me hundo en la silla junto a él, repentinamente agotada. "Apenas te veo. Tenemos más que suficiente dinero, Grayson. No necesitas—"

"No se trata de dinero." Su mandíbula se tensa. "Se trata de legado. De construir algo de lo que nuestro hijo pueda estar orgulloso. Quiero que tenga un imperio que dirigir algún día, no solo un fondo fiduciario para gastar."

"¿De qué sirve un imperio si su padre nunca está presente?" Parpadeo conteniendo las lágrimas. "¡Quiero a mi esposo! Quiero más que besos rápidos de despedida y cenas frías en soledad."

"No." Su voz se eleva con frustración. "No actúes como si te estuviera abandonando. Todo lo que hago es para asegurar nuestro futuro, para asegurarme de que Carson tenga todas las oportunidades—"

"¿Estarás siquiera presente cuando entre en trabajo de parto o el trabajo seguirá siendo lo primero?" Lo interrumpo.

"¡Basta!" La palabra estalla como un látigo, haciendo eco en las encimeras de mármol. Cuando me ve estremecerme, el arrepentimiento inunda sus facciones. Está fuera de su silla en un instante, atrayéndome a sus brazos.

"Lo siento, amor. No quise gritar." Besa mi frente, mis mejillas, la comisura de mi boca. Una mano acuna la parte posterior de mi cabeza mientras la otra se extiende protectoramente sobre mi vientre. "Solo estoy estresado. No entiendes lo que se necesita para construir algo duradero, algo digno de heredar."

Su colonia me envuelve mientras me sostiene cerca, su corazón latiendo firme contra mi mejilla. "Te lo compensaré. Lo prometo. Los primeros meses después de que Carson esté aquí, seré todo tuyo. Podemos ir donde quieras - Italia, Francia, donde sea. Me tendrás por completo, mi amor. Solo... ayúdame a superar esto, ¿sí?"

Me muerdo el labio, asintiendo contra su pecho. Sus brazos se aprietan a mi alrededor, y por un momento puedo pretender que todo es perfecto otra vez.

"La gala es este fin de semana." Su voz se suaviza mientras se aleja lo suficiente para mirarme. "La estilista estará aquí a las dos para tu prueba. Encuentra algo perfecto."

Su teléfono suena - siempre está sonando últimamente. Me besa una vez más, murmura otra disculpa, y se va. El eco de la puerta al cerrarse se siente más pesado de lo usual.

Hay un dolor hueco en mi pecho.

Extraño a mi mamá y a mi hermana. Extraño a Amy, que ha estado viajando por trabajo. Realmente espero que Grayson esté tan presente como dice que estará cuando nazca el bebé porque ahora mismo me siento sola.

Más tarde, conduzco a Petit Tresor para recoger el móvil personalizado que ordenamos para la habitación de Carson.

El familiar sedán negro aparece en mi espejo retrovisor tres cuadras después de salir de casa. Mis manos se aprietan en el volante mientras recuerdo el incidente del supermercado. Pero cuando entro al estacionamiento de la boutique, no está por ningún lado.

Dentro, me pierdo entre cosas suaves de bebé - calcetines diminutos, animales de peluche, mantas de recibimiento en tonos de azul y gris.

El móvil es incluso más hermoso que en las fotos - animales de madera pintados a mano que girarán sobre la cuna de Carson. El precio me habría hecho desmayar hace seis meses. Ahora apenas lo noto.

"Un niño, ¿eh?"

La voz detrás de mí envía un escalofrío por mi columna. Me giro lentamente, el móvil casi resbalando de mi agarre.

Natasha está demasiado cerca, labios rojos curvados en una sonrisa que no llega a sus ojos. Es aún más impresionante en persona que en su foto de contacto - alta, elegante, peligrosa en tacones Louboutin de diez centímetros. Todo en ella grita dinero y poder.

"Debe ser solitario," continúa, estirándose para tocar el móvil. Su dedo manicurado detiene uno de los animales a medio giro. "Hacer todo esto sola mientras Grayson trabaja tantas horas."

Mi garganta se aprieta. "No estoy—"

"El proyecto de Moscú es brutal, ¿no? Todas esas noches largas en la oficina." Su sonrisa se ensancha ligeramente. "Aunque a veces los mejores tratos suceden después de horas. Tomando copas. En bares de hoteles."

"Con permiso." Trato de rodearla, pero se mueve conmigo, grácil como un gato acechando a su presa.

"Eres exactamente su tipo, ¿sabes?" Sus ojos me recorren, demorándose en mi vientre. "Joven. Ingenua. Fácil de controlar. Pero deberías saber algo sobre Grayson..."

Se inclina más cerca, su perfume - costoso, familiar de alguna manera - haciendo que mi cabeza dé vueltas. Entonces me golpea. Ese aroma. Lo he olido antes, captado rastros de él en el supermercado cuando sentía que alguien me observaba.

"Se aburre fácilmente. Y cuando lo hace..." Deja las palabras flotando entre nosotras. "Bueno, digamos que he estado ahí para él antes. Y lo estaré de nuevo."

El móvil se desliza de mis dedos entumecidos. Ella lo atrapa con sorprendente gracia.

"Cuidado, cariño." Lo presiona de vuelta en mis manos, su agarre demasiado fuerte para ser amistoso. "No querríamos que algo le pasara a la perfecta habitación del bebé."

Se aleja con paso elegante, sus tacones resonando contra los pisos de madera, dejándome aferrada al móvil como un escudo. Las piezas encajan como un rompecabezas que nunca quise resolver. El perfume. El auto negro. La forma en que sabe sobre Moscú, sobre el horario de Grayson.

Nos ha estado vigilando. Siguiéndome.

KIMBERLY

Las cuentas de cristal de mi vestido azul medianoche captan los destellos de las cámaras, enviando brillos danzantes a través de la alfombra roja.

A los siete meses de embarazo, debería sentirme incómoda, pero el vestido hecho a medida fluye perfectamente sobre mi vientre, la seda gasa moviéndose como agua con cada paso. La estilista se superó a sí misma – el escote baja lo justo para ser elegante sin revelar demasiado, y el corte imperio me hace sentir casi etérea. Casi digna de estar junto al hombre cuyo brazo sostengo.

"¿Lista?" El aliento de Grayson cálido contra mi oído mientras nuestro auto se detiene frente al Plaza.

Aprieto su mano. "Todo lo lista que puedo estar."

La puerta se abre ante una pared de flashes de cámaras.

Grayson atrae la atención sin intentarlo. Su esmoquin negro probablemente cuesta más que mi antiguo apartamento, pero es más que la ropa – es la manera en que se porta, el poder silencioso que irradia.

Directores ejecutivos y políticos asienten con deferencia mientras pasamos. Este es su mundo, donde tratos de miles de millones se cierran con apretones de manos y decisiones que cambian imperios suceden sobre copas de champán.

Mis ojos escanean la multitud instintivamente, buscando un destello de labios rojos, una sonrisa depredadora.

No le he contado sobre Natasha siguiéndome, sobre nuestro encuentro en la tienda de bebés. El recuerdo de sus palabras hace que mi estómago se contraiga. Ha estado tan estresado con el trato de Moscú, trabajando hasta tarde para tener todo resuelto antes de que llegue el bebé. Quiero pasar tres meses de licencia por maternidad juntos – solo nosotros y Carson. Solo necesito mantenerme firme hasta entonces...

"¡Señor Holt!" Un reportero se adelanta. "¿Cómo se siente ser nominado para Innovador del Año?"

El brazo de Grayson se aprieta alrededor de mi cintura. "Honrado, por supuesto. Pero la verdadera innovación viene de mi equipo."

"¡Y Señora Holt! Se ve deslumbrante. ¿Cuándo nace el bebé?"

"En dos meses," logro decir, dejando que Grayson me guíe hacia adelante. Carson patea, como si supiera que estamos hablando de él.

Más preguntas vuelan hacia nosotros – sobre los contratos tecnológicos, la división de computación cuántica, los precios de las acciones que parecen romper récords semanalmente. Grayson responde cada una con perfecta compostura, de alguna manera haciéndome sentir incluida sin ponerme en el centro de atención.

Pero sus palabras resuenan en mi cabeza: "Se aburre fácilmente." Recuerdo lo atento que era esos primeros meses de matrimonio, cuán a menudo llegaba a casa para cenar. Ahora la casa se siente vacía la mayoría de las noches.

Entiendo por qué – está construyendo algo para nuestro hijo, asegurando nuestro futuro. Pero a veces en los momentos tranquilos, la duda se arrastra dentro.

"Basta." Besa mi sien y su voz es lo suficientemente baja para que solo yo pueda oír. "Lo que sea que estés pensando se está mostrando en tu rostro y ahora no es el momento. Sonríe para las cámaras, mi amor."

Compongo mis facciones en la sonrisa perfecta de esposa de sociedad, inclinando mi rostro hacia el suyo. "Por supuesto."

Los fotógrafos gritan su nombre – "¡Señor Holt! ¡Aquí! ¡Felicitaciones por el embarazo!" Me gira ligeramente, una mano protectora sobre donde crece Carson, y escucho los clics rápidos aumentar. Los titulares de mañana probablemente dirán algo sobre el CEO más poderoso de Nueva York y su esposa embarazada. Las cámaras lo aman, este hombre que convirtió una pequeña empresa tecnológica en un imperio global.

Se vuelve hacia mí de repente, ojos verdes intensos de una manera que hace que mi corazón salte. "Te amo." El beso que sigue definitivamente aparecerá en las páginas de sociedad de mañana, pero no me importa. Por un momento, me olvido de todo lo demás.

Entonces la veo.

Natasha está parada al borde de la alfombra, vistiendo un vestido rojo que parece pintado sobre ella. La abertura sube peligrosamente alto en su muslo, y diamantes gotean de sus orejas. Atrapa mi mirada y guiña un ojo antes de girarse para posar para las cámaras. Mi estómago se revuelve.

Adentro no es mucho mejor. El gran salón de baile del Plaza gotea riqueza – candelabros de cristal proyectando luz de arcoíris a través de pisos de mármol, fuentes de champán burbujeando con oro líquido, la élite de Nueva York en sus mejores galas. El cuarteto de cuerdas toca algo clásico mientras los meseros se entrelazan por la multitud con bandejas plateadas.

"Su asiento está marcado con un listón azul," me dice la anfitriona. "Por el bebé."

Sonrío ante su consideración. "Gracias."

Grayson trabaja el salón como si hubiera nacido para ello, una mano siempre en mi espalda o sosteniendo la mía mientras me presenta a personas cuyo valor neto podría financiar países pequeños.

"¡El joven genio en persona!" Un hombre de cabello plateado abraza a Grayson. El Senador Mitchell, lo reconozco de las noticias. "Y la encantadora Señora Holt. Está radiante, mi querida."

"Gracias, Senador." He aprendido a mantener mis respuestas simples, dejar que Grayson guíe estas conversaciones.

"Ese nuevo proyecto tuyo – material revolucionario." El Senador sorbe su whisky. "El comité está muy impresionado."

"Gracias, señor." La voz de Grayson lleva esa mezcla perfecta de confianza y humildad que usa en estas situaciones. "Aunque el verdadero avance vino del equipo del Dr. Morris..."

Escucho mientras discuten sobre redes neuronales y algoritmos de aprendizaje automático que apenas entiendo.

Más personas se unen a nuestro círculo – magnates tecnológicos, capitalistas de riesgo, dinero viejo mezclándose con nuevo. Todos quieren un pedazo de la atención de mi esposo, su visión, su éxito.

"¿Y cómo encuentra la vida de casada?" Una mujer con diamantes me pregunta mientras los hombres hablan de negocios. "Debe ser todo un ajuste."

"Maravilloso," digo automáticamente. Pero sobre su hombro, capto un destello rojo moviéndose entre la multitud.

Antes de poder reflexionar sobre ello, están anunciando los premios.

La sala entera se levanta en ovación cuando llaman el nombre de Grayson. Su discurso de aceptación es perfecto – humilde pero confiado, dando crédito a su equipo mientras aún comanda respeto. Lo observo en el escenario, la luz dorada haciéndolo parecer casi sobrenatural, y mi pecho se hincha con orgullo a pesar de todo.

"Nada de esto sería posible," dice cerca del final, sus ojos encontrando los míos, "sin el apoyo de mi esposa y nuestra familia en crecimiento. Ellos son mi razón para todo."

Las lágrimas pican en mis ojos mientras el aplauso truena a través del salón de baile. Se abre camino de vuelta entre la multitud, aceptando apretones de manos y felicitaciones, pero su mirada nunca deja la mía.

El cuarteto comienza a tocar de nuevo mientras llega a nuestra mesa, extendiendo su mano. "¿Me concede este baile, Señora Holt?"

Su toque envía electricidad a través de mí mientras me guía al centro de la pista. Otras parejas retroceden, dándonos espacio, y capto fragmentos de sus conversaciones susurradas. La última adquisición y el precio de las acciones duplicándose. Mi esposo, el visionario.

Su mano abarca mi espalda baja mientras nos mecemos. "Te ves hermosa esta noche."

"Gracias." Apoyo mi cabeza contra su pecho, respirando su colonia. "Felicitaciones por el premio."

"No podría haberlo hecho sin ti. Tú y nuestro hijo son mi inspiración para todo."

Por un momento, todo se siente perfecto. Entonces la veo. Natasha se entrelaza entre las parejas bailando, ese vestido rojo imposible de perder. Se mueve con propósito deliberado, acercándose con cada vuelta.

Trato de guiar nuestro baile en la dirección opuesta, pero de repente está ahí, justo a nuestro lado. Siento algo – su tacón, me doy cuenta después – engancharse alrededor de mi tobillo. El mundo se inclina hacia un lado mientras mis pies se desprenden del suelo.

El tiempo se ralentiza. Veo los labios rojos de Natasha curvarse en una sonrisa triunfante. Escucho las exclamaciones de los bailarines cercanos.

Entonces los brazos de Grayson están ahí, atrapándome antes de que golpee el piso de mármol.

GRAYSON

Todo se mueve en cámara lenta mientras Kim empieza a caer. La música del cuarteto de cuerdas se desvanece en ruido blanco.

La luz del candelabro atrapa su vestido azul medianoche, haciendo que los cristales bailen mientras se inclina hacia el piso de mármol. Mi cuerpo se mueve por puro instinto, lanzándome hacia adelante para atraparla antes de que golpee el suelo.

No pesa nada en mis brazos, su cuerpo temblando ligeramente contra mi pecho.

Una de mis manos acuna su cabeza mientras la otra se extiende protectoramente sobre nuestro hijo.

El aroma de su perfume se mezcla con miedo mientras la atraigo cerca, mi corazón retumbando contra mis costillas.

"¿Estás bien?" Mi voz sale áspera. Su rostro está demasiado pálido, esos ojos color miel abiertos por el shock. Un mechón de cabello oscuro se ha soltado de su elegante peinado.

Asiente, sus dedos agarrando mis solapas con tanta fuerza que sus nudillos se vuelven blancos. "Estoy bien."

"¿El bebé?" Cada instinto protector que poseo ruge a la vida mientras ayudo a estabilizar sus piernas. Siete meses de embarazo. Podría haber caído sobre su estómago. Podría haber—

Su mano se mueve a su vientre, y observo cómo el alivio inunda sus facciones cuando Carson patea. "Estamos bien." Pero entonces sus ojos se ensanchan, enfocándose en algo sobre mi hombro. El color se drena más de su rostro, dejándola casi fantasmal bajo las luces de cristal.

Me giro, siguiendo su mirada, y el hielo inunda mis venas. Natasha está ahí en ese vestido rojo, una sonrisa triunfante jugando en sus labios color sangre.

"Grayson, espera." La mano de Kim atrapa mi brazo cuando empiezo a dirigirme hacia Natasha. Su toque me ancla, aunque la rabia todavía arde en mi sangre. "Hay algo que necesitas saber."

El temblor en su voz me detiene en seco. Nunca la había escuchado sonar tan vulnerable. "¿Qué es?"

"Ella me ha estado siguiendo." Las palabras salen en tropel, como si las hubiera estado conteniendo demasiado tiempo. "En el supermercado primero, luego en la boutique de bebés. Dijo... dijo que te aburres fácilmente. Que volverías con ella. Por eso he estado tan callada últimamente, por qué no te he contado sobre—"

El rojo nubla mi visión mientras las piezas encajan. La tensión en los hombros de Kim estas últimas semanas. La manera en que revisa su espejo retrovisor más a menudo. Las sombras bajo sus ojos que atribuí a la fatiga del embarazo. Todo por Natasha.

"Quédate aquí." Aprieto su mano una vez antes de girarme hacia la mujer que se atrevió a amenazar lo que es mío.

La multitud se aparta mientras me acerco, las conversaciones muriendo a mitad de frase.

Los susurros comienzan inmediatamente – la élite de Nueva York no ama nada más que el drama inminente. Probablemente pueden sentir la rabia irradiando de mí en olas.

"Grayson." La sonrisa de Natasha no vacila, aunque algo parpadea en sus ojos. Miedo, tal vez. Bien. "Tanto drama por un pequeño tropiezo—"

"Has estado acosando a mi esposa." Mi voz resuena a través del salón de baile repentinamente silencioso. Incluso el cuarteto deja de tocar. "Siguiéndola, tratando de hacerle daño a ella y a nuestro hijo por nacer."

Ahora su sonrisa vacila. Una gota de sudor aparece en su línea del cabello, arruinando su maquillaje perfecto. "Yo nunca—"

"Ahórratelo." El hielo gotea de cada palabra. "Estás acabada en esta ciudad. No más contratos, no más tratos, no más eventos sociales. Me aseguraré de ello."

"No puedes—"

"Puedo. Y lo haré." Me acerco más, dejándole ver exactamente lo que ha despertado. El depredador bajo el exterior pulido. "Mantente alejada de mi familia. O la próxima vez que intentes lastimar a mi esposa, te enterraré tan profundo en litigios que nunca volverás a ver la luz del día."

"Grayson, por favor." Su voz se quiebra. "No quise—"

"Tus disculpas no significan nada." La interrumpo, mi tono lo suficientemente afilado para hacer vibrar las copas cercanas. "Amenazaste a mi esposa embarazada. A mi hijo. No hay vuelta atrás de eso."

Los susurros ya han comenzado. Puedo ver teléfonos siendo sacados, divas de la sociedad documentando cada momento de la caída de Natasha. Bien. Que vean. Que todos sepan lo que sucede cuando alguien amenaza lo que es mío.

El Senador Mitchell retrocede, interrumpiendo a mitad de conversación con sus amigos banqueros. Los capitalistas de riesgo que estaban cortejando la última empresa emergente de Natasha de repente encuentran fascinante la fuente de champán.

Las carreras se hacen y se rompen en momentos como estos, y todos saben qué lado elegir.

"Vete." La palabra estalla como un látigo a través de los pisos de mármol. "Ahora."

Abre la boca, pero lo que sea que ve en mi rostro la hace pensarlo mejor. El clic de sus tacones hace eco mientras se retira, la multitud partiéndose como el Mar Rojo para dejarla pasar. Cada paso la aleja más del poder, de la influencia, de todo lo que ha pasado años construyendo.

Me vuelvo hacia Kim, que observa con ojos grandes. En tres zancadas, estoy a su lado de nuevo. Su piel todavía está demasiado pálida, aunque algo de color ha vuelto a sus mejillas.

"Nos vamos a casa." Mi brazo se desliza alrededor de su cintura, protector y posesivo.

Asiente, dejándome guiarla hacia la salida. Puedo sentir cada ojo en la sala sobre nosotros, escuchar el tecleo furioso mientras la élite de Nueva York difunde la noticia sobre la espectacular caída en desgracia de Natasha. Los titulares de mañana serán interesantes.

Pero todo lo que me importa es la mujer en mis brazos, y el hijo creciendo bajo su corazón. Las dos personas que se han convertido en mi mundo entero sin que me diera cuenta. Destruiré a cualquiera que los amenace, quemaré ciudades para mantenerlos a salvo.

Eso no es una amenaza. Es una promesa.

El aire nocturno nos golpea mientras salimos, y siento a Kim estremecerse. Me quito la chaqueta, envolviéndola alrededor de sus hombros. Su vientre es más prominente ahora, recordándome de nuevo lo cerca que estuve de perderlos a ambos.

"Lo siento," susurra mientras esperamos el auto. "Debería haberte contado antes sobre ella siguiéndome. Es solo que... has estado tan estresado con el trabajo, y no quería—"

"No." Levanto su barbilla, haciéndola encontrar mis ojos. "No te disculpes. Nada de esto es tu culpa. Pero de ahora en adelante, me cuentas todo. No importa qué tan pequeño parezca. No importa qué tan ocupado esté. Nada es más importante que tú y Carson. Nada."

Las lágrimas se acumulan en sus ojos color miel, haciéndolos brillar en las luces de la calle. Las limpio con mi pulgar antes de que puedan caer.

"Te amo," dice suavemente, y las palabras me golpean como una fuerza física. Después de todo esta noche, después de todo el miedo y la duda que Natasha trató de plantar, todavía me mira

como si fuera su todo.

La atraigo más cerca y presiono mis labios en su frente. "Yo también te amo."

El auto llega, y la ayudo a entrar, asegurándome de que esté acomodada antes de deslizarme a su lado. Mientras nos alejamos del Plaza, envío un mensaje rápido a mi jefe de seguridad. Para la mañana, Natasha no podrá acercarse a un kilómetro de mi esposa.



Me despierto antes del amanecer, el cálido cuerpo de Kim acurrucado contra el mío.

La furia de anoche aún hierve bajo mi piel: la imagen de ella casi cayendo, la sonrisa de Natasha, el miedo en los ojos de Kim. Instintivamente, mis brazos se aprietan a su alrededor.

Ella necesita descansar, pero yo necesito moverme. Hacer algo. El asunto de Moscú puede esperar una hora.

Cuando llego a la cocina, está oscura y silenciosa. No soy un gran cocinero —para eso está el personal—, pero sé manejar lo básico. Primero, café. Luego huevos, tostadas, esos pasteles que le encantan del lugar francés a la vuelta de la esquina. Hice que seguridad los recogiera anoche después de todo lo que pasó.

Mi teléfono se ilumina. Jonathan. Ya tres llamadas perdidas. Lo silencio, apretando la mandíbula. Una maldita hora de paz. Es todo lo que pido.

"Estás despierto temprano."

Me giro y la veo en la puerta, hermosa en su bata de seda.

"No podía dormir. ¿Tienes hambre?"

Ella observa la mesa que he preparado, levantando una ceja. "¿Cocinaste, eh?"

"No suenes tan sorprendida." La atraigo hacia mí, mi mano deslizándose para agarrar su trasero. "Tengo talentos ocultos."

"Ya lo he notado. Aunque cocinar no suele ser uno de ellos." Su respiración se detiene cuando mordisqueo su cuello.

"Tal vez no necesito ser bueno cocinando. Prefiero ser mejor comiendo. Especialmente… cuando ese dulce coño está en el menú," murmuro contra su piel, pero entonces Carson se mueve entre nosotros. Kim ríe, un sonido más ligero que el de anoche.

"Tu hijo está despierto."

"Ya causando problemas." Coloco mi mano sobre su vientre, sintiéndolo moverse.

Comemos de pie en la barra, mi mano siempre tocándola en algún lugar: su cadera, su espalda, su muslo. Los pasteles están buenos, pero verla lamerse los dedos llenos de chocolate es mejor.

"He estado pensando." La atraigo más cerca. "Italia. Tan pronto como cerremos el trato de Moscú."

La esperanza ilumina su rostro. "¿En serio?"

"Tres meses." Paso mi pulgar por su labio inferior. "Sin trabajo. Sin galas. Sin—"

Mi teléfono vibra en la barra. Jonathan otra vez. Maldita sea.

"Ve." Ella da un paso atrás, y ya extraño su calidez. "El imperio te necesita."

"Kim—"

"Está bien." Pero su sonrisa no llega a sus ojos.

Le tomo la muñeca antes de que pueda alejarse más. "Un poco más de tiempo. Luego, seremos solo nosotros."

Ella asiente, pero veo la duda que intenta ocultar. Me mata dejarla, especialmente después de anoche, pero cuanto antes cierre este trato, antes podré darles todo.

La beso con fuerza, vertiendo toda mi frustración y promesa en ese beso. Ella se derrite contra mí, haciendo ese pequeño sonido en su garganta que me vuelve loco.

"Te amo," susurra contra mi boca.

"También te amo. Descansa un poco hoy, cariño."

Alejarme es una tortura, pero Moscú no se cerrará solo. Un poco más de tiempo, me digo mientras camino hacia el garaje. Luego, le daré a mi familia el tiempo que se merece.

KIMBERLY

El vacío en mi estómago se hace más profundo mientras entro en el deteriorado camino de entrada de mi madre.

La vista me golpea como un golpe físico – está peor de lo que recordaba.

Pintura desprendiéndose del revestimiento de madera en largas tiras grises. Plantas muertas en contenedores oxidados. Aún más botellas vacías brillando en el pasto descuidado.

Mis manos tiemblan ligeramente mientras apago el motor del Mercedes de Grayson. Tan solo estar aquí me hace sentir que lo estoy traicionando, pero no puedo seguir ignorando la culpa que me carcome. Esta es mi familia. Mi sangre. Mi bebé merece conocer a su abuela y a su tía, ¿no?

El sobre en mi bolso se siente pesado – diez mil dólares que retiré esta mañana. Una cantidad tan pequeña de nuestras cuentas que Grayson nunca notaría, pero suficiente para tal vez ayudarlos a ponerse de pie. Toco mi vientre creciente, tratando de callar la voz en mi cabeza que grita que esto es un error.

Tres respiraciones profundas. La cuarta se corta por el olor acre del humo de cigarrillo que se filtra por mi ventana entreabierta.

Mi estómago se revuelve – las náuseas matutinas pueden haberse ido, pero ciertos olores todavía me afectan.

Salgo del auto y camino hacia la casa.

La puerta principal cruje al abrirse antes de que pueda tocar. Mamá está ahí, y mi corazón se aprieta. Se ve... destruida. Piel amarillenta y floja, círculos oscuros como moretones bajo sus ojos. Su ropa cuelga de su cuerpo como si perteneciera a otra persona.

"Vaya, vaya." Su risa es amarga. "Mira quién finalmente recuerda de dónde viene."

"Mamá..." La palabra se atora en mi garganta.

Sus ojos me recorren, demorándose en mi vestido de diseñador, mi cabello arreglado, la pequeña curva de mi estómago. "Mírate, toda pulida como el trofeo de un hombre rico. Lindo auto, también. Debe ser agradable olvidarte de nosotros mientras vives tu vida perfecta."

Enciende otro cigarrillo ahí mismo en la puerta, soplando el humo en mi dirección. Trato de no estremecerme, cubriendo instintivamente mi estómago.

"¿Puedo entrar?"

La sala está oscura, cargada de humo y algo más – un olor agrio que no puedo identificar bien. Botellas vacías abarrotan cada superficie. Contenedores de comida rápida. Ceniceros desbordados.

"Traje algo." Saco el sobre con dedos temblorosos. "Para ayudar. Sé que las cosas han estado difíciles-"

"¿Ahora te importa?" Arrebata el sobre, hojeando los billetes. "¿Dónde estaba esta preocupación cuando perdí mi trabajo? ¿Cuando todo se fue al infierno?"

"¿Perdiste tu trabajo? Mamá, no lo sabía-"

Un estruendo desde el pasillo me hace saltar. La voz de un hombre, enojada y arrastrada. Un grito femenino de dolor que convierte mi sangre en hielo.

"¿Qué fue eso?" Pero ya lo sé. En lo profundo de mis entrañas, lo sé.

Mamá da otra larga calada, el humo enroscándose alrededor de sus palabras. "¿Qué crees que pasa cuando abandonas a tu familia? Las cuentas siguen necesitando pagarse. Carlos se ofreció a ayudar."

"¿Carlos?" El nombre me golpea como un golpe físico. "¿Lo dejaste mudarse? ¿Después de todo lo que le hizo a Bianca?"

"No actúes toda santurrona. Esto es tu culpa. Nos dejaste sin nada."

Otro estruendo. Vidrios rompiéndose. Bianca gritando.

Me muevo antes de poder pensar, el corazón golpeando contra mis costillas. El pasillo se estira para siempre. Tres pasos que se sienten como kilómetros.

La puerta del dormitorio se abre de golpe. Bianca se estrella contra la pared frente a mí, su labio partido y sangrando. Me ve, sus ojos abriéndose con sorpresa.

"¿Kim? ¿Qué estás-" Sus palabras se cortan en un ahogo mientras Carlos emerge de la habitación.

Es más grande de lo que recordaba. Músculos de prisión amontonados en su cuerpo, tatuajes trepando por su cuello. Sus ojos están salvajes, pupilas dilatadas – drogado con algo que lo hace parecer más animal que humano.

Ni siquiera me ve. Solo se abalanza sobre mi hermana, su mano carnosa envolviendo su garganta. Los pies de Bianca dejan el suelo.

"¡Suéltala! ¡Deja en paz a mi hermana, maldito!" Golpeo mis puños contra su espalda, sabiendo que es inútil incluso mientras lo hago. Es como golpear una pared de ladrillos.

Mamá está gritando detrás de mí. "¡Suelta a mi hija!"

Entonces, hay el sonido de algo siendo agarrado, movimiento-

El dolor explota en la parte posterior de mi cabeza. Bordes afilados muerden mi cráneo. Calidez húmeda inunda mi cuello.

Me giro justo a tiempo para ver un cenicero golpear el suelo mientras el mundo se inclina hacia un lado. Mis rodillas golpean el suelo, pero apenas lo siento a través del zumbido en mis oídos. Mis dedos vuelven rojos cuando toco la parte posterior de mi cabeza.

Sangre. Tanta sangre.

Los gritos de Bianca suenan lejanos ahora.

Mi mamá corre a sostener mi cabeza, llorando disculpas, diciendo que intentó golpear a Carlos pero falló. Todo se está oscureciendo y mi visión se vuelve borrosa. Mi último pensamiento coherente es de Grayson, de nuestro bebé.

"Llama... a mi... esposo," trato de decir. Pero la oscuridad se traga las palabras, se traga todo, hasta que no queda nada en absoluto.

GRAYSON

El sol de la tarde se filtra por las ventanas del piso al techo de la sala de conferencias, atrapando motas de polvo en sus rayos mientras me paro en la cabecera de la mesa de caoba.

Veinte de mis ejecutivos principales están sentados frente a mí, sus rostros iluminados por el brillo azul de mi presentación. El aroma a café y colonia costosa flota en el aire, mezclándose con el cuero de las sillas.

"Estas proyecciones trimestrales para nuestra expansión en Moscú son críticas." Paso a la siguiente diapositiva, mi voz llegando hasta los rincones más alejados de la sala. El punto rojo del puntero láser baila sobre márgenes de ganancia y análisis de mercado. "Estamos viendo un potencial aumento del treinta por ciento en-"

Las pesadas puertas dobles se abren de golpe, el sonido como un disparo en la sala silenciosa. Jonathan está ahí, su apariencia habitualmente impecable está desarreglada. Su corbata está torcida, y hay sudor perlando su frente. Algo está mal. En diez años, nunca ha interrumpido una reunión de directorio.

"Señor Holt, señor." Su voz tiembla. "Tiene una llamada."

Me vuelvo hacia la proyección, la irritación hormigueando bajo mi piel. "Puede esperar."

"No, señor. No puede." Traga con dificultad. "Es el hospital. Sobre Kimberly."

El puntero se desliza de mis dedos repentinamente entumecidos, golpeando contra la superficie pulida de la mesa. El sonido hace eco a través de la sala silenciosa como un toque de muerte.

Mi corazón se detiene, luego comienza de nuevo a doble velocidad. No puede estar en trabajo de parto. Es demasiado temprano.

Cruzo la sala en cuatro zancadas largas, mis zapatos italianos de cuero silenciosos contra la alfombra mullida.

El teléfono tiembla en la mano de Jonathan mientras se lo arrebato.

"Habla Grayson Holt." Mi voz suena extraña a mis propios oídos, tensa con miedo que no puedo contener.

"Señor Holt, soy la Doctora Matthews del Hospital Memorial." Una voz de mujer, tranquila pero urgente. "Su esposa ha sufrido una conmoción cerebral. Está estable, pero-"

"¿Qué?" El hielo se extiende por mis venas. "¿Qué pasó?"

Ya estoy moviéndome, pasando junto a Jonathan hacia mi oficina. El arte moderno en las paredes se desdibuja mientras avanzo por el pasillo, mi corazón retumbando contra mis costillas.

"Por favor, solo venga ahora, Señor Holt."

Mi oficina está exactamente como la dejé - el Wall Street Journal todavía abierto en mi escritorio, taza de café medio vacía dejando anillos sobre informes trimestrales.

Nada de eso importa.

Abro de un tirón el cajón de mi escritorio, papeles volando mientras busco mis llaves. ¿Dónde están? Maldita sea, ¿dónde? Ahí - bajo una pila de contratos que se suponía que debía revisar hoy.

El ascensor tomaría demasiado tiempo.

Empujo la puerta de la escalera, bajando los escalones de dos en dos. Dieciocho pisos hacia abajo, mis zapatos golpeando contra el concreto.

El sonido hace eco en las paredes, mezclándose con mi respiración entrecortada y el rugido en mis oídos.

El estacionamiento está tenue y fresco, el aire espeso con gases de escape.

Me deslizo detrás del volante de mi Audi, el asiento de cuero todavía tibio de mi viaje esta mañana. El motor ronronea a la vida, y estoy saliendo de mi lugar antes de que la puerta se cierre por completo.

El tráfico de la ciudad fluye a mi alrededor como un río mientras me abro paso entre los autos, empujando el motor más fuerte de lo que debería. Mis nudillos están blancos sobre el volante, la mandíbula apretada tan fuerte que duele. Una sinfonía de bocinas suena mientras corto entre carriles.

Luces rojas de freno destellan directamente adelante - un camión de reparto desviándose a mi carril sin aviso.

El tiempo se ralentiza. Mis instintos de carreras toman el control mientras giro el volante a la izquierda, luego a la derecha.

El auto responde como una extensión de mi cuerpo, la memoria muscular de incontables horas en la pista guiando mis movimientos. Derrapamos, los neumáticos gritando contra el asfalto, pero

me recupero.

El camión pasa tan cerca que podría estirarse y tocarlo.

Mi corazón golpea contra mis costillas mientras acelero más fuerte. El velocímetro sube más allá de números que no debería estar alcanzando en calles de la ciudad. Pero todo en lo que puedo pensar es en Kimberly y nuestro bebé.

La manera en que se veía esta mañana, durmiendo pacíficamente a mi lado, una mano curvada protectoramente sobre su vientre creciente.

El hospital se alza adelante como un monolito de concreto. Derrrapo en el estacionamiento, dejando el auto atravesado sobre dos espacios cerca de la entrada de emergencias. Las puertas automáticas susurran al abrirse mientras irrumpo a través de ellas, el aire estéril del hospital golpeando mis pulmones como un golpe físico. Antiséptico. Miedo. Muerte.

"Kimberly Holt." Las palabras se arrancan de mi garganta. "Mi esposa. ¿Dónde está?"

Los dedos de la recepcionista se mueven sobre su teclado con una lentitud exasperante. Su esmalte rosa pálido capta las luces fluorescentes mientras escribe. "El doctor saldrá en seguida."

Recorro el área de espera como un animal enjaulado. Cada paso me lleva junto a carteles sobre vacunas contra la gripe y técnicas apropiadas de lavado de manos. Mis oraciones son cosas desesperadas, primitivas. Que estén bien. Por favor Dios, que estén bien.

"¿Señor Holt?" Una mujer en uniforme azul se acerca, su rostro cuidadosamente neutral de esa manera que tienen los doctores cuando dan malas noticias. "Soy la Doctora Matthews. Sígame."

Avanzamos por pasillos que huelen a cloro y sufrimiento. El sonido de mis zapatos hace eco en paredes pintadas de un tono institucional beige. "¿Qué le pasó a mi esposa?"

"Fue golpeada en la cabeza con un cenicero durante un altercado." Cada palabra es como un cuchillo en mis entrañas. "El reporte policial indica que hubo una pelea involucrando a su madre, hermana, y el novio de su hermana. Aparentemente, su madre arrojó el objeto al novio pero falló, golpeando a su esposa en su lugar."

La rabia sube por mi garganta, amarga como bilis. Se lo dije. Maldita sea, le dije que no fuera allí. Que se mantuviera alejada de ese desastre tóxico de familia.

La doctora abre una puerta, y mi mundo deja de girar. Kimberly yace inmóvil contra sábanas blancas, su cabello oscuro extendido sobre la almohada.

Un vendaje envuelve su cabeza. Su piel está tan pálida, casi transparente bajo las duras luces fluorescentes. El pitido constante de los monitores proporciona una banda sonora a mi pesadilla.

Estoy a su lado en un instante, presionando mis labios contra su frente. "¿Por qué fuiste allí, mi amor?"

Mi mano se mueve automáticamente para descansar sobre su estómago, como lo ha hecho cada día desde que supimos sobre Carson. Pero en lugar de la familiar curva suave, mi palma encuentra planitud. Espacio vacío donde nuestro futuro debería estar.

El hielo inunda mis venas mientras el pánico trepa por mi garganta. "Carson," susurro, el nombre una oración y una súplica mientras me vuelvo hacia la doctora. "¿Dónde está mi bebé?"

GRAYSON

Los ojos de la doctora me dicen todo antes que sus palabras. Esa mirada practicada de simpatía que hace que mi estómago se congele.

"Su bebé está en la UCIN, Señor Holt."

Las luces fluorescentes de repente parecen demasiado brillantes, el pasillo del hospital demasiado estrecho. UCIN. Esta mañana, todo era perfecto. El cuerpo cálido de Kimberly acurrucado contra el mío, su mano descansando protectoramente sobre nuestro bebé. Nuestro futuro. Ahora...

"¿Me perdí su nacimiento?" Mi voz sale áspera, irreconocible.

El sabor a cobre llena mi boca – me he mordido el interior de la mejilla sin darme cuenta.

"Tuvimos que realizar una cesárea de emergencia." La voz de la doctora es suave, ensayada. La odio. "El trauma de la lesión en la cabeza causó complicaciones. Tuvimos que actuar rápidamente para salvarlos a ambos."

"Lléveme con mi hijo." No es una petición. "Ahora."

El camino a la UCIN se siente interminable. Cada paso hace eco contra pisos de linóleo que han visto demasiado dolor. El olor a antiséptico quema mis fosas nasales, mezclándose con algo más – miedo, desesperación, esperanza tan frágil que podría romperse.

Entonces lo veo.

Mi hijo es más pequeño de lo que cualquier ser humano tiene derecho a ser. Su piel es casi transparente bajo las duras luces, una red de venas azules visible debajo. Tubos y cables conectan su diminuto cuerpo a máquinas que emiten pitidos y zumban, cada sonido un recordatorio de que está luchando por cada respiración. Su pecho sube y baja en movimientos superficiales que hacen que mis propios pulmones duelan.

"Carson," susurro, presionando mi palma contra el frío cristal. Mi aliento empaña la ventana, ocultándolo por un momento. Lo limpio frenéticamente – no puedo soportar perderlo de vista ni por un segundo.

Sus dedos son diminutos, cada uña no más grande que un grano de arroz.

Pestañas oscuras descansan contra mejillas que deberían estar todavía protegidas dentro de su madre. Es hermoso. Perfecto. Luchando por su vida por culpa de ellos.

Algo oscuro y familiar se despliega en mi pecho. Una rabia que no he sentido desde que dejé las calles atrás. Comienza en mis entrañas, extendiéndose por mis venas como hielo, luego fuego.

"¿Señor Holt?" La mano de la doctora en mi brazo se siente como una invasión. "¿Está bien?"

"Volveré." Las palabras salen en un gruñido que la hace retroceder. Mujer inteligente.

En el ascensor, mi reflejo me toma por sorpresa.

Las puertas de acero pulido me muestran a un hombre que apenas reconozco. Mi traje de mil dólares está arrugado, el nudo Windsor de mi corbata torcido. Pero son mis ojos los que me detienen en seco. Se ha ido la mirada calculada de un director ejecutivo. En su lugar hay algo peligroso.

La caja fuerte de mi auto se abre con facilidad practicada. El peso de la Glock es familiar en mi mano, como saludar a un viejo amigo.

Reviso el cargador automáticamente, memoria muscular de una vida que pensé que había dejado atrás.

Mi teléfono conecta con la línea de Jonathan al primer timbre.

"¿Señor?"

"Llama a Carlisle, Marcus y Viktor. Diles que me encuentren en el almacén."

El silencio se extiende por tres latidos. "Señor... pensé que habíamos dejado esos días atrás." Su voz tiene una nota de miedo. Bien. Recuerda.

"Mi esposa y mi hijo casi mueren." Cada palabra sabe a sangre y venganza. "Es hora de ocuparnos de los negocios."

"El equipo no se ha reunido desde que se convirtió en un director ejecutivo legítimo. Desde que se volvió..."

"Escucha con atención." Mi voz baja aún más. "Necesito que traigan a Carlos Ramírez al almacén. Cincuenta mil cada uno por el trabajo. Saben cómo encontrarlo - está en la casa de la madre de Kimberly. Lo quiero allí dentro de una hora."

"Señor-"

"O quieren volver al juego, o no. Su elección. Pero déjalo claro - esto no es una petición."

Otra pausa. "Sí, señor."

El viaje a casa pasa en un borrón de luces rojas y bocinas.

Mis manos no tiemblan mientras me cambio a equipo táctico negro – pantalones, camisa, chaqueta. La tela se siente como una segunda piel, como volver a una vida que pensé que había dejado atrás. La pistola se asienta contra mis costillas en su funda, una fría promesa de lo que viene.

Capto mi reflejo una última vez en el espejo del dormitorio. Todos los rastros del empresario pulido han desaparecido.

El hombre que me devuelve la mirada es alguien que no he visto en años – alguien que sabe cómo lastimar gente, cómo hacer ejemplos de aquellos que se cruzan en su camino.

Mi teléfono vibra. Mensaje de Jonathan: *"Están en camino. Trabajo aceptado."*

Bien. Carlisle, con sus nudillos cicatrizados y ojos muertos. Marcus, que puede hacer bailar un auto a 320 kilómetros por hora o convertirlo en un arma. Viktor, cuyas conexiones en el submundo corren más profundo que la sangre.

Están a punto de aprender que no puedes civilizar a algunos hombres. No puedes enterrar algunos monstruos. Solo puedes encerrarlos hasta que sean necesarios.

Mientras me dirijo a la puerta, pienso en Carson luchando por su vida en esa habitación de hospital. En la cabeza vendada de Kimberly y su piel pálida. En la familia que se suponía debía amarla pero casi la destruye.

Carlos rogará por piedad.

GRAYSON

El almacén se alza ante mí, una sombra imponente contra el cielo oscurecido.

La puerta metálica gime mientras la abro, el óxido descascarándose bajo mis dedos.

El aire dentro me golpea como algo físico - rancio y espeso con humo de cigarrillo y algo metálico. Sangre.

Las luces fluorescentes zumban sobre mi cabeza, proyectando sombras enfermizas que bailan sobre pisos de concreto manchados con décadas de aceite y secretos. Mis pasos hacen eco en el espacio cavernoso, cada sonido rebotando en las paredes de metal corrugado.

Este lugar no ha cambiado desde mis días de carreras. Las mismas ventanas rotas en lo alto. El mismo olor a caucho y gasolina.

Mi antigua tripulación se materializa de las sombras como fantasmas de mi pasado.

Carlisle, su rostro medio iluminado por la brasa de su cigarrillo, manos cicatrizadas sueltas a sus costados. La marca irregular en su mejilla izquierda es nueva - un recuerdo de lo que sea que ha estado haciendo desde que me volví legítimo. Marcus se alza detrás de él, un metro noventa y cinco de músculo sólido, diente de oro brillando cuando asiente en saludo. Viktor se apoya contra una viga de soporte, humo saliendo de sus labios, los tatuajes en su cuello destacando contra su piel pálida.

Y en el centro de todo, atado a una silla de metal con gruesa cuerda, está Carlos.

"Como en los viejos tiempos, ¿eh jefe?" La voz áspera de Carlisle rompe el silencio. Lanza su cigarrillo, la chispa arqueándose a través de la oscuridad antes de morir en el concreto.

"Lo agarramos fácil," retumba Marcus, tronando sus enormes nudillos. "Todavía en la casa, drogado hasta el culo."

La sangre gotea constantemente de la nariz de Carlos, cada gota golpeando su camiseta blanca como un metrónomo carmesí. Su cara ya está hinchada, el ojo derecho casi sellado. Cuando me

ve, su ojo bueno se ensancha con reconocimiento.

"¿Grayson? El esposo de Kimberly." Las palabras salen húmedas, gorgoteando. "Lo siento, hermano. Fue un accidente-"

Mi puño conecta con su mandíbula antes de que pueda terminar. El dolor dispara a través de mis nudillos, pero se siente bien. Correcto. "¿Lo sientes?" Otro puñetazo, este partiéndole el labio. Sangre caliente rocía mis nudillos. "¿Te gusta golpear mujeres, Carlos? Eres una perra."

Escupe sangre al suelo. "Por favor-"

"Por tu culpa," cada palabra puntuada por un golpe que envía ondas de choque por mi brazo, "me perdí. El nacimiento. De mi hijo."

Su cabeza se bambolea, la consciencia vacilando. Agarro un puñado de su grasiento cabello, forzando su cara hacia arriba. "Mi esposa está en el hospital con una conmoción cerebral." La imagen de la cabeza vendada de Kimberly destella detrás de mis ojos. "Mi hijo recién nacido tiene tubos manteniéndolo vivo."

La pistola se siente viva en mi mano mientras la saco, como algo venenoso ansioso por atacar.

El metal está caliente contra mi palma mientras la presiono contra su sien. En mi mente, veo el diminuto cuerpo de Carson en esa caja de cristal, luchando por cada preciosa respiración. Veo el rostro pálido de Kimberly.

Un apretón del gatillo. Eso es todo lo que tomaría para acabarlo. Para hacer que la rabia en mi pecho finalmente se calle.

La puerta del almacén aislado se abre y Jonathan entra.

"Señor." La voz de Jonathan corta a través de la neblina roja nublando mi visión. "No se manche las manos de sangre. No por él."

"Déjenos manejarlo, jefe." Viktor se despega de la viga, dejando caer su cigarrillo y aplastándolo bajo su bota. "Como en los viejos tiempos. Limpio y prolijo."

"Nos aseguraremos de que desaparezca." Marcus avanza, su sombra cayendo sobre Carlos como un eclipse. "Sin cuerpo. Sin rastros. Sin preguntas."

Mi dedo se tensa en el gatillo. El cañón tiembla ligeramente contra la piel de Carlos, dejando una indentación circular perfecta. Un movimiento. Un segundo. Una respiración entre él viviendo y muriendo.

Pienso en Kimberly. En la manera en que me mira como si fuera su héroe, no un asesino parado en un almacén oscuro con sangre en sus manos. Ella ni siquiera sabe que su esposo tiene un lado oscuro. Ella piensa que soy perfecto.

La pistola se desliza de vuelta a su funda, el peso familiar contra mis costillas. "Desháganase de él."

"Esa perra de Bianca no sabía mantener su boca cerrada," Carlos balbucea a través de dientes rotos, sangre burbujeando entre sus labios.

Mi mano dispara hacia adelante, envolviendo su garganta. Su pulso late contra mi palma como un animal atrapado. "Di una palabra más," aprieto hasta que su cara se vuelve púrpura, "y te haré rogar por la muerte."

Miedo real llena su ojo restante. El tipo que cambia a un hombre para siempre. Bien.

Lo suelto, limpiando mi mano en mi camisa negra mientras me doy vuelta. La tripulación sabe qué hacer. Han manejado cosas como esta antes.

"Jonathan."

"¿Señor?"

"Consigue pasaportes falsos para su madre y hermana. Las quiero fuera del país en veinticuatro horas." Mi voz es firme, fría. "Nunca se acercarán a mi esposa de nuevo."

"Entendido, señor. ¿Preferencias de destino?"

"No me importa si es la maldita Siberia. Solo hazlas desaparecer."

"Será manejado." Hay una pausa. "Como si nunca hubiera pasado."

El viaje de regreso al hospital pasa en un borrón de luces de calle y silencio. La adrenalina lentamente se drena de mi sistema con cada kilómetro, dejándome hueco. Limpio. El monstruo retrocediendo de vuelta a su jaula, dejando atrás al hombre con quien Kimberly se casó.

Los pasillos del hospital están quietos a esta hora, mis pasos amortiguados contra las baldosas estériles.

La habitación de Kimberly está tenue, pacífica excepto por el pitido constante de monitores rastreando su latido. Se ve tan pequeña en esa cama, tan frágil bajo las duras luces fluorescentes. Pero sé mejor. Ella es la persona más fuerte que he conocido.

Arrastro una silla a su lado, tomando su delicada mano en la mía raspada por la sangre. Su piel está más cálida ahora, algo de color volviendo a sus mejillas. Mi pulgar traza sobre su anillo de bodas, recordando cómo sonrió cuando lo deslicé en su dedo.

"Te tengo, mi amor." Presiono mis labios contra sus nudillos. "Te amo para siempre."

Y lo hago. El hombre civilizado que dirige empresas multimillonarias. El corredor callejero que mataría para proteger lo que es suyo. Cada versión de mí ama cada versión de ella.

La mantendré a salvo. Mantendré a nuestro hijo a salvo. Y que Dios ayude a cualquiera que intente lastimarlos de nuevo.

KIMBERLY

Epílogo

El amanecer rompe sobre la Costa Amalfitana en pinceladas de acuarela rosa y dorado.

Estoy parada en la terraza de nuestra villa, mi mano todavía temblando ligeramente por la prueba de embarazo que me hice hace veinte minutos. Dos líneas rosadas. Otro bebé. El Mediterráneo se extiende infinitamente ante mí, brillando como diamantes esparcidos en la luz temprana.

Un monitor de bebé crepita a mi lado, seguido por los balbuceos matutinos de Carson. "Ma-ma-ma-ma." Solo un año hoy, y esas sílabas todavía hacen que mi corazón aletee.

Brazos cálidos se deslizan alrededor de mi cintura desde atrás, y la colonia de Grayson me envuelve - cítricos y cedro y algo únicamente suyo. Sus labios encuentran ese punto sensible bajo mi oreja. "Despierta temprano."

"No podía dormir." Me recuesto contra su pecho, sintiendo su corazón latir firme y fuerte. La prueba positiva es un secreto feliz en mi bolsillo. "Nuestro bebé cumple uno hoy."

Los balbuceos de Carson se vuelven más insistentes en el monitor. Grayson ríe. "Yo lo traigo. Disfruta tu café."

Lo veo desaparecer adentro, mi corazón tan lleno que duele.

Minutos después, emergen a la terraza - Grayson todavía en sus pantalones de dormir, Carson en su pijama de dinosaurios, rizos oscuros alborotados por el sueño. Esos ojos verdes, copias exactas de los de su padre, se iluminan cuando me ve.

"¡Mamá!" Estira sus manos hacia mí, casi lanzándose fuera de los brazos de Grayson.

"Buenos días, cumpleañero." Lo tomo, besando sus mejillas regordetas mientras inmediatamente intenta agarrar mi taza de café. "No, no, bebé. Caliente."

El aroma de cornetti recién horneados sube desde la cocina donde nuestro chef, Marco, está preparando el desayuno. Estos veranos italianos se han convertido en nuestro santuario. Tres

meses donde Grayson no toma ni una llamada de negocios, donde existimos en nuestra propia burbuja perfecta de familia y amor y aguas mediterráneas cristalinas.

"Baño primero," digo mientras Carson se retuerce para bajarse. Recientemente dominó el caminar, aunque todavía es más un bamboleo determinado.

"Yo lo tengo." Grayson levanta a nuestro hijo.

Los miro dirigirse adentro, mi corazón apretándose al ver lo similares que se ven - Carson es su padre en miniatura, desde esos ojos verde bosque hasta el cabello oscuro que se niega a quedarse plano.

Para cuando me uno a ellos, Carson está recién bañado y vestido en pequeños pantalones cortos de lino y una camisa blanca abotonada que probablemente estará cubierta de desayuno en aproximadamente diez minutos. Camina tambaleante hacia mí, brazos extendidos para mantener el equilibrio.

"Con cuidado, campeón." Grayson se cierne detrás de él, listo para atrapar cualquier caída. Siempre nuestro protector.

El desayuno es un asunto desordenado. Carson logra poner más comida en su cara y ropa que en su boca, pero su alegría al descubrir que puede aplastar los cornetti en bolas es contagiosa. No sé qué pasó con mi antigua familia - a dónde desapareció Carlos, a dónde fueron mi madre y mi hermana. Grayson simplemente dijo que todo estaba "resuelto", y elegí no hacer preguntas. Algunas respuestas no valen la pena tenerlas.

"¿Hora de regalos?" Grayson pregunta después de que limpiamos a nuestro hijo, que ya muestra señales de necesitar una siesta.

Nos reunimos en la sala principal de la villa, la luz del sol entrando a raudales por las ventanas del piso al techo. Carson se sienta en mi regazo mientras Grayson lo ayuda a desenvolver cada regalo, esos diminutos dedos más interesados en jugar con el papel que con lo que hay dentro. Cada juguete nuevo es minuciosamente probado con la boca antes de pasar al siguiente.

"Uno más." Grayson desaparece en su estudio, regresando con algo que me hace contener el aliento - un diminuto auto eléctrico, una réplica exacta de su Aston Martin favorito.

"¡Gray!" Pero estoy riendo mientras coloca a Carson en él, sosteniéndolo firme mientras esas pequeñas manos exploran el volante. "Apenas puede caminar."

"Es un Holt." Grayson se encoge de hombros, sin arrepentimiento. "Nunca es demasiado temprano para empezar."

La emoción de la mañana resulta demasiado - Carson se duerme a mitad de abrir regalos, su cabeza cayendo contra mi pecho. Lo acostamos en su cuna para su siesta, ambos simplemente

mirándolo dormir por un momento.

El día pasa en un borrón de pequeños momentos perfectos. Cuando Carson despierta lo dejamos chapotear en su piscina de bebé, seguramente acunado entre nosotros. Tenemos un picnic en el jardín donde está más interesado en el pasto que en la comida cuidadosamente preparada por Marco y un corto paseo en bote que lo arrulla hasta dormirse contra el pecho de Grayson.

Es durante la cena en la terraza, viendo a Carson aplastar su pequeño pastel de cumpleaños con ambos puños, glaseado por todas partes, que decido que es el momento.

"Tengo un regalo más," digo suavemente, metiendo la mano en mi bolsillo.

Grayson mira hacia arriba, curioso. Le entrego la prueba de embarazo, observando su rostro mientras la comprensión amanece.

La alegría que se extiende por sus facciones lo hace parecer juvenil, borrando al poderoso empresario y mostrándome solo a mi Grayson. Está alrededor de la mesa en dos zancadas, cuidadoso de no sobresaltar a Carson mientras me atrae a sus brazos. Su beso sabe a vino y felicidad.

"¿En serio?" susurra contra mis labios. "¿Vamos a tener otro bebé?"

"Sì."

Más tarde, después de que tres cuentos y varias canciones finalmente logran que Carson se duerma, Grayson y yo estamos en el balcón de nuestra habitación. La luna pinta senderos plateados sobre el agua, y el aire nocturno está cargado de jazmín. Sus brazos me encierran contra la barandilla, su pecho presionado contra mi espalda.

"Gracias," murmura en mi cabello.

"¿Por qué?"

"Por darme todo lo que nunca supe que necesitaba. Por hacerme el hombre más feliz del mundo."

Me giro en sus brazos, deslizando mis manos por su pecho. "Yo soy la afortunada. Me salvaste, Gray."

"Nos salvamos mutuamente." Su beso es suave al principio, luego se profundiza con calor familiar. Una mano se enreda en mi cabello mientras la otra se desliza más abajo, atrayéndome más cerca. "Déjame mostrarte cuán afortunado me siento."

A través de nuestras ventanas abiertas, puedo escuchar la suave respiración de Carson en el monitor de bebé. Nuestro milagro. Nuestro niño perfecto que luchó tan duro para estar aquí. Y ahora, otra pequeña vida creciendo bajo mi corazón.

Esto es lo que se siente la felicidad. Esto es lo que significa hogar.

Y eso es todo lo que importa.

El final gracias por leer.

¿Te ha gustado esta historia sobre Katrina y Austin? Entonces te encantará mi novela,

Recuérdame



Nunca pensé que aceptar su arreglo de novia falsa me llevaría a enamorarme del empresario más codiciado de Los Ángeles.

Después de que un escándalo destruyera mi vida, solo trataba de sobrevivir trabajando como mesera cuando Austin Ford entró a mi restaurante y me salvó.

Cincuenta mil dólares por treinta días fingiendo ser su novia parecía bastante simple, hasta que me di cuenta de lo familiar que se sentía su contacto.

Sus besos despertaban recuerdos que no lograba descifrar por completo, y fingir empezó a sentirse peligrosamente real.

Justo cuando creía haber encontrado mi lugar en su mundo, el pasado nos alcanzó en la boda de mi mejor amiga.

Ahora todo aquello de lo que he estado huyendo está a punto de salir a la luz, y me aterra perder al único hombre que he amado verdaderamente.

¿Qué sucede cuando el arreglo que se suponía nos salvaría a ambos se convierte en el secreto que podría separarnos?

Leer ahora! https://mybook.to/XbLPdU



Capítulo 1 – KARINA

La luz del sol inunda el South Coast Plaza a través de su techo de cristal. El cálido aire de California se mezcla con el aroma de pretzels recién horneados y perfumes de diseñador.

Me detengo para ajustar mis sandalias de Saint Laurent mientras observo a la gente pasear por el centro comercial más exclusivo de Orange County. Un grupo de turistas toma fotos junto a la fuente de cristal, mientras los locales bien vestidos cargan bolsas de compras de Gucci, Prada y Cartier. Este es mi mundo, lo ha sido desde que aprendí a caminar.

"¡Karina, mira!" Alyssa agarra mi brazo con emoción, señalando hacia la tienda de lujo. Sus ojos cafés brillan con esa picardía familiar que conozco desde la preparatoria. "Recibieron su nueva colección. Necesitamos entrar."

La sigo, riendo. La luz del sol ilumina mi cabello castaño claro en el reflejo del escaparate. Observo mi atuendo: jeans de diseñador que abrazan perfectamente mis largas piernas, una blusa de seda color crema y joyas sencillas de oro de Cartier. Mi padre siempre me dice que debo vestirme para el éxito, aunque con la riqueza de nuestra familia, ya vivo la vida con la que la mayoría sueña.

"Tranquila, Lyss." Mis bolsas de compras de Gucci y Prada se balancean a mi lado mientras acelero el paso para alcanzarla. "Los vestidos seguirán ahí."

Alyssa gira, moviéndose con una gracia natural adquirida tras años de entrenamiento en ballet. Su vestido veraniego da vueltas alrededor de sus rodillas. "Necesitas el vestido perfecto para mañana por la noche.

Algo que le demuestre a Jessica que has seguido adelante completamente. Es su fiesta de cumpleaños veintidós, sabes que esperará que todos nos veamos dignos de Instagram."

Sacudo la cabeza pero sonrío. "No es muy sutil."

"No queremos ser sutiles." Alyssa entrelaza su brazo con el mío mientras entramos. La tienda nos recibe con su fragancia característica y su familiar lujo. Los pisos de mármol brillan bajo nuestros pies y una suave música clásica suena en el ambiente. "Queremos que te veas deslumbrante. Que todos vean que Karina Winslow no necesita la aprobación de nadie."

María, nuestra vendedora habitual, nos saluda con una cálida sonrisa. Su traje negro perfectamente planchado y sus aretes de perlas me recuerdan cuánto tiempo ha trabajado aquí; me ha ayudado a comprar desde que me probaba vestidos para el baile de bienvenida. Nos guía hacia su última colección de ropa de noche, señalando piezas que sabe que coinciden con mi estilo.

Mientras examino un vestido negro de Versace, pasando mis dedos sobre la suave tela, una voz familiar interrumpe la tranquila atmósfera de la tienda.

"¿Karina? ¿Eres tú de verdad?"

Mi estómago se tensa. Jessica Mitchell está frente a mí con un vestido de tweed de Chanel y tacones Christian Louboutin, luciendo exactamente como la influencer de redes sociales en la que se ha convertido con sus cien mil seguidores. Su largo cabello rubio cae en ondas perfectas, su maquillaje impecable como siempre.

Un bolso Birkin cuelga de su brazo, sin duda un regalo reciente de su padre. Samantha permanece ligeramente detrás de ella, concentrada en su teléfono, documentando todo para su propia creciente presencia en redes sociales.

"Jessica, qué sorpresa."

Jessica se acerca para besar mis mejillas, su suave movimiento practicado en innumerables eventos sociales. Su perfume Clive Christian nos rodea. "Le dije a Samantha hace rato cuánto extraño nuestras compras juntas."

El recuerdo se me atora en la garganta. Solíamos pasar todos los sábados aquí, probándonos ropa y compartiendo secretos mientras tomábamos batidos del bar de jugos, planeando nuestros futuros mientras comprábamos. Cuando todo era más simple, antes de que los chicos y la traición complicaran nuestra amistad.

"¿Recuerdas el tercer año cuando compramos atuendos a juego?" Jessica ríe, tocando mi brazo con familiaridad. Sus acciones parecen amistosas, pero sus ojos contienen algo más, algo calculador. "Éramos ridículas en ese entonces."

"Aún lo son," agrega Samantha, finalmente levantando la vista de su teléfono. Su cabello oscuro coincide perfectamente con las ondas playeras de Jessica. Ahora coordinan todo: su ropa, sus publicaciones en redes sociales, sus vidas. Todo excepto incluirme a mí. A veces me pregunto si Samantha se da cuenta de que simplemente me reemplazó en la vida de Jessica.

"Hablando de celebraciones," los ojos de Jessica brillan con un encanto practicado, "vendrás a mi fiesta de cumpleaños mañana por la noche, ¿verdad? Papi reservó toda la azotea del Ritz-Carlton

Laguna Niguel. Está trayendo un DJ desde Ibiza, y la lista de invitados es absolutamente exclusiva."

Alyssa se mueve más cerca de mí protectoramente. Su hombro roza el mío, un recordatorio silencioso de que no estoy sola. "Estaremos ahí," responde, su voz agradable pero firme.

"¡Maravilloso!" Jessica aplaude, sus pulseras de diseñador tintineando. "Estoy tan feliz de que hayamos superado todo ese drama con Ben. La preparatoria parece tan lejana ahora."

El nombre de Ben hace que mi pecho se tense, pero mantengo mi sonrisa. Regresa el dolor familiar, no por él, sino por la amistad que su presencia en mi vida destruyó. "Sí, historia antigua."

"Aunque," Jessica inclina su cabeza, sus ojos color avellana calculadores a pesar de su dulce expresión, "preguntó por ti en Nobu el fin de semana pasado. Se veía muy bien. Todavía conduce ese Porsche negro que sus padres le compraron para su graduación."

Ben siempre se ve bien. Eso nunca cambió. Tampoco cambió su habilidad para encantar a todos a su alrededor mientras rompía corazones a puertas cerradas.

"No le he seguido la pista," digo, forzándome a sonar casual. Mi teléfono se siente pesado en mi bolsillo, sabiendo que su número todavía está ahí, sin bloquear. He estado pensando en borrarlo durante meses pero no he encontrado el valor.

Después de más besos educados y promesas sobre mañana por la noche, Jessica y Samantha se van, sus tacones de diseñador haciendo clic contra el piso de mármol. Las observo alejarse, notando cómo caminan en perfecta sincronía, con las cabezas en alto, comandando la atención de todos los que pasan.

"¿Estás bien?" Alyssa aprieta mi mano. Sus ojos examinan mi rostro con preocupación.

Suelto un largo suspiro, dejando que mis hombros caigan ligeramente. "Ella siempre menciona a Ben tan casualmente, como si no hubiera intentado arruinar nuestra relación durante meses. Todos esos rumores que esparció, la forma en que le contaba sobre chicos que supuestamente estaban interesados en mí..."

"¿Antes de que él mismo lo arruinara? Él fue quien engañó, ¿recuerdas?" Alyssa levanta sus cejas. "Vamos. Encontremos tu vestido perfecto. Mostrémosle a todos en esa fiesta mañana que estás prosperando."

La siguiente hora pasa en el probador. Pruebo varios estilos: un Carolina Herrera rojo demasiado atrevido, un Oscar de la Renta azul demasiado seguro, un Elie Saab verde que decolora mi tez. Pero el Versace negro sigue atrayéndome. La tela sigue mis curvas perfectamente antes de caer

en una elegante abertura que muestra justo la cantidad correcta de pierna para ser notada pero no comentada.

El escote baja lo suficiente mientras se mantiene sofisticado, y el diseño de la espalda hace una declaración sin gritar por atención.

"Este es," declara Alyssa desde su asiento en el sofá de terciopelo. Ella ya encontró su vestido, un Dior rosa que la transforma en realeza, haciendo que su piel olivácea brille. "Te ves perfecta. Mejor que perfecta. Te ves imperturbable."

El viaje a casa en mi Range Rover sigue la Pacific Coast Highway. El océano brilla bajo el sol de la tarde, y las palmeras se mecen con la cálida brisa. Nuestra propiedad se encuentra en Newport Coast, con vista al agua. Las puertas de seguridad se abren cuando me acerco, y estaciono frente a nuestra mansión de estilo mediterráneo. Tres fuentes bordean la entrada circular, y los jardineros atienden el jardín de rosas premiado de mi madre.

Encuentro a mi padre en su estudio, rodeado de múltiples pantallas que muestran datos del mercado.

Su cabello oscuro muestra un distinguido gris en las sienes, y su traje Tom Ford le queda perfectamente. Flores frescas descansan en un jarrón de cristal sobre su escritorio.

"Princesa." Sonríe mientras beso su mejilla. "¿Buena jornada de compras?"

"Sí, muy productiva." Me siento en el borde de su escritorio, con cuidado de los informes de adquisiciones. El familiar aroma a cuero y madera de su estudio me envuelve como una manta reconfortante. "Vi a Jessica Mitchell."

Su expresión se agudiza instantáneamente, la mirada que construyó la fortuna de nuestra familia y nos mantiene en la cima de la jerarquía social de Orange County. "¿La hija de Robert Mitchell?"

Asiento, estudiando su reacción. "Parecía amigable."

"Los Mitchell siempre parecen amigables." Palmea mi mano, su anillo de sello de oro captando la luz. "Robert ha estado haciendo movimientos en el mercado últimamente. Tratando de comprar empresas tecnológicas más pequeñas antes de que salgan a bolsa. Estoy tratando de comprar algunas para que no se convierta en el hombre más rico de la ciudad."

"Bueno, suerte con eso, papi. Voy a saludar a mamá," digo antes de salir de su oficina. Hablará conmigo durante horas y horas sobre negocios si lo dejo y esta noche no estoy de humor.

Mi madre descansa en su solario cuando la encuentro, rodeada de sus preciadas orquídeas. Su cabello castaño claro, idéntico al mío, enmarca su rostro perfectamente. Levanta la vista de su iPad con una cálida sonrisa.

"¿Encontraste algo?" pregunta, dejando a un lado su dispositivo. Una copa de champán medio vacía descansa a su lado, captando la luz de la tarde.

Pasamos una hora discutiendo el vestido y los accesorios. Me ofrece sus aretes de diamantes colgantes, los que papá le compró para su vigésimo aniversario. Ser hija única significa tener su atención y apoyo completos, aunque a veces sus expectativas pesan mucho sobre mis hombros.

Más tarde, en mi suite con su sala de estar, vestidor y baño extragrande, me acuesto en mi cama king-size bajo la lámpara de cristal.

Las paredes grises y los muebles blancos crean una atmósfera pacífica, acentuada por toques decorativos rosados.

Mi teléfono vibra con un mensaje del número de Ben: *"Te extraño, Karina. ¿Podemos hablar?"*

Mis manos tiemblan ligeramente. ¿Nueve meses de silencio rotos ahora? Recuerdo nuestra relación perfecta: citas románticas, gestos considerados, sentirme completamente amada.

Todo cambió después de que tomó mi virginidad. La primera vez que me engañó, lo descubrí con una estudiante de segundo año de su universidad. La segunda vez involucró a la amiga de su hermano. Ambas veces prometió que no significaba nada, juró su amor y garantizó el cambio.

Ahora me arrepiento de haber dejado que dañara mi amistad con Jessica.

Ella manejó las cosas mal, pero yo también cometí errores. Sabía que a ella le gustaba, sabía sobre su coqueteo antes de que él me eligiera. Me convencí a mí misma de que su aprobación era real porque lo deseaba tanto.

Aparece otro mensaje: *"He cambiado. Lo juro. Solo dame una oportunidad para demostrarlo."*

Esta vez, no dudo. Bloqueo su número y borro toda nuestra historia de mensajes. Con dedos decididos, también elimino cada foto nuestra juntos de mi teléfono. Mañana en la fiesta de cumpleaños de Jessica representa nuevos comienzos, pero no con Ben. Nunca más con Ben.

Mi teléfono vibra una última vez, un mensaje de Jessica: *"¡No puedo esperar a verte mañana por la noche! ¡Como en los viejos tiempos!* 💕 *"*

Miro fijamente el mensaje, recordando cuántas veces Jessica dijo esas exactas palabras en la preparatoria antes de que algo saliera mal. Antes de que los rumores se esparcieran, antes de que las amistades se fracturaran, antes de que la confianza se hiciera añicos.

Mañana marca un nuevo comienzo.

Ruego no estar caminando hacia otro error.

Leer ahora! https://mybook.to/XbLPdU

Anteprima: De vuelta a nosotros



Nunca pensé que aceptar el perfil de un CEO me pondría de nuevo en el camino del mejor amigo de mi hermano - ahora un multimillonario posesivo e irresistible con demonios que mantiene bajo llave.

Cole Hollic no es solo otra historia; es el chico que solía ver arreglando autos en nuestra entrada, ahora transformado en un hombre que me mira como si quisiera devorarme por completo.

Mantener las cosas profesionales se vuelve imposible cuando me besa en su oficina, marcándome como suya. Pero cuando mi jefa exige que exponga su trágico pasado, tengo que elegir entre mi carrera y el hombre que ha reclamado cada parte de mí.

Tres días en Santorini con él me arruinan para cualquier otro.

Cole no solo quiere mi cuerpo - quiere mi corazón, mi futuro, mi todo. Y ahora, parada de nuevo en estos acantilados griegos, guardo un secreto que cambiará nuestras vidas para siempre.

Leer ahora! https://mybook.to/TBAO5



Capítulo 1 – WHITNEY

Mi café casi salpica peligrosamente mi computadora portátil cuando lo azoto sobre mi escritorio, apenas logrando salvar mi teclado de una destrucción segura. Otro día, otra pila de entrevistas sin sentido para redactar.

Al menos recordé comprar café de camino al trabajo hoy – una pequeña misericordia considerando el espectáculo de horror que me esperaba en mi bandeja de entrada.

"¿Otro artículo fascinante sobre el viaje de Susan Martinez de ama de casa a coach empresarial de seis cifras?" La voz de mi compañero Jake flota sobre la pared de nuestro cubículo compartido, goteando el mismo sarcasmo que ayuda a hacer estos días soportables.

"Dios, ojalá." Hago clic a través de mi correo electrónico, revisando el resumen de Tracy. "No, esta vez es 'Cómo Me Hice Millonaria Vendiendo Papel Higiénico con Afirmaciones Positivas.' No es broma." El terrible juego de palabras no pasa desapercibido para ninguno de los dos, y el resoplido de risa de Jake me hace sonreír a pesar de todo.

Bienvenidos a Elevate Media, donde los sueños vienen a morir y las tonterías vienen a prosperar. Está bien, tal vez eso es duro, pero después de ocho meses escribiendo innumerables artículos sobre cada aspirante a empresario con una idea loca y un seguimiento en Instagram, mi título en periodismo prácticamente está llorando en un rincón.

Aun así, los mendigos con deudas estudiantiles no pueden ser exigentes. Los 60 mil dólares al año que Tracy y Victor Shaw me pagan supera servir mesas en The Cheesecake Factory, que había sido mi plan de respaldo después de la graduación. Algunos días, sin embargo, me pregunto si lidiar con clientes exigentes podría haber sido más fácil que lidiar con las constantes demandas de Tracy y las vagas "sugerencias" de mejora de Victor.

Abro las notas de la entrevista en mi pantalla, tratando de encontrar un ángulo que haga que el papel higiénico reutilizable con citas inspiradoras suene revolucionario en lugar de ridículo.

Tracy querrá esto terminado para el mediodía, y ya son—

"¡Whitney!" La voz de Tracy corta a través de la oficina como un cuchillo, haciéndome saltar. "Mi oficina. Ahora."

Ugh. Ese tono nunca significa nada bueno. Veo la mueca comprensiva de Jake mientras me levanto, alisando mi saco del estante de liquidación de Target. El camino a la oficina de Tracy se siente como una marcha a la oficina del director, cada clic de mis tacones en el piso laminado marcando otro paso más cerca de la perdición.

Tracy Shaw ha perfeccionado el arte de hacer que la gente se sienta pequeña sin decir una palabra. Tal vez es la manera en que te mira por encima de sus gafas de diseñador, o cómo siempre parece estar escribiendo algo importante cuando entras a su oficina, haciéndote esperar en un silencio incómodo. Hoy no es la excepción.

Me quedo ahí parada, tratando de no inquietarme, mientras ella termina cualquier correo electrónico extremadamente crucial que no puede esperar treinta segundos.

La pared detrás de su escritorio está cubierta de portadas de revistas enmarcadas – todas presentando historias de éxito que hemos escrito. Algunos días me pregunto cuántos de esos negocios siguen realmente funcionando.

"Cierra la puerta," dice Tracy finalmente, sin levantar la vista de su pantalla.

Mi estómago se hunde. Las reuniones a puerta cerrada nunca son buenas. ¿Será por el error tipográfico en el artículo de la semana pasada? ¿O tal vez alguien finalmente se ha quejado de que su historia los hizo sonar menos que perfectos?

Cierro la puerta con dedos temblorosos y me volteo para enfrentarla, esforzándome por mantener lo que espero sea una expresión profesional en lugar del pánico de ciervo encandilado que estoy sintiendo.

"Siéntate." Tracy señala una de las incómodas sillas modernas frente a su escritorio. El tipo que se ve increíble en fotos pero se siente como un dispositivo de tortura después de dos minutos.

Me siento en el borde del asiento, cruzando los tobillos como mi madre me había inculcado durante innumerables lecciones de etiqueta. Los viejos hábitos son difíciles de matar, incluso cuando te enfrentas a un posible desempleo.

Tracy finalmente levanta la vista, juntando sus manos sobre su escritorio. Su manicura roja probablemente cuesta más que todo mi atuendo. "Necesitamos hablar sobre tu futuro en Elevate."

Oh Dios. Esto es todo. Después de ocho meses escribiendo artículos superficiales sobre botellas de agua con cristales curativos y diarios de manifestación, estoy a punto de ser despedida. Mi mente repasa el saldo de mi cuenta de ahorros – apenas suficiente para cubrir el alquiler del

próximo mes y los pagos del préstamo estudiantil. Tal vez The Cheesecake Factory todavía está contratando—

"Nos han propuesto una oportunidad importante," continúa Tracy, aparentemente ajena a mi crisis interna. "Un artículo de perfil que podría poner a Elevate en el mapa. Periodismo empresarial real, no solo historias de éxito y reportajes de startups."

Parpadeo, mi pánico momentáneamente olvidado. "¿Periodismo empresarial real?"

La ceja perfectamente delineada de Tracy se arquea. "Trata de contener tu entusiasmo sobre nuestro contenido actual."

"No, no quise decir—" empiezo a retractarme, pero ella me interrumpe con un gesto.

"Déjalo. Todos sabemos lo que hemos estado produciendo. Pero esto..." Saca un archivo de su cajón. "Esto es diferente. Dark Industries nos ha contactado para hacer un perfil exclusivo de su CEO."

Mi corazón se detiene. Literalmente se detiene.

Dark Industries es una de las empresas tecnológicas de más rápido crecimiento en el país. Su CEO es notoriamente privado, apenas existen fotos suyas en línea, y nunca dan entrevistas a la prensa. Y su CEO...

"Cole Hollic," dice Tracy, confirmando mi peor temor. "¿Te suena?"

¿Que si me suena? Solo todos los malditos días durante los últimos diez años.

Cole Hollic. El antiguo mejor amigo de mi hermano. El tipo que me enseñó a conducir un auto manual en su destartalado Jeep. El que iba a todos mis juegos de voleibol en la preparatoria pero nunca se quedaba para saludar. El hombre cuyo rostro he tratado tanto de olvidar que he evitado activamente leer cualquier noticia sobre el ascenso meteórico de su empresa.

"Yo... puede que haya oído de él," logro decir, orgullosa de que mi voz apenas tiemble.

Los labios de Tracy se curvan en algo que podría haber sido una sonrisa si no hubiera sido tan depredadora. "Bien. Porque vas a entrevistarlo."

La habitación empieza a dar vueltas ligeramente. "¿Yo?"

"¿A menos que haya otra Whitney Prescott en nuestra nómina?" La voz de Tracy gotea sarcasmo. "Sí, tú. Su equipo de relaciones públicas te solicitó específicamente."

Por supuesto que lo hicieron, porque el universo me odia.

"¿Por qué..." Me aclaro la garganta, tratando de sonar profesional en lugar de pánico. "¿Por qué yo?"

Tracy se encoge de hombros, ya volviéndose hacia su computadora. "Aparentemente, les gustó tu estilo de escritura. Aunque Dios sabe por qué, considerando los temas que te hemos dado para

trabajar. La entrevista está programada para mañana a las 9 AM. En su oficina. No llegues tarde, no lo arruines, y no me hagas arrepentirme de habértelo dado en lugar de manejarlo yo misma."

Mañana. Nueve AM. Menos de veinticuatro horas para prepararme para enfrentar a Cole Hollic por primera vez en seis años. La última vez que lo había visto fue en la boda de mi hermano Matt, donde me había mirado exactamente una vez antes de evitarme durante toda la recepción.

"Te enviaré el resumen por correo electrónico," dice Tracy, ya despidiéndome. "Y Whitney?"

Me detengo en la puerta, mi mano temblando en el picaporte.

"Usa algo que no grite 'estante de liquidación'."

Logro llegar de vuelta a mi escritorio antes de desplomarme en mi silla, mis piernas demasiado débiles para sostenerme más. La cara preocupada de Jake aparece sobre la pared del cubículo.

"¿Estás bien? Parece que hubieras visto un fantasma."

Un fantasma habría sido más fácil de manejar. Miro fijamente mi pantalla de computadora, sin verla realmente. "¿Recuerdas cuando te conté sobre el mejor amigo de mi hermano? ¿Aquel por el que tenía un crush enorme en la preparatoria?"

"¿Es en serio?" Los ojos de Jake se agrandan.

"Sí." Abro mi cajón inferior, sacando la barra de chocolate de emergencia que guardo ahí para situaciones extremas. Si esto no califica, nada lo hace. "Resulta que ya no es solo un genio de la tecnología que tuvo suerte con una startup. Es Cole maldito Hollic de Dark Industries. Y tengo que entrevistarlo. Mañana."

Jake deja escapar un silbido bajo. "Vaya, mierda."

"Sí," desenvuelvo el chocolate con dedos temblorosos. "Mierda, en efecto."

La tarde se extiende ante mí como un campo minado. Tengo que terminar la historia del empresario del papel higiénico, preparar una entrevista, y de alguna manera necesito encontrar tiempo para comprar un atuendo que no grite 'periodista en apuros' al tipo que una vez me vio caer de cara en una piscina mientras trataba de impresionarlo con mis habilidades de clavado.

Mi teléfono vibra con una notificación de correo electrónico. El resumen de Tracy, sin duda lleno de sugerencias punzantes y amenazas veladas sobre lo que pasaría si arruino esto. Tomo otro bocado de chocolate, dejándolo derretirse en mi lengua mientras trato de calmar mi corazón acelerado.

Mañana por la mañana, tendré que enfrentar a Cole Hollic – el hombre que ha protagonizado cada una de mis fantasías adolescentes y pesadillas adultas.

El tipo que ha pasado de arreglar autos en el garaje de mis padres a aparecer en las portadas de revistas de negocios. El que nunca me ha visto como nada más que la molesta hermana pequeña

de su mejor amigo.

Y ahora tengo que entrevistarlo como si fuera solo otro sujeto más.

Como si la vista de su estúpidamente perfecto rostro no me hiciera temblar las rodillas. Como si no hubiera pasado los últimos seis años tratando de olvidar la manera en que me había mirado en la boda de Matt – ese breve momento cuando sus ojos color avellana se encontraron con los míos a través de la habitación, llenos de algo que parecía casi como arrepentimiento antes de que se volteara.

"Sabes," dice Jake pensativo, "esto podría ser bueno para ti. Aclarar las cosas, obtener algo de cierre, ¿tal vez finalmente seguir adelante?"

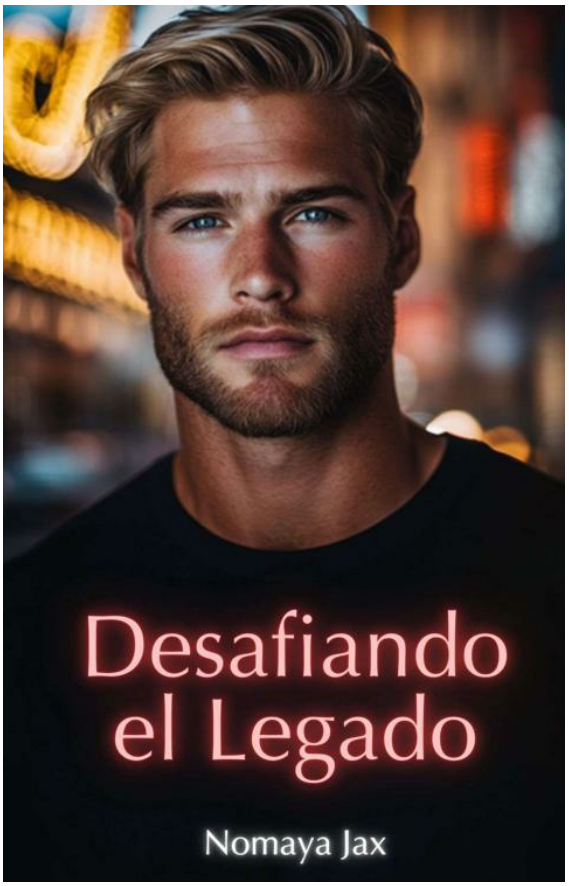
Le arrojo mi envoltorio de chocolate a la cabeza. "O podría ser un desastre completo que arruine mi carrera y cualquier oportunidad que alguna vez tuve de ser tomada en serio como periodista."

"Bueno, sí. También está eso." Se agacha cuando alcanzo mi pelota anti-estrés para lanzarla después. "Pero hey, mira el lado positivo – al menos no puede ser peor que la historia del papel higiénico con afirmaciones positivas."

Gimo, dejando caer mi cabeza sobre mi escritorio. "No lo maldigas."

Leer ahora! https://mybook.to/TBAO5

Anteprima: Desafiando el Legado



Nunca esperé que un ascenso pusiera mi mundo de cabeza.

Knox Westwood no era solo un multimillonario—era magnético, irritante y completamente prohibido.

En el momento en que entré a su oficina, pude sentir el cambio, la manera en que me miraba como si ya fuera suya.

Me persiguió, rompiendo cada regla en el camino, hasta que la resistencia se volvió imposible.
Pero el mundo de Knox no es simple. Hay expectativas, obligaciones familiares y un matrimonio arreglado entre nosotros.
Cada elección que hacemos nos hunde más profundo en algo que no podemos controlar, y ahora no hay vuelta atrás.
Amarlo podría costarme todo, pero alejarme nunca fue una opción.
Leer ahora! https://mybook.to/h8HHk13



Capítulo 1 – KNOX
El vapor me envuelve mientras salgo de la ducha con puertas de cristal.
El agua caliente ha lavado los últimos rastros de sueño. El aire del baño está denso y húmedo contra mi piel.
Paso una toalla blanca y mullida por mi cara y pecho; el algodón egipcio es suave pero ligeramente áspero contra mi mandíbula sin afeitar.
El espejo está completamente empañado excepto por un círculo perfecto despejado por el desempañador —uno de esos lujos aparentemente innecesarios que venían con el ático.
Ahora no puedo imaginar vivir sin él. A través de ese portal transparente, estudio mi reflejo. Las líneas definidas de mis abdominales aún son visibles, aunque se han suavizado ligeramente durante la última semana. La combinación de sesiones perdidas en el gimnasio y comida para llevar a altas horas de la noche está empezando a notarse.
Una punzada de molestia me recorre ante esta pequeña imperfección.
Mi baño es un santuario de diseño moderno. Los accesorios de cromo pulido brillan bajo la iluminación empotrada. El mármol veteado se extiende desde el suelo hasta el techo. Las gotas de agua corren por la puerta de cristal de la ducha en patrones erráticos. El ritmo potente de un himno de rock llena el espacio, reverberando en las paredes desde altavoces ocultos.
"Alexa, apágate." Mi orden atraviesa el coro, sumergiendo la habitación en silencio. Solo queda el suave zumbido del sistema de ventilación, un ruido blanco que parece hacer que el silencio se sienta más pesado. Tomo mi cepillo de dientes y aplico una línea precisa de pasta dental con sabor a menta.
Mientras me cepillo, mi mente divaga hacia Adriana, mi chef personal que ha estado en España visitando a su familia durante la última semana. Su ausencia ha creado más caos en mi vida del que me gustaría admitir. Insistí en que se tomara todo el tiempo necesario —después de años de

servicio leal, se lo ha ganado. Pero sin sus comidas perfectamente proporcionadas, diseñadas para mantenerme delgado y energizado, he estado luchando.

Mi rutina se ha convertido en batidos de proteínas para el desayuno, huevos revueltos apresuradamente cuando puedo hacerlos, y cualquier comida para llevar de primera calidad que pueda encontrar por la noche.

El sabor a menta persiste mientras me enjuago. Pasando una mano por mi cabello húmedo, noto cómo la ausencia de estructura en mis comidas refleja un desorden más profundo en mi vida.

Adriana aporta más que solo comida a mi mundo —aporta orden. Aparto ese pensamiento y termino de secarme, la toalla absorbiendo las últimas gotas de agua de mi piel.

Mi dormitorio se abre ante mí como si fuera la página de una revista cobrada vida. La luz de la mañana inunda las ventanas del piso al techo, creando largas sombras sobre los brillantes suelos de madera.

El horizonte de Manhattan se extiende interminablemente, un testimonio de la ambición humana representada en acero y vidrio.

A los treinta años, esta vista es tanto mi recompensa como mi recordatorio de lo lejos que he llegado —y lo lejos que aún necesito llegar.

Los últimos cinco años dirigiendo Westwood Enterprises junto a mi padre han sido los más desafiantes de mi vida.

Victor Westwood no acepta nada menos que la perfección. Cuando conseguí al Grupo Peterson, mi primer cliente importante, apenas levantó la vista de su escritorio. Cuando reestructuré la división de tecnología, reduciendo costos sin un solo despido, su respuesta fue un breve asentimiento antes de pasar al siguiente punto de la agenda. En su mundo, el éxito no se celebra —se espera.

Me pongo una camisa blanca impecable, cada botón es un ritual familiar.

Los recuerdos surgen sin ser invitados mientras me visto. Durante toda mi infancia, perseguí la aprobación de mi padre como un espejismo. Calificaciones perfectas, campeonatos de fútbol, honores en la escuela de negocios —nada de eso parecía suficiente. Su estribillo constante resuena en mi mente: *"Buen trabajo, Knox. Pero no te confíes."* Esas palabras se convirtieron en el telón de fondo de mi vida, impulsándome hacia adelante incluso mientras me herían profundamente.

Mi madre era diferente. Sarah Westwood era la calidez personificada, ofreciendo amor y apoyo incondicional cuando el frío perfeccionismo de mi padre amenazaba con abrumarme. Celebraba cada victoria y consolaba cada derrota.

El día que el cáncer se la llevó, algo en mí se hizo pedazos. Tenía veinte años, apenas comenzaba a encontrar mi lugar en el mundo. Sin su protección, la presencia exigente de mi padre se volvió más aguda. El mundo perdió su suavidad.

El traje azul marino a medida se desliza como una armadura. Me ajusto el Apple Watch, su peso familiar pero significativo. La reunión de Vertex Tech de hoy se cierne como algo importante. Cerrar este trato le probaría a mi padre que puedo liderar bajo mis propios términos.

El éxito aquí significa más que solo ganancias —significa salir de la sombra que ha definido toda mi vida.

Mi cocina brilla con la luz de la mañana. Las encimeras de acero inoxidable reflejan el sol, y el mosaico de mármol crea patrones sutiles en los gabinetes blancos brillantes.

La cafetera cobra vida con mi toque, sus sonidos familiares prometen claridad impulsada por cafeína.

El contenido del refrigerador se burla de mí —un solitario cartón de huevos, recipientes de comida para llevar a medio comer y verduras pasadas de su punto óptimo. Hago una nota mental para que mi asistente organice la entrega del almuerzo.

Con el café en mano, me muevo hacia la sala de estar. La ciudad se extiende debajo como una entidad viva. Los taxis amarillos se entrelazan por las calles, sus bocinas creando una sinfonía urbana con el parloteo de los peatones madrugadores.

El amargor del café me mantiene centrado mientras mi mente se desplaza hacia el acuerdo con Vertex. Reviso los números una vez más —ganancias proyectadas, requisitos de infraestructura y términos propuestos. Vertex está al borde de algo revolucionario. Con nuestros recursos, podríamos transformarlos en un líder de la industria. Esta no es solo otra adquisición —es mi oportunidad de probarme a mí mismo.

Mi reloj interrumpe con un suave timbre. El mensaje brilla en la pantalla: *"Ven a la oficina. URGENTE."*

Dejando mi taza, frunzo el ceño ante la intrusión. Mi padre conoce el peso de la reunión de hoy. Ha estado presionando por el acuerdo con Vertex durante semanas. ¿Qué podría ser tan urgente?

De vuelta en el dormitorio, me pongo la chaqueta del traje.

La tela a medida se ajusta perfectamente, completando la imagen que he cultivado —exitoso, controlado, inquebrantable. Sin embargo, mientras ajusto mis puños, la inquietud se arrastra por mi pecho. Mi padre nunca interrumpe los planes sin causa, y sus razones típicamente significan problemas.

Un último vistazo al ático antes de salir revela pequeñas imperfecciones que de repente parecen evidentes.

El polvo se ha acumulado en el vaso de cristal junto al sillón de cuero.

Una botella sin abrir de whisky añejo reposa junto a una pila desigual de revistas Forbes. El sutil desorden hace que apriete la mandíbula. Tendré que pedirle a mi asistente que reprograme el servicio de limpieza.

El ascensor privado llega con un suave timbre.

Las paredes espejadas reflejan a un hombre que parece compuesto pero se siente todo lo contrario. Me ajusto la corbata una última vez, aprieto la mandíbula y me preparo para lo que sea que Victor Westwood tenga preparado.

Los números bajan, cada piso acercándome más a cualquier crisis que me espere.

Leer ahora! https://mybook.to/h8HHk13

¡Gracias!

¡Espero que hayas disfrutado de la historia de amor de Kimberly y Grayson!

Como autor romántico recién establecido, ¡me gustaría agradecerle por tomarse el tiempo para leer mis novelas!

Su apoyo significa el mundo absoluto para mí. ¡Espero poder traerte más romances increíbles en el futuro!

Si te gustó esta historia, déjame una reseña en Amazon y sigue mi página de Amazon Author para que puedas encontrar mis nuevos lanzamientos.

Gracias de nuevo, ¡eres muy apreciada!

xoxo,

Nomaya Jax